Hollman Morris

OPERACIÓN BALLENA AZUL

LAS ARMAS DEL CANTÓN NORTE



El robo de las armas al Cantón Norte de las Fuerzas Armadas de Colombia por parte del movimiento guerrillero M-19 el día de año nuevo de 1979, fue un golpe quizás sin precedentes en la lucha guerrillera latinoamericana. Los episodios que hacen parte de estos espectaculares hechos hasta ahora permanecen inéditos. Y es que a lo largo de estos sucesos de la vida real -que parecen ficción-, se sabe y se entiende cómo y desde cuándo se están violando en Colombia los derechos humanos por parte de quienes, precisamente, deberían ser sus guardianes. Y al mismo tiempo, dentro de los mismos hechos de la subversión, germina la actitud colectiva de nuestra sociedad en una búsqueda, si se quiere incipiente, de eso que llaman "una cultura por los derechos humanos" y que irónicamente fue posible a la luz de las torturas a que fueron sometidos los reales y presuntos participantes en el robo de las armas al Cantón Norte del Ejército en Bogotá, así como el concepto de diálogo para la paz, impensable hasta entonces.

Es la historia protagonizada por unos jóvenes que se jugaron el todo por el todo por una causa en la cual creían.

Consideré que esta historia debería ser contada, pues a partir de ella, el país (cuya historia es una guerra de doscientos años), se prepara para hablar de amnistías, de conciliación y de perdón. Fueron ellos, los protagonistas de nuestra crónica, quienes a propósito de los hechos propusieron "un gran Diálogo Nacional" para construir la paz, idea que hoy es tan urgente, o más, que hace veintiún años, y que debe construirse entre todos los colombianos.

El meridiano de la paz colombiana pasa sobre el lomo azul de la ballena de nuestra historia. La fuerza de los hechos que produjo, incluidos la guerra y las repugnantes torturas que ella nos recuerda, no han dejado y no podrán dejar vencedores nunca.

Este trabajo es fruto de unas entrevistas con varios de los protagonistas directos de las hechos que se narran; de ahí mi interés en preservar el lenguaje puro y llano de los entrevistados, gente humilde en algunos casos, estudiantes en otros, políticos, artistas o intelectuales en algunos más.

También recoge las versiones profesionales y los testimonios periodísticos de los cronistas y reporteros de hace veintiún años, colegas con los cuales pude recrear sus recuerdos...

En este aspecto deseo hacer claridad en relación con algunas de mis fuentes: por algún tiempo fui reportero periodístico del tele informativo A.M.P.M. de la televisión colombiana, tiempo durante el cual enriquecí inmensamente mis experiencias profesionales y humanas para lo cual conté con el privilegio de tener como director al



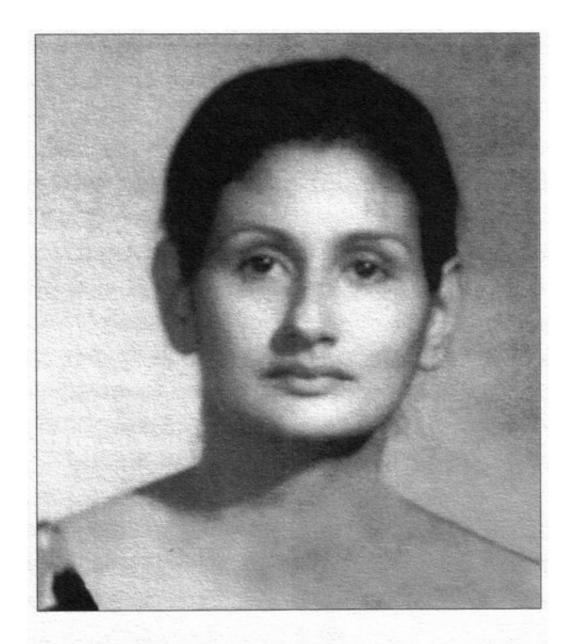
amigo y escritor Germán Castro Caicedo y en la parte administrativa a Esther Morón, persona protagonista de los hechos que se narran en este trabajo. Con ellos llevé a cabo conversaciones informales y casuales sobre los acontecimientos que narro, sin el propósito entonces de reconstruirlos. Germán, en cambio, obtuvo de Esther un conversatorio formal con la idea de publicar posteriormente, idea que se quedó en simples borradores que, cuando Germán supo de mi interés por el caso y que por mi cuenta llevaba hechas algunas otras entrevistas e investigaciones, resolvió, con generosidad y sin condiciones, cedérmelos tal cual esos apuntes se encontraban. Así que buena parte de este escrito corresponde a esas fuentes por lo cual me siento agradecido y con el deber de hacer la aclaración necesaria. Aunque de los apuntes de Germán obtuve los elementos para mi propia recreación histórica, comuniqué a Esther los detalles de mi trabajo y de hecho revisó la totalidad de los originales que ahora publico. Son explicaciones debidas al lector y a las fuentes, pero ante todo, a mis directivos en el trabajo de entonces y a los amigos -Esther y Germán- a quienes tanto debo y cuya presencia en estas páginas le dan solidez histórica a la crónica que me impuse.

...Y en el cruce de tantos recuerdos y lenguajes se puede verificar una vez más, con asombro, que la realidad sigue superando la ficción.





Capítulo 1 "LA PUREZA EN CHANCLAS"



Esther Morón en los días de la Operación Ballena Azul





F

NERO 15 DE 1979

ISIDRO.- Llegamos a algo frío y húmedo con una resonancia especial que parecía una caverna. Allí me desnudaron, me vendaron los ojos, me subieron encima de una mesa, me ataron las manos atrás y luego quitaron la mesa y quedé suspendido en el aire y ahí empezó la paliza. Recuerdo que inicialmente me abrieron las piernas y alguien me golpeaba los testículos, creo que como con un cepillo de los que utilizan para lavar caballos. Perdí la noción de todo. Un rato me tenían colgado y me golpeaban, otro rato me bajaban, oía los gritos de otras personas; me decían que tenían familiares míos ahí... No lo creía, pero los gritos sí los oía. De pronto alcanzaba a ver a alguien... Eso era muy grande. Parecían cavas, una cosa como abovedada, se sentía mucha gente y mucho ruido y mucho aullido. Pero, feroz. Gritos feroces."

El comandante Isidro no aguantó la tortura, psicológicamente nadie lo preparó para ello, el movimiento guerrillero M-19 estaba dispuesto para los golpes más audaces, sus hombres estaban dispuestos a dar la vida, pero hasta ese momento, enero de 1979, nunca estuvieron preparados para la tortura.

Creían, con una inocencia terrible que chillaba con sus actos de guerra, que unos jueces de Instrucción, libres de apremio y asistidos por abogados, los iban a investigar; lo que no sabían era la forma tan brutal como reaccionó el Ejército después de que un grupo de cerca de 120 guerrilleros le tocaran las huevas al sistema, como lo dijo Jaime Bateman, con el robo de 7.000 armas, sin disparar un solo tiro, en la madrugada del 1 de enero de 1979.

El M-19 para 1978 está pensando en una guerra. En ese momento, por el desarrollo organizativo y político del movimiento, requerían montones de armas para que el proyecto fuera real y así lo pensaba Bateman.

Tal vez es una de esas noches bogotanas, frías y lluviosas. Desde un apartamento del norte de Bogotá Bateman se queda observando una construcción larga con un techo ovalado, sobre el que los rayos de luna llena y el mercurio de las luces que iluminan la construcción le dan un reflejo azuloso. Para él, hombre nacido a orillas del mar, la imagen lo remitió a comparar esa visión con una gran "ballena azul" que se levantaba en el centro de un mar enemigo -el grupo mecanizado Rincón Quiñones del





Ejército-. En su vientre esa gran ballena, que no es otra que el más grande de los galpones que conforman el Cantón Norte, almacenaba centenares de armas y munición... Bateman comienza a imaginarse cosas y hasta ese momento, según sus propias frases, "el M-19 fue la pureza en chanclas".

Isidro, en su interrogatorio, perdería el conocimiento en varias oportunidades durante 18 días, en los que vio inflamarse sus testículos como papayas, producto de las golpizas sin misecordia que llegaban cada noche en unas cuevas que fueron denominadas, por centenares de torturados que pasaron por allí, como las cavernas de Sacromonte.

Un día de esos en el infierno, con una música estridente de fondo que se quedaba corta para opacar los gritos de los torturados y las groseras alegrías de verdugos, con el tabique nasal roto, lo cogieron, tal vez con una lezna, y le fueron quitando cada calza que tenía en sus dientes. El refinado torturador le introducía un chuzo en cada caries abierta...

Dice Isidro: "Finalmente no pude soportar y, temiendo por ni vida, les dije lo que ellos querían que les dijera".

DOMINGO 17 DE SEPTIEMBRE DE 1978

ESTHER.- Por la mañana Bateman le planteó a Rafael la posibilidad de un trabajo que iba a realizar la Organización y en él era posible que participáramos. Pero todavía no nos podía decir más y se citaron para otro día donde tal vez hablarían algo en concreto. Rafael me comentó la cosa con mucho entusiasmo pero en realidad yo no le presté casi atención pues pensaba que era un upo de trabajo como el que habíamos realizado hasta ahora. Es decir, una tarea o una parte de las actividades que hacíamos algunas veces por orientación del comandante Bateman.

RAFAEL.- Fue en un restaurante chino. Allí al calor o, mejor, al sabor de un plato de verduras, Bateman me dijo: "Tenemos la oportunidad de conseguir unas armas. El Ejército las transporta mensualmente en un camión, pero se trata de una operación jodida porque es a la luz del día y hay el riesgo de que por lo menos un soldado pierda la vida. No son muchas. Yo calculo unos trescientos o trescientos cincuenta fierros".





Le manifesté que trescientas eran una barbaridad y se quedó mirándome. Luego me dijo que necesitábamos darle otro debate al asunto y nos citamos para después.

ISIDRO. (Guerrillero de la cúpula del M-19).- Se trataba de un camión de la Policía Militar (PM) cargado con armamento que iba desde el Cantón Norte, una importante guarnición del Ejército, en Bogotá, hasta el Ministerio de Defensa: armamento decomisado que se disponían a reintegrar a sus dueños. Esas armas eran transportadas periódicamente, en los cinco primeros días del mes. Entonces Jaime Bateman dijo: -Vamos a "tumbarnos" ese camionao lleno de armas.

Se organizó entonces toda una operación con ese fin. Prácticamente desde comienzos del año estuvimos trabajando en el plan: chequeando el paso del camión, organizando el grupo que iba a hacer el asalto...

La operación era tenaz porque se estaba entrenando a unos muchachos para que actuaran como soldados de la PM que asaltarían el camión. Uniformados, tenían que interceptar el vehículo, en la vía pública, y una vez detenido dar el golpe de mano, lo que implicaba que habría tiros. Eso no sería sencillo. No podía, simple y llanamente, partirse de que los del Ejército aceptarían el asalto, sino que habría reacción. Mejor dicho: el plan contemplaba entrar disparando desde el comienzo.

En cuanto a los uniformes, conseguimos un casco original, el vestido completo y se comenzó a reproducir todo. Unas compañeras confeccionaron los trajes y los cascos se reprodujeron en acrílico. Quedaron muy bien pulidos y pintados.

Además, habíamos entrenado un equipo de radio ciudadana para seguir y reportar el recorrido del camión, calle por calle, hasta llegar a un barrio no lejos del Ministerio de Defensa: la Esmeralda. Teníamos otro auto, un grupo de choque definido, la camioneta en la cual transportaríamos las armas. Era tan especial que, inclusive, se le había pedido a los grupos de Bogotá pero no la habían conseguido. Obviamente, debía ser un vehículo robado y, preciso, la persona que se la "tumbó" fue alguien que estuvo metido entre el túnel: Jordán. Fue una operación arriesgada porque se la "bajó" en un semáforo utilizando una barbera.

Teníamos también una casa donde se recibiría el material, ubicada en la Avenida de Chile con carrera Veinte, un sitio muy central y más o menos elegante de Bogotá. La casa estaba ya lista, acondicionada.

Sin embargo, cuando se intentó el operativo no trabajaron los *walkie-talkies* con que la gente se comunicaba y todo falló por segundos. Cansados de hacer varios intentos, los compañeros se formularon una pregunta obvia: "¿De dónde sale el camión?".





Mediante informaciones que algunos militares amigos le suministraron a Bateman, se descubrió que esas armas y muchas más estaban guardadas en un solo lugar: el Cantón Norte. En ese momento dizque Bateman exclamó:

-¡Hagamos un túnel!

Y cuando yo lo contacté, me dijo:

-Suspendido el operativo.

Por supuesto, al estar toda la gente preparada y concentrados en eso se les bajó la moral al piso. Eran en total unos doce, más otra gente de respaldo alrededor.

Sin embargo, Bateman apareció nuevamente con otra noticia:

-Hay una nueva operación -y luego me explicó-:

-Lo que vamos a hacer es ir a la fuente. Vamos a tumbarnos las armas que hay en una gran bodega dentro del Cantón. Pasamos a una cosa mayor. Es que tumbarnos ochenta, cien armas, que es lo que se puede conseguir en ese camión... No. Vamos sacarnos unas mil o dos mil.

RAFAEL.- Por esa época yo tenía un librito con las leyes de Murphy y cada día abría la página correspondiente. Ese martes decía:

Quinta regla: "No crea en milagros, dependa de ellos".

MIÉRCOLES 20 DE SEPTIEMBRE

ESTHER.- Luego de cumplir la nueva cita Rafael vino más entusiasmado que al principio pues parece que Pablo ya le había hecho algunos adelantos y me anunció que vendría luego a hablar conmigo para conocer mi disposición.

RAFAEL.- Esta vez Bateman estaba más contento: "Le traigo una sorpresa -me dijo-. No son trescientas armas sino diez mil, porque tengo una información muy precisa de adentro", y al escuchar semejante cifra me puse nervioso porque eso significaba que yo era parte del proyecto. Luego me preguntó que si le veía factibilidad y le dije que sí, y en ese momento me habló del gran depósito dentro de las instalaciones de lo que el Ejército llamaba el Cantón Norte, o sea una de sus guarniciones más importantes en Bogotá.

-Mira -me explicó ese día-, se trata de un hangar enorme que de noche, iluminado con esas luces de mercurio y con la luz de la luna, parece una ballena, pero como está pintado de blanco, la luz que lo ilumina lo hace ver azul a la distancia. Es una ma-ra-vi-lla. ¡Una maravilla! Pero, maestro, para que usted se "embarque" hay que contar con su mujer. ¿Vale?





Yo estaba tan emocionado con el plan que sin consultárselo a ella la comprometí porque la conocía muy bien. Sin embargo, Bateman insistió y le dije que bueno. Que fuéramos a hablar con ella.

Como me fui primero, al llegar a la casa le dije a Esther: "Respondámosle que sí porque de pronto nos quitan la operación", y ella estuvo de acuerdo.

ESTHER.- Cuando llegó Bateman pregunté qué era lo que tenían planeado y me preguntó que qué me imaginaba yo. Le contesté que no sabía, pues no me imaginaba qué locura se les podía ocurrir. Dijo que se trataba de una operación para conseguir armas, que era una vaina jodida, pero que trabajando bien podría resultar. En seguida le contesté que sí, a lo que él respondió que también era posible que otro matrimonio pudiera hacerlo, aun cuando él consideraba que nosotros reuníamos más condiciones (es decir, mejor apariencia o "cobertura"). Comentó algunas informaciones que estaba recibiendo y otras posibilidades que habían sido descartadas, como rescatar estas mismas armas cuando fueran transportadas al sitio de donde nosotros tendríamos que sacarlas.

RAFAEL.- Bateman llegó guapachoso y extrovertido como era él y sin muchos preámbulos preguntó:

-¿Ya lo pensaron? ¿Sí o no?

-Sí, pero queremos saber mejor cómo son las cosas. De verdad, ¿se las vamos a quitar a la ley? ¿O al almacén Ley?

Volvió a soltar la risa y abordamos un auto. Él nos guió hasta frente al Cantón Norte. Conocía perfectamente los accesos porque lo había rodeado muchas veces. Debían ser las diez de la noche y cuando estuvimos frente al monstruo dijo: "¡Ahí!".

De verdad que parecía una ballena azul por el color de la luz de mercurio que la iluminaba. Luego nos fuimos atrás por una calle y me mostró una casa que quedaba, no de frente a la ballena, sino en diagonal, y me preguntó si "Produmédicos Limitada", una empresa tan solvente, podría tomarla y soltó una carcajada.

Le dije que desde luego. Que estaba hecho, pero que en dos meses, noviembre y diciembre, era muy dispendioso cavar tantos metros. La casa estaba a unos trescientos metros de la ballena y tendríamos que cavar un promedio de cinco metros diarios.

-¿Usted sabe cuánta tierra hay en cinco metros longitudinales? Pues, quince metros cúbicos. Y ¿para evacuar quince metros...? Bueno. Está bien. Intentémoslo -le dije.





ISIDRO.- Comenzó a hacerse la planeación del nuevo operativo. Bateman nos llevó hasta el sitio y nos mostró el objetivo: una bodega que a nosotros también nos pareció como una ballena azul, gigantesca, con el lomo redondo, húmeda por la llovizna de esa noche. Con esa información vino una discusión a nivel de la Dirección: Payad, Pizarra y el Negro -un hombre que murió posteriormente en el Chocóestuvieron de acuerdo.

Recuerdo que pasamos varias veces frente al depósito de las armas en un auto, como haciendo turismo, y cada vez Bateman la mostraba: "Este es el sitio" -decía. Y más tarde comentó:

-Lo primero que hay que hacer es conseguir una casa al frente -y me presentó a Rafael Arteaga en una reunión cerca del almacén Sears.

Rafael no era miembro de la Dirección. Era un colaborador personal de Jaime Bateman, de Carlos Pizarro y de Álvaro Fayad; no era un militante ciento por ciento, pero a partir de la iniciación del plan de la Operación Ballena Azul comenzó a comportarse como tal: a aceptar la disciplina, a acatar órdenes... Lo mismo que su mujer.

ESTHER.- Acordamos vernos esa noche para ir a mirar una casa que arrendaban, con el fin de que hiciéramos la solicitud al día siguiente en la agencia de arrendamientos. Así fue. Visitamos la casa, nos la enseñó un cuidandero al que le dijimos que nos parecía muy buena y que queríamos tomarla en arrendamiento. La relación con Bateman era de militantes, nosotros somos fundadores del "M"; estuvimos desde el comienzo. Bateman nos hizo desvincularnos de la izquierda y nos hizo aparecer desde un comienzo como una gente que ya no participaba en política. El Comandante Jaime Bateman nos convierte en su mano derecha. Él nos explica que nos va a presentar como unos pequeños burgueses que estamos dispuestos a colaborar y no vamos a informar a los compañeros que somos militantes, sino que somos unos colaboradores. Bateman no quería que se produjeran debates políticos internamente, y dijo que de esa manera .a gente nos iba a respetar más.

Cuando nos presentan a Isidro, nos presentan como la pareja que colaborará con la casa. El comienzo fue de mucho respeto y después ya con fraternidad, se fue demostrando con el trabajo que éramos uno más. Teníamos la libertad de entrar y salir de la casa, éramos la cobertura total. Los demás no discutían nunca qué "éramos" y nadie nos preguntó eso jamás, siempre se acató lo que dijimos, que no era acatar porque se planteaba y se discutía.





JUEVES 21 DE SEPTIEMBRE

ESTHER.- Nos dijeron que el dueño de la casa era un mayor retirado del Ejército y que había otras personas interesadas en tomarla. Tratamos de agradar a las empleadas de la agencia. Unas horas más tarde les llevamos las declaraciones de renta, la mía y la de Produmédicos Limitada, a nombre de la cual llenamos la solicitud, pues la presencia de una empresa brindaría más credibilidad. La muchacha parecía estar contenta con nuestra solicitud y se ofreció a confirmar los datos en la forma más rápida posible. Además, le dijimos que no teníamos sino dos niños y una empleada de servicio doméstico, fija, y otra que iba por días, lo que les pareció mejor, pues habría menos gente viviendo en la casa y sería menor su deterioro.

Le informamos a Bateman cómo iban nuestras actividades acerca del arrendamiento de la casa y nos citamos para el día siguiente.

VIERNES 22 DE SEPTIEMBRE

ESTHER- Ya comenzábamos con Rafael a hacer los planes para cubrir un patio a fin de que no nos vieran los vecinos cuando estuviéramos cargando la tierra del túnel, y también para cambiar nuestra vida hogareña, pues no podríamos invitar a nadie cuando hiciéramos el trabajo, aun cuando algunas de las indicaciones eran seguir una vida social activa para distraer la atención de los vecinos y que no se fijaran en la camioneta que entraría y saldría varias veces al día. Estábamos en éstas cuando Bateman nos dijo que cambiaban los planes de la casa.

RAFAEL.- El caso es que ese día me contactó Bateman y me dijo: "No vayan a firmar nada. Manden p'al carajo el negocio de esa casa porque hay algo que los va a dejar locos. Seguro".

A los quince minutos me recogió, volvimos al Cantón y estacionó el auto frente a la Ballena. Exactamente al frente. Miró hacia la izquierda señalándome con la cabeza. Yo observé y vi otra casa. Pero al frente. Tenía un letrero que decía: "Se vende".

SÁBADO 23 DE SEPTIEMBRE

ESTHER.- Después de una reunión de padres de familia fui a la casa donde me esperaban Rafael y la señora Aurora de Montañez, la dueña de la nueva residencia, a quien creo que le caímos bien.





RAFAEL.- La consecución de esta casa fue uno de los eslabones de la cadena que nos llevó al éxito. Si nosotros hubiéramos planeado el operativo con un año de anticipación, comprando el lote y construyendo una casa con un garaje un poco más grande y una salida sin pendiente... O si hubiéramos partido de la anterior hubiera sido imposible realizar la operación. ¿Por qué?

La edificación ofrecía dos ventajas. Una: no teníamos la vigilancia permanente de los centinelas y, dos: era más amplia.

Su desventaja era que habría que cavar doscientos cincuenta metros de túnel en una dirección oblicua, lo cual consideramos que hubiera resultado muy difícil pues el túnel habría pasado por debajo del centinela y de la entrada al Cantón, donde hasta tanques Sherman transitaban y por lo menos nos hubieran derrumbado el túnel.

Una vez en esta segunda casa me pareció vivir un sueño. Miraba desde allí, nerviosamente, hacia el depósito de armas, hacia esa ballena azul y no daba crédito a mis ojos. Ahí las cosas se comenzaban a dar muy bien. Era -pensaba- como si alguien que se hubiera quedado varado en la carretera por gasolina llegara a un sitio a solicitar que le prestaran un recipiente y le dijeran no solamente que sí, sino que había uno de seis galones pero lleno de gasolina extra y que no sabían qué hacer con él.

Me puse frenético, utilicé mis argucias de vendedor para caerle bien a la señora y creo que lo logré. Saqué a relucir que el dueño era ingeniero civil de la Javeriana (como el presidente Valencia cuando hablaba ante un grupo de profesionales y decía que él había deseado estudiar esa profesión) y le dije que yo había estudiado ingeniería pero que mis deseos se habían frustrado pues le había ganado afecto a los negocios por los magníficos resultados que tenía en ellos, y que eso no dejaba tiempo para nada.

Ella nos mostró la casa y luego vino su esposo con quien estuvimos conversando acerca de lo tranquilo y "seguro" del barrio, pues al frente teníamos el Cantón.

Traté de dar la impresión de que le creía y le manifesté que este Cantón afeaba un poco el panorama. La señora Aurora me aseguró que muy pronto se mudarían con el depósito de armas (cosa que también nos había dicho Bateman y este era un motivo por el cual veíamos la necesidad de terminar el operativo a finales de diciembre, aprovechando las fiestas de fin de año).

Le dije que ojala no hicieran al frente edificios que taparan los cerros y con disimulo le pregunté si ella tenía noticias de cuándo se mudaría el Ejército. No lo sabía pero dijo que tal vez pronto. Le manifesté que muy bueno que fuera pronto (pero por dentro rogaba que se quedaran, por lo menos hasta enero).

Nos dio el precio y le propuse que nos hiciera una buena rebaja; acordamos reunimos al lunes siguiente para hablar de condiciones y ofertas.





ESTHER.- Rafael se angustiaba un poco porque creía que el no llegar inmediatamente a un acuerdo podría ocasionar que apareciera un esmeraldero o cualquier otro tipo de mañoso y se la compraran ese fin de semana, lo que me parecía imposible pues de todas maneras ellos esperarían hasta escuchar nuestra oferta y así les dábamos tiempo para averiguar qué clase de gente éramos.

La casa me pareció asombrosamente cara, pues su acabado era muy malo y el espacio muy reducido, sobre todo en el área del comedor, sala y cocina. Ellos parecían deseosos de esta tregua y demostrarles tanta urgencia podría causarles sospechas y hasta de pronto que creyeran que éramos coqueras y empezaran a vigilarnos cuando ocupáramos la casa.

DOMINGO 24 DE SEPTIEMBRE

ESTHER.- Rafael seguía impacientándose y quería hacer ofertas que parecerían imprudentes y por la mañana acordamos lo que le diríamos a los vendedores: una cuota inicial de doscientos mil pesos y la hipoteca de un millón de pesos con el Banco Central Hipotecario. Que cuando el banco nos aprobara la hipoteca o el traslado a nuestro nombre procederíamos a cancelar el resto. Se suponía que esta operación podía durar entre veinte días y dos meses en ser aprobada.

(Claro que esto suponíamos con Rafael y no se lo comentamos al dueño, pues de no ser aprobada sino al año siguiente la inversión para la Organización no saldría tan alta.)

Mientras nosotros suponíamos esto el dueño parece que también le echaba cálculos a la demora en la aprobación de la hipoteca.

LUNES 25 DE SEPTIEMBRE

ESTHER.- Le hicimos la propuesta al ingeniero Montañez y no tuvo inconveniente. Dijo que hiciéramos la solicitud al banco para que fuera aprobado el traslado de la hipoteca a nombre de la empresa Produmédicos Limitada y al día siguiente haríamos la escritura de compraventa. Rafael le dijo que bueno, pero que queríamos pasarnos inmediatamente. Que si era el caso, una vez nos trasladáramos le empezaríamos a pagar cincuenta mil pesos mensuales que perderíamos si no nos aprobaban la hipoteca. Pero, además, que le seguiríamos pagando esta misma suma hasta el momento de desocupar la casa. Si la hipoteca era aprobada él nos abonaría estas partidas a la cuota inicial.





Al ver nuestra urgencia decidió también apremiarnos. Nos dijo que ya casi era fin de año y que si el banco se demoraba en aprobarnos el crédito él estaba perdiendo intereses sobre el millón de pesos de la hipoteca, que al dos por ciento eran veinte mil pesos mensuales de intereses, los que sí perderíamos al ser aprobado el préstamo.

RAFAEL.- Para hablar de la operación de la Ballena Azul hay que volver atrás. A lo que era la empresa Produmédicos Limitada. Hablo de 1975, cuando la Organización recibió un buen dinero a cambio de la liberación de Donald Cooper, entonces gerente de la empresa multinacional Sears Roebuck, retenido por un comando del Eme (M-19).

Una vez ingresaron esos fondos en dólares, Bateman me manifestó que había la necesidad de fundar una empresa legal y concreta, abierta al comercio y al público, por lo cual yo debería presentarle lo más rápido posible un plan para estructurarla. Él veía la urgencia de que ese dinero se volviera productivo y empezara a solidificar la autosuficiencia económica de la Organización.

Bateman decía que el Eme se había vuelto rico con la detención de Cooper, gracias a cuyo canje logró manejar un presupuesto bastante alto, un millón de dólares, y explicaba que gracias a esos dineros las arcas se llenaron para desarrollar el proyecto político con más profundidad.

En ese entonces llevaba cerca de un año trabajando en la línea de los productos médicos en una empresa pequeña y dinámica y allí conocí más sobre ese medio, de manera que para finales del año fundamos Produmédicos Limitada. Entonces mi mentalidad era reducida y cuando se habló del capital inicial le dije a Bateman que yo lo calculaba en medio millón de pesos colombianos; él soltó la risa. "Con eso no llegamos ni a la acera del frente", me dijo y ordenó que me entregaran cincuenta mil dólares, que en esa época eran unos dos millones de pesos: toda una fortuna.

A las pocas semanas importábamos y distribuíamos materiales para clínicas, hospitales privados y oficiales, instrumental quirúrgico, máquinas y equipos para medicina en todo el país. Produmédicos Limitada era una empresa que movía mucho dinero y por lo tanto gozaba de un gran crédito bancario. Era muy puntual en sus obligaciones y fue tomando mucho prestigio en el medio. En el momento de comenzar la operación para llegar hasta la Ballena Azul, Produmédicos financiaba al Eme en unos doscientos mil pesos mensuales, que eran sus utilidades, y que, repito, en ese momento representaban una fortuna.

A comienzos de este mes estábamos listos para diversificarnos y crecer mucho, pues de importadores y distribuidores íbamos a pasar a industriales fabricando gasa, con lo cual cubriríamos ya las grandes áreas de la salud como los Seguros Sociales. Y





estando en esas cabalas y con semejantes posibilidades le presenté el proyecto a Bateman y me dijo que era bueno, sólido, pero que tenía otro mejor para nosotros. En ese momento fue cuando habló del asalto al camión de la PM para conseguir unas armas y entonces Produmédicos pasó a segundo plano. Desde ese instante toda nuestra atención fue para lo de las armas.

JUEVES 28 DE SEPTIEMBRE

ESTHER.- Se decidió hacer la minuta de compraventa de la casa y Rafael les dijo que yo cumplía años el doce de octubre, cosa que sí era cierta, y que pensaba regalarme esta casita en un lugar tan tranquilo y seguro, pues por nuestros negocios tendríamos que viajar con mucha frecuencia, cosa también "cierta", y así también estaría más tranquila en mis actividades.

Yo creo que el ingeniero pensaría: "¿Cómo hace este tipo tan estúpido para negociar y no quebrar con su tal empresa?", pues realmente era impresionante nuestra condescendencia, por la premura y la necesidad.

RAFAEL.- En el cuadernito apareció ese día la Ley de Gumperson:

"La probabilidad de que algo ocurra está en proporción inversa a nuestro deseo de que ocurra".

LUNES 9 DE OCTUBRE

ESTHER- Todo se lo íbamos informando a Bateman. De todas maneras, yo manifesté que podíamos descartar que cayéramos por cualquier coincidencia u error, pero que quería solicitar que mis hijos quedaran a cargo de una familia de compañeros que, aun cuando no pudieran garantizarles estudio y demás necesidades, fuera una gente de buen carácter y capaces de brindarles suficiente cariño y hacerlos sentir amados. Que consideraba que no sería mi familia porque pensaba que los involucrarían en el caso, a lo que Bateman, o Pablo, como era su seudónimo, contestó que no me preocupara por esto, que había mucha gente dispuesta a querérmelos y a cuidarlos.

RAFAEL.- Después de acordar con el Comandante Bateman que haríamos el trabajo, entramos en un estado de delirio revolucionario. Yo no dormía y todo lo que hablaba era sobre el tema: ¿Qué hacer para cavar? ¿Para sacar la tierra? Si en cajas, en tubos, si en latas, si suelta, si prensada, si en empaques con rótulos, si le mezclábamos algo





para decir que era abono, que cómo íbamos a esconder a la gente, etcétera.

Yo era muy pesimista y hacía miles de planes, pero un gran peso me oprimía el ánimo: esos eran los días de represión al PLA, al Partido Comunista y, en general, a todo el mundo. Mis antiguos compañeros y alumnos, cuando me encontraban por la calle, me decían: "Hermano, están golpeando duro. Limpie la casa". Y la razón es que antes de ser prósperos comerciantes habíamos colaborado con casi todas las organizaciones y teníamos tantos rabos de paja como fracciones tenía la izquierda, y por cualesquiera de ellas nos podían meter candela. Es de anotar que a muchos de estos amigos no los pudimos despistar nunca y siempre supusieron que andábamos en algo. De ahí por qué nos advertían.

Unido a lo anterior, el hecho de pasarnos a vivir frente al Cantón Norte hizo que durara un buen tiempo maldiciendo mi pasado izquierdoso, pues ahora no me iba a permitir realizar este operativo tan importante, ya que di casi por seguro que alguien se iba a "cabrear" y todo se iría a pique.

Este es otro de los eslabones de nuestra cadena: no fuimos buscados con prioridad en esos meses por la represión. Por eso, al final, vine a reconocer que no debería estar tan arrepentido de mi pasado en la izquierda.

MARTES 10 DE OCTUBRE

ESTHER- Le dejé saber a mi hermana, que vivía hasta el momento con nosotros, que habíamos comprado una casa en "El Chicó Reservado", como nos decían que se llamaba el sector y nosotros fingíamos creerles. Y como ella estaba pendiente de que le desocuparan una casa para mudarse, acordamos que se quedaría mientras le entregaban la que ella iba a ocupar. Casualmente el que tenía la casa la llamó para decir que si se la podían recibir un mes antes, pues la que él a su vez había comprado se la entregarían en esos días.

Mi hermana se mostró bastante curiosa por lo repentino de nuestra decisión, pero le dije que ya conocía a Rafael, que eran cosas de él, que era muy obstinado y que cuando se le metía algo en la cabeza no había quién se las sacara. Y que, además, cuando ella se mudara para su casa, la que ocupábamos entonces, me iba a quedar muy grande. Pues si ya era demasiado grande para mantenerla en orden, cómo sería después. Además, que ya habíamos llegado nada menos que al barrio El Chicó. Y ella me dijo: "Bueno, quién sabe dónde les dará por comprar el año entrante. Ojala no se les ocurra que sea en la Hacienda Hatogrande".





MIÉRCOLES 11 DE OCTUBRE

ESTHER.- Llamaron de la compañía de arrendamientos para decirnos que habían aprobado nuestra solicitud, que podíamos pasar a firmar el contrato, pero les dijimos que habíamos comprado una casa, que ya no necesitábamos la suya, que de todas maneras muchas gracias.

Ese día por la noche, al llegar, encontré que me habían organizado una fiesta de cumpleaños. Muchos ramos de rosas de los empleados de Produmédicos, estaban un amigo de mi hermana, una ex vecina que era quien había hecho los ramos de rosas y su hijita (o hijota), el tío de Rafael con su esposa y dos de sus hijos. Los empleados eran Lola con su novio (esmeraldero intermediario), Álvaro, auxiliar de oficina, Pedro, auxiliar de contabilidad, Hernando, el jefe del Departamento de Químicos (de quien hay anécdotas), Pacheco, el que llevaba el kárdex, y Óscar, llamado "Travoka", de quien también hay anécdotas. Faltaron Jaime y Gertrudis, Élbert y Otto.

: A esta fiesta llegó el Comandante Pablo, o sea Bateman. Estuvimos hasta cerca de las cinco de la mañana.

RAFAEL.- Nosotros teníamos una relación de gran respeto con los empleados de Produmédicos y en mitad de la reunión "El Flaco" Bateman empezó a nombrarme la madre y a decirme que yo era un coquero, un vulgar mañoso, y los empleados se molestaron con él. Un tío mío también se incomodó y me dijo: "¿Quién es ese costeño grosero y malcriado?". Yo le expliqué que era un comerciante de Aruba, o de Panamá, no recuerdo bien, y mi tío me dijo: "Mijo, uno no puede cambiar la dignidad por un poco de dinero" y se fue a increparle, pero al cabo de unos minutos terminaron muy amigos, abrazados en un rincón, hablando de Carlos Lleras -porque mi pariente es un llerista furibundo- y al final Bateman se portó como un caballero con la gente.

RAFAEL.- Ley de Whistler: "Nunca sabes quién tiene la razón, pero siempre sabes quién manda".

VIERNES 13 DE OCTUBRE

ESTHER.- Fuimos a firmar la escritura y acordamos mudarnos el sábado.

SÁBADO 14 DE OCTUBRE

ESTHER.- A las siete de la mañana llegaron los de "Arte y Luz" a colocar los velos y los





cortineros y un poco después regresó Rafael con una compañera (que yo aún no conocía pero conocería en las horas de la tarde cuando arribara el trasteo), que haría de empleada doméstica.

Ese día apareció en escena el compañero Isidro, miembro de la Dirección y encargado de irnos trayendo a quienes fueran siendo necesarios. A él lo conoció Rafael cuando vino con la compañera que haría las funciones de doméstica y con el compañero chofer.

RAFAEL.- Luego de haber sido presentados, con Isidro estuvimos mirando un manual de trincheras de los Estados Unidos, pero nada de eso nos daba ninguna luz. Trazamos planes sobre cómo sería la línea de un trencito en el cual sacaríamos la tierra y luego las armas, y lo bosquejamos.

ISIDRO.- No sé quién consiguió ese manual y lo consultamos para ver cómo se zapaba, es decir, cómo se iba abriendo el hueco con unas palas pequeñas que usan los soldados. Allí había muchas instrucciones, decía cómo se debía mover el hombro, cómo estirar el brazo, tenía dibujos, gráficas, ilustraciones, pero realmente ninguna servía para nuestro caso.

RAFAEL- Primera ley de jardinería: "Las herramientas ajenas sólo sirven enjardines ajenos".

ESTHER- Rafael dejó a Carmen en la casa (pues acababa de recogerla en un sitio previamente acordado), le llevó cepillos y escobas para que fuera limpiando lo que creyera conveniente, luego regresó a la casa que desocuparíamos y me describió a la compañera, que llamaríamos Carmen y que, además, tenía una niña a lo cual me opuse, pues aunque los compañeros pensaban que era una buena cobertura yo estimaba que si nos íbamos a pasar a un barrio de aspirantes a burgueses se consideraba que esa clase de personas no contrataban domésticas con niños y también porque consideraba que la niña iba a correr peligro. Que yo llevaba a mis hijospues era parte de la cobertura como familia- pero que los iba a sacar lo más pronto posible. Pero, bueno: eso tocaba dejarlo para más adelante.

Al medio día llegó el camión de la mudanza, fui a la casa, saludé a la compañera y me dijo que los soldados habían estado mirando para la casa (lo que era natural), pero para nosotros en ese momento significaba una seña de que éramos sospechosos.

RAFAEL.- La calle era absolutamente solitaria, no había casi niños por ahí, y unos soldados, parados cuatro horas seguidas, tenían que mirar necesariamente hacia lo poco que rompía esa monotonía: nuestra salida, la llegada del trasteo, etcétera,





hasta cuando esto entró también en la rutina y ya no se les hizo extraño que una camioneta cerrada fuera guardada en reverso, cuatro o cinco veces al día (claro que cada posta no veía esta operación sino una vez), pudiendo quedar perfectamente estacionada afuera pues estaría segura ya que nadie pasaba por allí y los soldados vigilaban veinticuatro horas seguidas.

ESTHER.- En la mudanza nos ayudó un muchacho Víctor Manuel que era a quien siempre contratábamos para hacer arreglos en las casas donde vivíamos y se ofreció a hacemos la marquesina que necesitábamos en el patio, dizque para que no hiciera tanto frío. (Su función era la de que los vecinos no vieran a los compañeros que empezarían a llegar pronto).

Al dueño de la casa se le habló de la marquesina diciéndole que íbamos a guardar algunas mercancías de nuestra empresa, pues las bodegas estaban abarrotadas. A Víctor Manuel le di el trabajo pero le dije que no podía durar más de una semana pues los negocios así lo exigían y, además, no me gustaba dejarlo solo con la muchacha del servicio doméstico. Él se sonrió y me preguntó si acaso no lo conocía y colocó la marquesina, más o menos en una semana. También arregló la puerta del garaje pues necesitábamos que quedara abriendo hacia afuera. Puso los chazos para los cuadros y demás adornos de cocina.

Mientras tanto Rafael ya le había comprado una camioneta a un mayor retirado del Ejército.

RAFAEL.- La idea inicial fue adquirir una camioneta de tres toneladas, pero el tamaño del garaje no lo permitía. Un amigo que tenía en la policía secreta me explicó que comprar una camioneta de contado despertaba sospechas y podría suscitar una investigación. Fui a varias compraventas de carros y vi algunas. En una de ellas me ofrecieron una que me pareció la adecuada y fui a verla, hablé con el dueño quien me ofreció vendérmela directamente. Era larga, cerrada, de color rojo oscuro (Dodge 1970), de una tonelada. Medí el garaje de la casa y vi que apenas cabría, pero, no obstante, la compré. Su dueño era mayor retirado, dueño de finca en los Llanos y socio de unos talleres de mecánica automotriz bien organizados.

ESTHER.- Vinieron a poner las cortinas pesadas y como había algunas fallas de plomería, el dueño y su señora estuvieron entrando por allí, "como Pedro por su casa". Orientamos a la compañera Carmen para que fuera averiguando sobre el vecindario y demás cosas como compra de la leche, lavandería, farmacia, etcétera. Nos servía que el dueño escuchara el ruido de la construcción de la marquesina.

En la casa contigua vivía un matrimonio, eran empleados bancarios; más allá los dueños, a mano derecha estaba el patio de una gran casa que permanecía muy bien





cultivado, con jardín, y en la parte trasera se levantaban las oficinas de un colegio, y había otro gran patio.

Aproveché para llevar a mi hermana pues las niñas, que hasta el momento habían vivido junto a nosotros, estaban deseosas de conocer la casa. Las llevé en aquellos días cuando no habíamos comenzado el trabajo del túnel. A mis otros hermanos les dije que estábamos haciendo algunos arreglos y que cuando estuvieran terminados los invitaríamos a conocerla. También pensaba que durante los días de final de año ellos saldrían de la ciudad y no me preocuparía por invitarlos. Una cuñada manifestó extrañeza por mi grosería de no ponerle a la orden la nueva casa.

La mujer que puso las cortinas me preguntó por qué tenía una doméstica embarazada y con otra niña, que así no podía rendir en el trabajo. Le dije que sí tenía una niña pero que no estaba embarazada, que era como cuadradita, y me respondió:

-Usted sí que es ingenua. Mírela bien y se dará cuenta de que está embarazada.

Cuando se fue la señora de las cortinas llamé a la compañera y le pregunté si estaba embarazada y me dijo que sí, pero que eso no era impedimento para que la dejaran participar en el trabajo que íbamos a realizar. Le pregunté si ella le había planteado esto al compañero que la había escogido y me dijo que no, que no se lo había comunicado a nadie y que tampoco se lo habían preguntado.

Le expliqué que era una irresponsabilidad de su parte, pues en ese estado no debería estar sometida a una tensión como la que tendríamos que soportar durante la operación y que me parecía que ni siquiera a la niña -que tendría unos tres años y medio- la habían debido traer. De todas maneras, esperé el momento en que nos veríamos con Isidro (la Dirección era la que nos proporcionaba la gente) para plantearle esta nueva situación, muy preocupante, pues era difícil sacar gente que ya había comenzado a trabajar, y a ella en especial que ya sabía dónde estaba situada la casa y, más o menos, el propósito de la operación.

RAFAEL- Ley de Hoare: "Dentro de cada gran problema siempre hay uno pequeño que lucha por abrirse paso".

DOMINGO 15 DE OCTUBRE

ISIDRO.- Se empezó la preparación para la medición de la distancia del túnel que había que construir.





Por esa época, en la Calle Cien con Carrera Once estaban construyendo un edificio de unos ocho pisos que quedaba muy al frente de la Ballena y de la casa que estaba en trámites de compra. Ese domingo pedimos permiso y nos subimos con Rafael Arteaga y una cámara fotográfica con teleobjetivo, "Que para mirar el norte de Bogotá... Sí. ¿Arquitectos? No, urbanistas. No, el desarrollo de esta parte de Bogotá. Ah, bueno. Sí, suban".

Tomamos las fotografías del sitio y al revelar y ampliar, debido a la distancia, la foto nos daba un aplanamiento extraordinario de la imagen. Con estos materiales el paso siguiente era medir con una pita la altura de la casa y esa altura real se trasladó a escala y con una simple escala de estudiante de arquitectura, sobre la foto, medimos la horizontal y establecimos la distancia que separaba la casa de la Ballena. Nos dio 75 metros.

ESTHER.- Desde el primer día en la nueva casa acordamos dar la impresión de ser de esa gente que siempre escucha música, ve la telenovela del medio día y al comenzar la programación de la tarde en la televisión -creo que a eso de las cinco- prende nuevamente el aparato hasta que finaliza la emisión, sobre la media noche (es decir, que se le permitía a la doméstica estar pendiente de estas cosas, pues se suponía que nosotros deberíamos salir para el trabajo y regresar tarde o en la noche). Además, el volumen estaba siempre en un término medio. Había un televisor y una radio en la cocina, otra en el segundo piso (estudio) y dos televisores en las alcobas, que siempre se prendían en el mismo canal. El equipo de sonido siempre estaba en una emisora de frecuencia modulada. La radio del primer piso o cocina, en una emisora más popular, pero a un volumen regular. Además, la lavadora funcionaba casi todo el día, generalmente la secadora con la ropa de los niños y la nuestra, las de la bebita y las de los demás compañeros, que ya era bastante, pero su frecuencia buscaba, ante todo, habituar a los vecinos al murmullo permanente que producen estos artefactos, con el fin de atenuar el ruido de la excavación y, si se daba el caso, las voces de los compañeros que desde un comienzo tuvieron que acostumbrarse a hablar en tono de secreto. Eso nos traicionó algunas veces a Rafael y a mí en la oficina, porque resultábamos habiéndonos tan bajito que no dejaba de llamarles la atención a nuestros empleados y además nos traía preocupación a nosotros, pues siempre creíamos que nos estaban viendo como sospechosos. Cuando íbamos manejando carro por la calle y nos acordábamos de eso me causaba risa y muchas veces veía que otro conductor se reía conmigo.

Se le pidió a Carmen que tratara de hablar con la doméstica de en seguida para saber qué preguntas quería hacerle acerca de nosotros. Dijo que debíamos ser muy buenos, pues la habíamos dejado seguir trabajando a pesar de su niñita. Ella le dijo que sí, que nosotros éramos muy buena gente pero que lo malo era que su patrona





tenía la manía de que se lavara mucho, por lo cual vivía como esclava de la lavadora. Pero, bueno, que la gente siempre tenía sus defectos. De paso le contó que éramos comerciantes, que teníamos bastante dinero y viajábamos mucho. Lo que, desde luego, sabíamos que le transmitiría a su patrona y a la vez nos ganaría prestigio ante nuestros vecinos, de manera que cualquier cosa que pudiera ser sospechosa les parecería exótica.

RAFAEL.- Regla de Marx: "En cuanto se hacen ricos se vuelven conservadores".

SÁBADO 21 DE OCTUBRE

ESTHER.- Vi al compañero de la Dirección y le comenté lo del embarazo de Carmen y dijo que tampoco se había dado cuenta, pues ella tenía tipo de indígena y daba la impresión de que así era su figura corriente. Además, su niña, que hablaba bastante claro, siempre que llegaba alguien a la puerta comenzaba a comentar sobre lo que pasaba en casa. La niña es muy inteligente, despierta y simpática, lo que en este caso no nos ayudaba mucho. Para que no viera nada la mandábamos a jugar en el cuarto de arriba, pero se cansaba pronto y, desde luego, quería estar donde hubiera gente moviéndose, esto es, en la cocina.

Estando en éstas me puse a observar nuevamente a la compañera y me dio la impresión de que su vientre había descendido y entonces le pregunté cuándo daría a luz (aun cuando yo ya había empezado a comprarle la ropita al bebé y nuestros hijos y su niña estaban encantados), y me dijo así, con malicia indígena:

- -Todavía faltan algunos meses.
- -Bueno, dígame sin mentiras, cuándo fue su última menstruación, pues de todas maneras debemos prepararnos para el parto y ya no la vamos a sacar de la acción -la concreté.

Nos pusimos a hacer cuentas y resulta que ya estaba para dar a luz. Yo le planteé que su niña debería ser entregada al hogar de algunos compañeros o a quien ella considerara conveniente, pues yo estaba esperando la llegada del veinte de noviembre, cuando mis niños terminan el año escolar, para mandarlos a alguna parte, tal vez donde algunos amigos en Santa Marta, y así no hacerlos correr riesgos innecesarios. Además, que cuando naciera el bebé íbamos a necesitar más tiempo para atenderlo y a medida que el trabajo avanzara iban a llegar más compañeros y sería necesario cocinar y atender a más gente. Que los vecinos ya nos habían visto como una familia normal y entenderían que si iba a dar a luz la patrona le pidiera que llevara a su hijita a otro lugar. Ella lo comprendió así, pues era por la seguridad de la niña. Me preocupaba que se fuera a resentir creyendo que no queríamos tener allí un niño más.





Le compramos las cosas más necesarias y el compañero de la Dirección la llevó donde una amiga que Carmen sabía que la iba a tratar bien.

ISIDRO.- Realmente Carmen nos metió el gol de estar embarazada y no decímoslo, porque uno no escoge para ninguna operación a personas con este tipo de "problemas". Sin embargo, ella era una comandante de la Organización, con muy buenas calificaciones según me dijeron, y se dejó la cosa así.

La gente se pedía obviamente con toda la compartimentación del caso al resto del país. Debían ser personas con ciertas características porque, por ejemplo, tenían que desaparecer de su vida cotidiana por dos o tres meses. No era sencillo encontrarla. El ideal era escoger gente de afuera, que no conociera a Bogotá, aun cuando la idea era que quien entrara allí no volviera a salir sino cuando terminara la operación. Sería un plan ideal, pero los planes ideales a veces no se dan así: posteriormente, por ejemplo, hubo que sacar de allí a un par de personas, por razones médicas y por razones personales, pero esa fue la excepción. Por eso se quena gente de fuera de Bogotá.

Para esta operación básicamente se necesitaba gente para trabajo pesado, pero por la clase de militantes que tenía el M-19 había obreros, estudiantes, trabajadores rasos, empleados, mucha variedad de gente. Nadie sabía el nombre real de nadie, ni desde luego, nada de su vida privada. Todo estaba totalmente compartimentado. El único caso donde se conocieron dos fue el de un par de mineros que más adelante vinieron de Anchicayá. A ellos los mandó Iván Marino Ospina y supimos que eran del Valle por su acento muy marcado y por ese "ve" y ese "¿oíste?", que tenían siempre a flor de labios. Este conocimiento entre dos personas de la base es lo que se llama un "contacto horizontal". Contactos horizontales sólo podían hacerse entre los jefes de los comandos, pero de pronto había personas que ocasionalmente se conocían con otras de otro comando y esto resultaba peligrosísimo para la seguridad. Mantenerlos es un acto de indisciplina porque se rompe la compartimentación y se desmoronan las cosas.

RAFAEL- Regla de Richard: "Un experto es cualquiera que no sea de la ciudad".

DOMINGO 22 DE OCTUBRE

ESTHER.- Estuvimos mirando con Isidro dónde empezaría el túnel y entre las posibilidades estaba la de que saliera o del patio o del garaje o de la cocina. Yo votaba para que fuera por el patio o por un bañito auxiliar que había a la entrada, y Rafael y el compañero, por la cocina. El compañero tomó las medidas de las baldosas para hacerle la tapa al túnel y traerla hecha, lo mismo para comprar las que remplazarían a





las que se iban a romper, pegándolas luego a la tapa.

ISIDRO.- Luego de medir la distancia que había entre la casa y la Ballena, la siguiente etapa fue planear la entrada al túnel: por dónde comenzaría a hacer. Había varias opciones: una, que fuera un sitio de una lógica tal que resultara fácil de esconder, fácil de camuflar, para el caso de una requisa rutinaria, porque, según supimos, en esa zona las había periódicas por seguridad del Ejército. Se trataba de hacer, sin embargo, una boca que aguantara una requisa más seria. Yo tenía un poquito de experiencia en esas cosas y se escogió la cocina. Además la cocina, por tener un tráfico constante, era más fácil de camuflar; se podían colocar cosas encima de la tapa del túnel, estaba en la parte posterior de la casa, era el sitio ideal.

Una vez escogida la boca se diseñó la tapa para cerrarla, a partir de unas baldosas blancas con que estaba cubierto el piso. Desde luego, tomamos las medidas de las que se romperían y mandamos a hacer por fuera el soporte: era una tapa cónica de concreto, de cuarenta centímetros de gruesa, para que no permitiera el paso del ruido al exterior del túnel y para que al golpearla no se sintiera hueca. Pero como este espesor daba como resultado un gran peso para moverla, se hizo hueca y se rellenó con icopor, de manera que quedó relativamente liviana para que, con un sistema de pesas, pudiera ser removida y colocada fácilmente.

RAFAEL.- Tercera ley de Clark: "La tecnología de vanguardia es difícil de diferenciar de la magia"

LUNES 23 DE OCTUBRE

ESTHER.- Una mujer loca se sentó frente al portón y no nos dejaba salir. La esposa del dueño, apenadísima por el incidente, llamó a la guardia del Cantón y en un minuto llegaron diez soldados al trote y se la llevaron. Esto nos dio la medida de las probabilidades que teníamos de cumplir nuestro plan de seguridad.

ISIDRO.- El plan de seguridad era lo que debía hacerse en caso de emergencia. Para diseñarlo se habían planeado varias posibilidades. Por ejemplo, en caso de que se tomaran la casa resultaba una tontería resistir porque no podíamos mantener ese sitio. Eso es aconsejable sólo cuando uno va a tomar posesión de un lugar, pero de resto es imbécil tratar de hacerlo. Entonces la primera parte del plan contemplaba que Esther, Rafael, la doméstica y la prima debían entregarse. Había una buena coartada para ellos: que habían sido forzados, que estaban obligados mediante una especie de secuestro y tenían que permitir que los demás operaran.





Afortunadamente la casa colindaba por atrás con el patio de un colegio y por allí se intentaría evacuar: un pequeño grupo de contención opondría alguna resistencia mientras los demás huían y sólo en ese momento se les diría en qué sitio de la ciudad estaban, cerca de qué vías, etcétera, y una vez hubieran saltado la tapia, los del grupo de contención tratarían de salir por los techos.

La tesis de la cual partíamos para una toma de la casa era la delación, que la veíamos muy remota porque realmente el sistema de seguridad fue muy bueno, muy hermético, porque la gente que entró no volvió a salir y por ese lado era como difícil. Lo otro era que algo se "chispotiara", que capitalizaran algún error nuestro y fueran a entrar.

ESTHER.- Ese día le comenzaron a la compañera las contracciones y la trasladamos a una clínica que queda por la Avenida Caracas (no recuerdo su nombre, aunque es el de una virgen). Tal vez, Avenida Caracas con calle 39.

La dejé en la clínica y le anoté los números de los teléfonos de la oficina y casa, aun cuando pensábamos que podrían estar intervenidos. Llamé a mi hermana y le conté que la doméstica que me habían recomendado había salido embarazada y se rió, pero también quedó fascinada con la idea de que tendríamos un bebé. Se ofreció a ayudar a conseguir la ropita y le dije que la madre ya la tenía lista, pero de todas maneras empezó a darme instrucciones para la crianza del bebé, en la que ya se veía iba a participar toda mi familia.

Nació una niña linda y sana, fuimos a verla con Rafael y José y a la madre la dejamos toda la semana en la clínica, pues conociéndola sabía que era difícil que permaneciera acostada y de pronto se excediera.

ISIDRO-Yo tenía fundamentalmente que coordinar la operación. Era el enlace entre la Dirección General y la casa. De todos modos, la casa funcionaba sola: tenía su propia organización, su propia comandancia, como un grupo autónomo de trabajo. A veces me quedaba allí, otras veces estaba afuera atendiendo las cosas de la Dirección Nacional en Bogotá, y al mismo tiempo organizando las caletas donde se iban a esconder las armas en Bogotá. Todo eso había qué hacerlo simultáneamente.

Para eso se le puso tarea a todas las "intermedias": buscar casas para construir unas caletas, no muy grandes. Caletas de dos metros por un metro, por un metro, más o menos, donde pudieran caber diez o quince armas para poderlas tener enterradas.

Eso de las "intermedias" tiene qué ver con la estructura: es que hay comandos de base, formados por cuatro, cinco o seis personas. Cada uno tiene un jefe. Los jefes de





cada cinco comandos conforman una "dirección intermedia". De ésta sale una persona que con otras, de otras direcciones intermedias, forman la dirección regional. Entonces, a cada intermedia se le dio la orden de construir una caleta.

VIERNES 27 DE OCTUBRE

ESTHER.- Fue detenido un empleado de nuestra compañía cuando apresaron a algunos miembros del EPL que eran sus primos y él vivía en la misma casa.

El colectivo de Produmédicos lo llamaba "Travolta" pues andaba muy entusiasmado con aquel personaje de moda.

Coincidencialmente ese día, a eso de las seis o siete de la tarde, detuvieron al muchacho que nos estaba haciendo la marquesina, por los soldados que custodiaban la casa del general Luis Carlos Camacho Leyva, el ministro de Defensa Nacional, pues iba conduciendo muy rápido *-parece* que a encontrarse con su novia- y resulta que Víctor Manuel, quien ya había prestado servicio militar, se sintió con derecho a hablarles sin temor, lo que provocó una discusión y la detención, hasta tarde en la noche.

Estando en esas, se las arregló para informar del incidente a la novia, quien lo esperaba unas cuadras más adelante, estaba nerviosa y llamaba a nuestra casa y los niños contestaban. Ella les contó su situación. Yo estaba fuera, llamé por teléfono y Juan, mi hijo, me contó con un poco de temor lo de la detención de Víctor Manuel. No lo dejé terminar y me vine para la casa. Allí me encontré con Rafael quien no estaba enterado de las dos detenciones y llegaba con las armas de dotación que tendríamos en la operación y, ante la noticia, decidió volver a salir con ellas y darlas a guardar a un amigo.

Pusimos en conocimiento del compañero del Comando superior que nos estaba orientando en este momento lo que había sucedido, pues el Comandante Bateman no se encontraba en la ciudad y le dijimos que, además, en una lista de la Brigada de Inteligencia y Contrainteligencia aparecían mi nombre y el de un amigo y, como en esos días estaban deteniendo gente de todas las organizaciones, no dejaba de preocuparnos. El compañero preguntó si no sería que nos estaba temblando el... a lo que le respondí que no fuera tan... y se puso serio. Luego se rió y dijo que bueno, que continuáramos preparándonos para empezar el trabajo y que siguiéramos observando.





SÁBADO 28 DE OCTUBRE

ESTHER.- Como comenzarían a quitar las baldosas organicé viaje con los niños a Girardot, donde permaneceríamos hasta el domingo por la noche.

Estuve allí y no fui a saludar a mis paisanos pues tenía muchas preocupaciones. De todas maneras hablé con un médico amigo y me dijo que había estado llamando y no me había encontrado, que para dónde me había mudado. Lo pensé dos veces y al ir a darle la dirección aparenté no saber exactamente la nomenclatura y le dije: "calle o carrera 11B con avenida..." y mi hijo mayor que nos estaba poniendo cuidado dijo:

-Con Avenida M-19.

El médico me miró con ojos de asombro y exclamó:

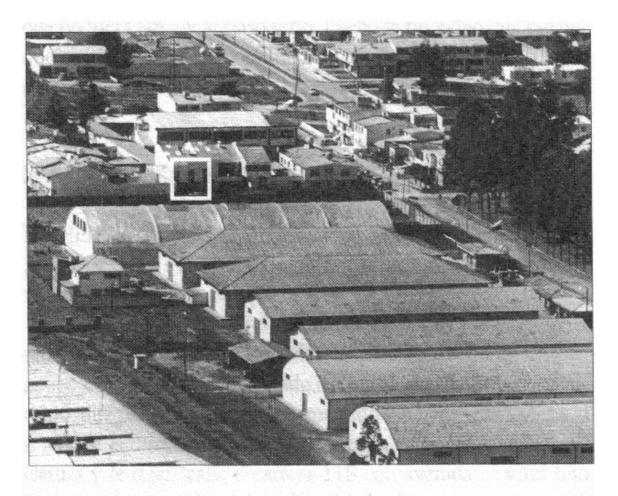
- -¿Qué es lo que dice el niño?
- -No. Es que él habla como el que... y no siente.

Esto de los chismes con el M-19 fue todo el tiempo una constante. Como estaba de moda, empleados, amigos y clientes hablaban de él y nosotros celebrábamos ruidosamente y terminábamos con un "Dios me ampare".





Capítulo 2 "MARCANDO RUMBO A LA BALLENA"



Panorámica de la "Ballena Azul" (el Cantón Norte). En el recuadro la casa desde donde se cavó el túnel.





L 15 de enero *de 1979* en el barrio Santa Isabel se despliega todo un operativo. Humberto Galeano Duque se dispone a cumplir una cita con una muchacha llamada Clara y con un tipo llamado Isidro.

GALEANO. -Fui capturado y posteriormente llevado a dependencias militares. Me acusan de pertenecer al M-19...Más o menos a las dos horas de ser detenido fui llevado a un sitio desconocido que por el frío y las características parecía ser una cueva, no supe dónde era porque todo el tiempo estuve vendado. Allí se me amenazó nuevamente, se me presionó para que dijera dónde tenía las armas, ya que sabían que yo había recibido unas armas. Inicialmente les manifesté que no sabía pero continuaron las presiones y las amenazas de que sería colgado allí. Se me manifestó que ahí estaba Isidro, oía sus quejidos y lamentos durante un buen rato y era presionado a que dijera dónde estaban las armas. Escuché que él pidió que no lo torturaran más, que él decía dónde estaban las armas. Ante este hecho y sintiéndome temeroso de que me pasara lo mismo, manifesté que sabía dónde había armas, pero que me garantizaran que a mi esposa y a las personas donde yo vivía no les fuera a pasar nada.

ISIDRO.- Me vistieron y me llevaron a la caleta grande, como al amanecer. Debían ser las seis o siete de la mañana. Ya estaba todo eso abierto. Me llevaron vendado y me entraron; allí por primera vez oigo que llaman a un general... Se oía mucho la excitación, la emoción de ellos porque iban como a entregarlo a uno oficialmente ya que sabían que uno era el responsable de todo. A mí me tenían tendido en el suelo con una capucha. En ese momento no sabía nada, no oía nada, no entendía nada. Me habían golpeado toda la noche. No podía acostarme, ni nada. Un frío espantoso era lo que sentía.

Decían: "Mi general, es éste...". Luego me llevaron hasta el borde del hueco y me quitaron la capucha para que pudiera ver las armas. Recuerdo que dije para mis adentros: "Ay jueputa, nos jodieron". Me volvieron a poner la capucha, hablaron con el general, informaban que esto fue así y que lo otro y en ese momento le ví las manos al General a través del borde inferior de la capucha. Unas manos con las uñas gruesas, carcomidas por el hongo. Un tiempo después volví a ver las mismas manos, pero entonces no tenía capucha y lo miré la cara. Mucho después supe que él asistió a la tortura pero nunca habló. Esa mañana no dijo nada.





MIÉRCOLES 17 DE ENERO DE 1979

El Espectador- Recuperadas en Bogotá 2.997 armas. También fueron recuperadas en Cali y Bucaramanga. La caleta fue encontrada en el barrio Prado Pinzón en la calle 142 No. 40-46.

Ese mismo día en el barrio Piamonte de Bosa, casa ubicada en la calle 6a. No. 12-44, fueron decomisadas 203 armas cortas, 17 carabinas calibre 30 y municiones de diferentes calibres.

El Tiempo- La información que tenía la inteligencia militar indicaba que los moradores de la misteriosa vivienda, adonde llegaban por las noches camiones y automóviles, desaparecieron desde el pasado 2 de enero y habían dejado como encargados de la celaduría a una anciana y a un niño que ayer, precisamente, fueron encontrados en el interior y detenidos.

Los técnicos del Ejército llevaron al lugar varios detectores de metales que dieron señales positivas al ser colocados sobre el piso de tierra del lote. Inmediatamente se inicio la excavación.

Después de una labor de una hora y cuando se había profundizado un metro de piso de tierra y greda, los piquetes se hundieron y los encargados de horadar se encontraron con una formaleta de madera debajo de la cual había un techo abovedado, similar al de la guarida del barrio Lucerna, y debajo del techo una cavidad de aproximadamente tres metros por lado donde estaban las armas.

En la operación se usaron herramientas convencionales y los zapadores del Ejército utilizaron taladros neumáticos y una retroexcavadora mecánica.

Parte del arsenal había sido cubierto por el agua que salía por los muros de la construcción subterránea. Por esto fue necesario llevar varios juegos de motobombas para drenar la inundación de la bodega que está construida a cuatro metros de profundidad.

Cuando se produjo el hallazgo se presentó una colectiva manifestación de alegría entre los militares que participaban en la operación. Inmediatamente se dio aviso a la Brigada de Institutos Militares y al ministro de Defensa. El general Luis Carlos Camacho Leyva se hizo presente en el lugar y por medio de los sistemas de comunicación interna dio aviso del caso al presidente de la República, Julio César Turbay Ayala, sobre la victoriosa operación.

La casa donde estaba el arsenal prácticamente no era tal cosa sino una simple construcción interior con una habitación, una pequeña cocina, un baño y un lavadero. Sin embargo, el resto del lote, que antes había servido como cancha de tejo, estaba mimetizado hacia el exterior por una fachada que daba la apariencia de residencia más o menos decorosa. A la derecha, es decir, hacia el oriente, había una gran puerta de





marco de tubo y recubrimiento de lata delgada con la presencia aparente de un garaje.

Abierta la puerta se encuentra un callejón de más o menos treinta metros. A la izquierda, la pequeña habitación debajo de la cual estaba la construcción subterránea. A continuación de la pieza, un gran patio que ayer sirvió como salón de exhibición de las armas recuperadas, y al fondo las construcciones antiguas de la cancha de tejo con otra habitación donde se veían dos colchonetas sobre el piso.

El fusil que, según el M-19 perteneció al sacerdote guerrillero Camilo Torres, no perteneció nunca en realidad al cura revolucionario. Un boletín oficial señala que el arma tiene una historia totalmente desvinculada de Camilo Torres.

El Ejército, además, encontró en la vivienda la documentación de Ema Martínez, de 35 años de edad, tez trigueña y 1.65 metros de estatura. Horas antes de que el Ejército llegara a la casa Ema alcanzó a sacar algunas pertenencias en un camión. Cuando llegó el Ejército se encontraba a tan solo tres cuadras observando el operativo, sabía de días atrás que estaban muy cerca de dar con la casa, pues recibió llamadas de compañeros que le decían que saliera pronto y sin nada, incluidos sus papeles personales.

EMA.- La paranoia era tenaz, sentimos mucho miedo, nos dimos cuenta de que habían cogido a "Marina" y nos asustamos, pero dijimos: ella es muy verraca y no dice nada, además estaba embarazada y creímos que no la iban a torturar -estábamos muy equivocados-, estábamos convencidos de que todos habían salido del país. Una de mis hijas tuvo un sueño: que a mi hermano lo había cogido preso el Ejército, inmediatamente llamé a mi casa y no contestaron, llamé a un hermano y me dijo: Manuel está enfermo, le pregunté que si ya habían llegado y me dijo que sí, entonces colgué, volvió a sonar el teléfono y la misma persona me dijo: salgan sin nada, entonces salimos, me fui para mi casa cuando encuentro todo el vecindario lleno de Ejército, la casa de mis hermanos vuelta nada, la de mis padres también, todo lo tenían destruido. La gente del barrio me reconoció y me dijeron que no me acercara. Estuvimos muy de buenas porque en la casa de mis padres se hizo una caleta pero nunca llegaron las armas. Donde hubieran encontrado armamento quién sabe qué les hubieran hecho.

A la otra casa, la de la caleta, seguíamos yendo, mirándola de lejos a ver qué pasaba. Cuando vi que no llegó Ejército mandé a una cuñada por mis cosas y sacó otras que yo le dije que no sacara, ellos que salen de la casa y el Ejército que llega; eso fue como el 15 de enero.

Estaba sin nada y me fui a mirar cuando llegaban camiones del Ejército, me quedé como a tres cuadras de allí, esos días estuve donde una tía que yo no quería, me tocó





dejar mis hijas allí, y como se me quedaron los papeles en la casa, al poco tiempo salió en la prensa mi nombre, todos mis datos, con el anuncio de que el Ejército me andaba buscando. Me echaron de la casa de banquetes donde trabajaba, me tocó irme para un pueblito, que se llama Junín, en las montañas, con una gente de las FARC; me trataron como un perro, me fui con la niña pequeña, aguanté dos meses y me vine; eso es Junín, Cundinamarca, saliendo por La Calera. Las FARC decían que el M-19 había desatado la represión y que a ellos les había tocado también llevar del bulto, no me dejaban salir, entonces me les volé. El Ejército nunca me encontró. Imagínense si me hubieran encontrado lo que me hubieran hecho.

Prácticamente me encargué de la comida y la seguridad de la gente que hizo esa caleta, fue un trabajo muy duro. A mediados de octubre de 1978 me citan a una reunión y me dicen: "Hay una casa que cuidar, hay que dar el aspecto de una familia". Yo les contesté que si era para cuidar secuestrados, no. Se siguieron haciendo reuniones compartimentadas, es decir, con capuchas, para no damos cuenta quién era quién; sin embargo, con el tiempo supe que allí estaba el comandante Bateman y el "arquitecto", es decir el Comandante Isidro. Me repetían lo que yo tenía que decir: soy separada y tengo tres hijos.

DOMINGO 29 DE OCTUBRE DE 1978

ESTHER.- Regresé y esperaba ver un gran hueco, pero escasamente habían levantado algunas baldosas sin romper el cemento y Rafael me comentó que eran de un material muy duro y que hacían mucho ruido al tratar de romperlas. Habían tapado el lugar donde faltaban las baldosas con una estera.

Ese día había llegado el primer compañero (Julito), quien era la persona que debía comenzar a cavar. Lo pusimos a dormir en el cuarto del servicio doméstico y decidimos que la compañera lo hiciera en el tercer nivel, en una habitación con baño. A mis hijos les dijimos que Carmen dormiría arriba con su niña, pues abajo hacía mucho frío. Ellos estuvieron muy contentos, pues querían mucho a la niñita.

El compañero Julito, un campesino, debería permanecer en el cuarto hasta las seis y media de la mañana, cuando los niños salían para el colegio, y por la tarde a partir de las cinco, cuando los niños regresaban, y luego los mandábamos de paseo con el chofer y después al cine, y al regresar, a dormir.

Ante este cambio de costumbres, me imagino que ellos estarían muy contentos y no irían a protestar. Aunque algunas veces querían pasar al patio y luego al cuarto de atrás pero, para mayor seguridad, éste tenía el pasador puesto por dentro.

Cuando llegamos, el compañero ya estaba oculto en el cuarto y todo en absoluto





orden, aprovechando para dejar pasar a los niños a la cocina y al patio. Más tarde, después de acostarlos, bajé a saludar al compañero. Él no sabía dónde se encontraba ni cuál era el objetivo del trabajo. Había sido traído en carro y mirando al piso y desde luego ya se sabe, por disciplina, que uno debe tratar de no mirar. Además, le dimos un periódico para que, cuando se lo indicáramos, debería ponerse a leer (para no llamar la atención de los policías al pasar frente a ellos).

No habíamos comentado nada delante de los niños pues su edad, el colegio, los vecinos y demás nos preocupaban. Cualquier comentario que hicieran acerca de los trabajadores que teníamos en casa podría causar dificultades y, como es lógico, lo fantástico de lo planeado nos parecía que les iba a inquietar o maravillar, o podrían contárselo a algún familiar o a algún amiguito, o, en el peor de los casos, tendríamos que ponerlos a fingir y que, en su afán de hacerlo bien, metieran la pata.

De todas maneras, trataríamos de mantenerlos al margen hasta donde fuera posible y en caso de que se dieran cuenta les inventaríamos alguna enfermedad o algo por el estilo como pretexto para no enviarlos más al colegio, no dejarlos salir de la casa y, desde luego, explicarles por qué hacíamos esto.

Ese mismo día saqué a Carmen de la clínica, la llevé a casa y le dije que no se preocupara, que yo me haría cargo de la comida de los compañeros y, además, que estábamos comprando algunas cosas preparadas y que los niños almorzaban en el colegio y el compañero chofer los llevaría a comer a restaurante mientras fuera necesario.

ISIDRO.- El comienzo del túnel fue la parte más tenaz y más arriesgada, porque había que hacerlo rápidamente y al descubierto. Se trabajaba a flor de tierra. La placa no se podía colocar antes de habernos profundizado, por lo menos dos metros. Estuvimos expuestos varios días.

RAFAEL.- Ese domingo fui a Suesca donde observé un modelo de trencito supersencillo, producto de muchos años de práctica de los mineros del carbón. Quise bajar al socavón para mirar el sistema de excavación y apuntalamiento pero el señor que dirigía la mina no me lo permitió.

LUNES 30 DE OCTUBRE

ISIDRO.- Previo a la confección de la tapa se diseñó un sistema para levantarla y colocarla, a base de una polea diferencial o malacate con un contrapeso por dentro. Una especie de ascensor al revés. Inicialmente pensamos construir un pequeño ascensor, pero cuando nos dimos cuenta de que había que estar subiendo tierra resolvimos no complicarnos la vida y armar el malacate.





Una vez hecha, la tapa tranquilamente llegó a pesar noventa kilos. Una sola persona la podía subir o bajar, pero se trataba de eso: de que la manejara una sola persona.

Tenía unas trabillas para que quedara asegurada, firme, y no estuviera moviéndose con cualquier impulso. Esos seguros se manejaban desde el baño. Allí se abría, se sacaban los aparatos con una polea pequeña, se desaseguraba la tapa y entonces sí venía el manejo de las poleas con su contrapeso.

Era un sistema muy ingenioso escondido en el baño.

ESTHER.- Los niños se fueron al colegio, yo salí y Rafael se quedó para que los compañeros siguieran rompiendo y en caso de que llegara alguien (es decir, el vecino o el empleado del Banco Central Hipotecario a avaluar la casa) salir y atenderlo. Si el que llegaba era el dueño había que distraerlo para que no se diera cuenta de que el ruido que se hacía venía de la levantada de las baldosas del piso, lo que, de todas maneras, parecería absurdo puesto que todavía no éramos los dueños de la casa y hacer esto sin su consentimiento parecería atrevido.

Acordamos decirle -en tal caso- que íbamos a cambiar el piso, pues ese nos parecía muy ordinario. Además, siempre estábamos espiando la salida del dueño y de su esposa para aprovechar y romper lo más rápido posible.

Él salía sobre las nueve de la mañana y ella, más tarde. El empleado bancario junto con su esposa, iba a trabajar todos los días a las ocho de la mañana y no quedaba sino una sola doméstica que llegaba a las ocho y se iba a las cinco de la tarde. Y como estábamos tan recién mudados, suponíamos que ellos pensarían que continuábamos en el trabajo de la marquesina.

De todas maneras, el ruido era terrible. Cuando yo llegaba a casa me parecía oírlo desde una cuadra antes.

A Rafael, que estaba ayudando a romper el piso, cuando le tocaba descanso dice que se subía a la segunda planta, se ponía una almohada en la cabeza y, al regresar, miraba cuánto habían avanzado y quedaba defraudado pues no era mucho lo que rendía en comparación con el ruido que se hacía.

MIÉRCOLES 1 DE NOVIEMBRE

ESTHER.- Isidro trajo la estructura de hierro de la tapa fundida con cemento, la que quedó grande, como diez centímetros más o menos, y los compañeros, con Rafael, agrandaron la boca del túnel, la volvieron a poner y ya quedó bien. Luego se le pegaron las baldosas y al cerrarse ajustaba perfectamente. Esto nos trajo cierta





tranquilidad ante la posibilidad de una inesperada visita del Ejército.

RAFAEL.- Al ensayar, previendo una emergencia, tapábamos las separaciones con papel laminado y plastilina y no se notaba en lo absoluto. Podía resistir una requisa rutinaria, aunque esto de las visitas rutinarias no hubiera aguantado pues la magnitud del trabajo y la premura del tiempo harían que no estuviéramos en condiciones de superar ni la presencia de un vecino, pues el patio permanecía lleno de cajas con tierra, madera, sierras, baldosas, etcétera. Todo ordenado, pero de todas maneras no era lo más aconsejable para la seguridad. Lo que sucedió en este caso fue la contradicción entre seguridad y cumplimiento del operativo que, en el plazo tan corto, fue resuelto felizmente por esto último, sin que la violación de las reglas, que tan cuidadosamente habíamos tomado al principio sobre seguridad, nos llevaran a la catástrofe.

RAFAEL.- Cuarta ley de Clipstein: "Cualquier cable cortado a la medida quedará demasiado corto".

JUEVES 2 DE NOVIEMBRE

ESTHER- Tuvimos varios sustos con los postas, la mayoría infundados. En general, cada vez que pasábamos frente a alguno de ellos, temíamos que fuera "bien avión" y se le ocurriera revisar el cargamento que siempre llevábamos totalmente cubierto.

Unos años antes nuestra apariencia de gente adinerada hubiera sido suficiente, pero en estos tiempos se corría el riesgo de una requisa de rutina por si las moscas: coca o secuestro.

ISIDRO.- Fui a Cali. La dirigencia del Valle ya tenía contactada gente de la especialidad que se suponía era la que iba a ir más tarde a Bogotá a ayudarnos.

Mi visita fue para llenar vacíos en lo que venía del túnel, pues temamos clara la primera parte del trabajo porque ya había una experiencia anterior. Fue la construcción del sitio donde encontraron a Escobar Soto, el gerente de la Texas secuestrado por la Organización, quien terminó allí por otras causas, pero inicialmente lo que se hizo fue un local clandestino para una imprenta que funcionaba a una profundidad de diecisiete metros bajo tierra.

Abajo había un recinto de cinco metros por tres. Cabía todo lo necesario, desde máquinas hasta arrumes de papel. Entonces, esa experiencia ya se tenía. Igual que lo de la tapa. Sobre eso no había duda. Pero lo otro no lo sabíamos hacer porque aquí el asunto no sólo era la orientación, sino que no se derrumbara el túnel. Y, además, para la evacuación de las aguas y otros detalles necesitábamos asesoría de profesionales. Por eso fui allá.





La cita tuvo lugar en la ciudad. Me condujeron a un sitio que nunca conocí y hablé con alguien al que no vi, quien me explicó lo que teníamos que ir haciendo. Me acuerdo que consiguieron estacas, se improvisó un simulacro dentro de una habitación y recibí las instrucciones elementales para comenzar la excavación horizontal.

VIERNES 3 DE NOVIEMBRE

ESTHER.- Llegó otro compañero y nos dio la impresión de que era el máster en túneles por su configuración física. Era la expresión clásica del obrero. Esto nos llenó de seguridad, pues hasta ahora no era mucha la que sentíamos. Julito, a pesar de verse muy fuerte, nos parecía muy joven. Lo llamábamos "El Niño".

Los dos compañeros que hasta ahora habían llegado para cavar se levantaban a las seis y media de la mañana, cuando salían nuestros hijos al colegio. Desayunaban y a las siete comenzaban a cavar. A eso de las diez comían algo y continuaban trabajando.

Cavaban por turnos. Cuando uno lo hacía el otro echaba la tierra en cajas para que Rafael la sacara y la compañera que hacía de doméstica y yo la empacáramos. Después de empacada Rafael la sacaba de la cocina y la ponía en el pasillo donde José, el chofer, la recogía y la ponía en la camioneta. Para Jóse solo, este era un trabajo difícil, porque había que cargarla por el asiento delantero: la camioneta era grande, apenas cabía en el garaje y la puerta trasera no se podía abrir.

Cuando ya estaba cargada salían a veces José y Rafael a botarla. Otras, mientras José la botaba, Rafael iba a comprar las herramientas necesarias para el trabajo. Sobre la marcha se iba pensando qué utilizar pues ninguno temamos experiencia en este tipo de cosas.

Mientras Rafael salía con José el primero y segundo compañeros continuaban cavando por turnos y amontonaban la tierra, la compañera o yo (era por turnos) cocinábamos, lavábamos y de vez en cuando yo llamaba a la oficina para ir coordinando lo que debían hacer. Rafael por este tiempo pasaba cada vez que le era posible, pero demorándose muy poco.

Para esta fecha había bastante trabajo en el túnel para dos personas y nosotros no estábamos cumpliendo con la oficina, trabajo que no deberíamos descuidar, de manera que ya se planteaba la necesidad de más gente.

Se le planteó al compañero de la Dirección la necesidad de cuatro nuevos compañeros.

ISIDRO.- De acuerdo con más informaciones sobre la Ballena, hicimos un nuevo inventario de las posibilidades que iba a tener la operación y nos dimos cuenta de que se necesitaban caletas más grandes de las planeadas, que el cálculo inicial se había quedado corto en cuanto a la embodegada del material. Hasta este momento se había





trabajado en condiciones muy precarias porque había que hacerlas muy rápido, por los sitios donde quedaran ubicadas, por clandestinidad, puesto que se trataba de que en cada barrio no se enteraran, ya que en su consecución y su hechura participaba mucha gente.

En estas condiciones, no se construyeron más de diez u once caletas pequeñas en casas de Bogotá.

Con el nuevo cálculo surgió entonces la necesidad de construir una más grande para tener un depósito apropiado.

RAFAEL.- La camioneta es un desastre:

- 1.- Debido a su longitud, no podíamos cargarla por detrás sino por la cabina, pues la puerta trasera no abría dentro del garaje.
 - 2.- Siempre molesta por carburación.
 - 3.- Debido a que el compañero José, encargado de manejarla, había trabajado en un parqueadero, permanece con el embrague metido, por lo cual también hay problemas de ese tipo y,
 - 4.- Los frenos jamás han sido satisfactorios.

Cuando compré la camioneta todo funcionó bien y la ley que deduzco es que "no hay que comprarle carro a mecánico ni caballo a gitano" (voy a registrar este refrán).

SÁBADO 4 DE NOVIEMBRE

RAFAEL- Cayó un aguacero muy fuerte en Bogotá. Como estábamos ocupados en el túnel, no me di cuenta y la casa se inundó. Cuando fui a salir y vi el espectáculo me sobrecogí: ¿habíamos roto una cañería? ¿Vendría el dueño a dar indicaciones? ¿Se sucedería con frecuencia este problema? ¿Cómo iba a sacar el agua?

El otro asunto era que me tocaba atender el túnel (en el primer mes, ya después no), la oficina, las compras, los viajes, la botada de la tierra, etcétera.

Decidí incumplir la cita que tenía en la oficina y me puse a evacuar el agua quitando unas piedras del sifón y se arregló el problema. En el momento de abrir el carro para salir, el ingeniero Montañez hacía lo mismo con su Land Rover. Ambos nos vimos y nos dimos la espalda. Yo, para que no fuera a entrar y él porque le daba pena que su casa de casi dos millones se inundara.

ESTHER.- Estando Rafael sacando el agua, los compañeros habían desmontado la cocina integral y el lavaplatos, por donde se les había ocurrido sacar una instalación eléctrica por entre el sifón del lavaplatos, aprovechando que al romper la baldosa para hacer el túnel salíamos exactamente a una caja recolectora de aguas negras y hubo que correr como cincuenta centímetros la boca del túnel. Así que, pensando





aprovechar este revés, estaban haciendo las instalaciones (que fue lo que despistó a los investigadores después, pues pensaban -por esto y por otras cosasque el túnel había sido construido al mismo tiempo con la casa).

ISIDRO.- Por este punto se tendieron, además, algunos ductos de aire para dejar funcionando un sistema que permitiera respirar bien allá abajo. Lo diseñamos antes de comenzar a cavar en bajada y lo instalamos al llegar al fondo. Por eso vino un albañil y a través de las cañerías del lavaplatos sacamos todo el sistema de ventilación hacia encima de la casa. Partía del fondo, penetraba la pared y salía. Tubos de PVC grandes. Eran dos tubos: uno de entrada y otro de salida del aire. El tubo de salida más alto que el tubo de entrada, teniendo en cuenta la densidad de los gases: el aire caliente tiende a subir y, de paso, succiona el aire frío que es más denso y está entrando. Dinámica de temperaturas. Eso funcionó bien pero solamente en los comienzos del trabajo.

ESTHER.- Estando en éstas llegó el avaluador del Banco Central Hipotecario y en medio del revuelo lo hicimos pasar y le pedí excusas por el desorden; le expliqué que hasta ahora me estaban instalando la cocina integral. La boca del túnel estaba tapada con el mueble que habían desmontado. Además, le expliqué que hacían unos terminados y esa era la causa del desorden. El señor fue muy amable, me dijo que no me preocupara, que siempre en una mudanza había desorden, que eso era terrible, que él le tenía pavor a las mudanzas. Le contestamos las preguntas y amablemente nos dijo que no nos preocupáramos por la aprobación de la hipoteca, pues pronto nos contestarían nuestra solicitud.

Nos despedimos y salimos con Rafael a una cita con una señora que tenía una casalote para arrendar, en donde pensábamos descargar la tierra, que ya empezaba a salir en abundancia, y en este momento estábamos botándola en los cerros, lo cual representaba un peligro.

Hablamos con la señora y nos dijo que ya la había vendido o algo por el estilo. Tuvimos que descartar esa posibilidad. Regresamos y Rafael salió hasta "el automático" a encontrarse con el compañero Isidro para comunicarle lo sucedido y pedirle que nos ayudara en la búsqueda de otro sitio.

ISIDRO.- El automático era un sitio fijo que se cambiaba cada semana y en el cual uno cumplía citas en determinados días y a determinadas horas sin anuncios previos, con el fin, por ejemplo, de restablecer contactos perdidos, dar informaciones, enterarse de problemas. Si alguien no acudía al automático en el momento acordado podría pensarse que le ocurría algún problema y se cancelaban operaciones o se aplazaban órdenes hasta cuando apareciera la persona y se tuviera claridad del porqué de su falla. Siempre, antes de que existiera el automático había diversas medidas de seguridad: digamos, un teléfono público a media cuadra,





para poner un caso. El que llegaba primero dibujaba sobre el aparato con una tiza alguna figura. El segundo revisaba primero el teléfono y si encontraba el dibujo lo borraba y acudía a la cita. Si el dibujo no estaba entonces se perdía. Ni siquiera arrimaba al sitio. Durante el desarrollo de esta operación nos veíamos diariamente con Rafael en un automático.

DOMINGO 5 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- El terreno de la casa no era firme, por lo que los cimientos eran bastante profundos y tuvimos que bajar cerca de tres metros antes de empezar a avanzar horizontalmente hacia el túnel. Esto, además del problema de tener que cavar hacia abajo como dos metros más de lo previsto, hacía difícil bajar, salir y sacar la tierra del túnel. El invierno estaba entonces en su punto más alto y el agua rodaba por la falda de los cerros hacia la zona de la casa y el túnel amanecía inundado.

La primera actividad del día era bajar y, con el agua arriba de la rodilla, empezar a sacarla con un balde. Después la extrajimos con una bomba pequeña, la colamos lo mejor posible y la sacamos por el sifón del patio. Al principio la tierra salió en forma de fango, por lo que las cajas no eran solución. Por este motivo compramos unas vasijas cilíndricas de plástico, de cinco galones, en forma de balde donde viene la pintura. Este método sirvió hasta el final y nos dio mucho resultado. No había que botarlos, eran resistentes y, aunque costaban cien pesos cada uno (compramos como trescientos), nos evitó el lío de comprar cajas plegables, armarlas y botarlas.

ISIDRO.- Un compañero, que se había dedicado a buscar el sitio para construir una caleta de gran capacidad de almacenamiento y que no estuviera tan excesivamente lejos del Cantón Norte, avisó que había hallado algo que podía servir. Era una casalote en el barrio Prado Pinzón, a unas setenta calles de la Ballena.

Esa mañana me llevó hasta allá. No miré a dónde nos dirigíamos porque no podía saber su ubicación, pero tenía idea de qué era lo que había que escoger y por tanto debía tomar la decisión. Cuando me anunció que habíamos llegado y que podía levantar la cara vi que el sitio estaba protegido por una pared alta y en el terreno descubierto, que se extendía hacia adentro, observé un gran galpón en el cual había funcionado, aparentemente, un taller. A su lado había un portón por el cual cabía holgadamente un carro grande y, más al fondo, una casa sencilla separada del galpón por un patio con algunas gallinas. Me pareció ideal y le dije que la comprara.

Para adquirir ese inmueble alguien tenía que dar la cara, entre otras cosas porque, además de pagar una cuota inicial -que suministraría Rafael- era necesario firmar una





fianza y ninguno de nosotros tenía medios para hacerlo, ni propiedades para responder ante los bancos. Entonces puse "al sastrecillo" en contacto con una amiga, profesora universitaria, con cierta solvencia, y le dije: "Mira, ayúdanos fiando a este muchacho que debe adquirir una casa que necesitamos para algunas cosas de seguridad para el Eme". Ella supo parte de la verdad. Sólo parte, porque no podía enterarse del todo, por seguridad. Luego de la explicación la señora accedió, los dejé en contacto y se hicieron los trámites para la adquisición.

RAFAEL.- Excepción a la ley de Murphy: "Cuando Ilueve, diluvia...".

LUNES 6 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- El trencito que nos ayudó a remover unas trescientas toneladas de tierra y las más de cinco mil armas fue saliendo poco a poco de nuestras mentes, y lo perfeccionamos pero no en la práctica del túnel sino en la de la consecución de los materiales con los cuales lo construimos. La primera idea fue fundir las ruedas, tipo tren, y hacer una carrilera de madera, pero llegamos con Isidro a una ferretería y vimos el muestrario de ruedas encauchetadas para zorras y carretillas y cambiamos de opinión. Se nos ocurrió que éstas servían si les soldábamos una platina que rebasara el tamaño de la rueda para que no se descarrilara. Compramos las ruedas y fuimos a mandar a hacer las platinas. Un obrero nos las cortó en una venta de hierro y acero en el centro de Bogotá y nos cobró setenta pesos. En un taller del frente las soldaron a las ruedas. Nadie preguntó nada y el trabajo quedó perfecto. Compré luego madera, la llevé para la casa y armamos un cochecito que funcionó perfectamente. Después hicimos otro que ya no quedó tan bueno. La altura no excedía los 25 centímetros, largo 1.20 y ancho 70 centímetros. Las ruedas no tenían ejes sino que iban fijas a la plataforma, hecha con cuatro tablas de 30 centímetros de ancho, cada una, clavadas encima del chasis que eran dos largueros de 120 centímetros y sección de 6 por 10 centímetros.

La idea de construir una carrilera de madera desapareció y las benditas Páginas Amarillas nos ofrecieron otra solución: perfiles de hierro. Fui a la perfiladora, me explicaron lo de los calibres y vi el molde que servía. Di a entender que iba a necesitar miles de perfiles, pero que por ahora llevaría solamente unos 160 metros.

Ellos se comprometieron a fabricarlos, dejé ocho de ellos cancelados y, como se podría esperar, no estuvieron listos el día que habíamos acordado.

RAFAEL.- Ley postal de Jilly: "Una 'fecha de entrega garantizada es la garantía de que la entrega se realizará un día que tenga lecha".





MARTES 7 DE NOVIEMBRE

ESTHER.- Observamos que un centinela del Ejército tenía un comportamiento muy anormal. Parecía disgustado y trataba de mirar dentro de la casa. A la hora del cambio de guardia vimos que no lo relevaron y, muy preocupados, llegamos a pensar si no sería que estaba observando algo. Pero, mirándolo, nos pareció casi histérico. Le daba golpes al piso, exactamente en el lugar por donde pasaba el túnel, y creíamos que había oído algo y estaba cateando el terreno. Decidimos que la compañera que hacía de doméstica saliera y le entablara charla para saber qué le sucedía. Ella, un poco miedosa, pues la mirada del soldado era terrible, salió, le llevó comida y él, muy agradecido, se la comió y le contó que hacía como veinticuatro horas estaba castigado y sin pasar bocado.

Para los fines del operativo esto fue un error, pues en adelante los soldados le decían a Carmen que nos dijeran que tranquilos, que el R-12 estaba bien vigilado durante la noche pues ellos permanecían frente a él.

El problema es que apenas íbamos por este lugar en la elaboración del túnel y si se paraban en este sitio había que detener la excavación por todo el tiempo que estuvieran ahí. Es decir, siempre que se pararon en ese lugar hubo que detener el trabajo.

MIÉRCOLES 8 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- Se terminó la entrada al túnel, o sea un hueco vertical de setenta centímetros de diámetro y tres metros de profundidad. Toda una odisea. Desde cuando empezamos a quitar las baldosas de la boca han transcurrido once días.

ISIDRO.- Inicialmente salieron del suelo cascajo y materiales duros. Luego, tierra. Después, barro. Primitivamente el grupo era muy pequeño: dos personas. Además no estaba muy bien definida la fecha del robo de las armas. Digamos que en ese momento no había una premura enorme y mientras tanto se estaba consiguiendo la gente que iba a trabajar el resto del túnel. Nosotros decíamos: "Tiene que haber gente especialista en este tipo de trabajo, de manera que señale la dirección que ha de llevar el túnel, porque de lo contrario vamos a parar a la Cochinchina". [Eso sí desde el principio lo intuíamos. La entrada al túnel se hizo honda porque el piso era bastante fangoso, como todo el de Bogotá, pero en especial el de esa zona se perforó bastante porque los cimientos eran también hondos. La bajada fue una etapa larga, dura y lenta. Es que, además, teníamos que conseguir buena profundidad para atravesar la que está frente a la casa y una zona muy grande dentro del batallón que había antes de llegar a la Ballena. Cuestión de aislar





fruidos, ¿me entiende?

Fue un día de suerte porque por fin llegó para quedarse tal EZ un día el primer experto en túneles. Dio el rumbo inicial, desde una de las habitaciones de la parte alta de la casa, y a través de la ventana, tomó como mira la posición de la Ballena, estableció una línea con cuerdas y madera que después trasladó a la parte interior del hueco. Temamos un rumbo primitivo.

RAFAEL.- Primera ley del ciclismo: "No importa la dirección que tome, siempre será cuesta arriba y contra el viento".

EMA.- A comienzos de noviembre me paso a la casa donde se va a construir la caleta. Empezamos a hacerle arreglos. Llega otra persona que es "Marina", después me presentan a una señora, que es la dueña de la casa, como la señora Ana María. "Marina" me dice que hay que sacar las niñas de allí (Ema tenía en esa época una niña de meses y otra de 5 años). La casa estaba situada en el barrio Prado Pinzón. Allí se llevó a cabo otra reunión y me dijeron lo que habría de guardarse en la caleta: armas.

Recibo las órdenes del "arquitecto" y de "Marina". Me informan que tengo que encargarme de un comando que va a llegar a la casa, debo responder por la seguridad y la comida de la casa, que nadie va a venir a ayudarme y que todo el tiempo tenemos que estar con las capuchas, incluida la niña, es decir, compartimentados.

JUEVES 9 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- Iniciamos el túnel horizontal. Todo es muy difícil. Hoy avanzamos 30 centímetros

ISIDRO.- Para evitar derrumbamientos, una vez arrancamos a cavar horizontalmente, empezamos a apuntalar el techo del túnel cada cincuenta centímetros con madera de eucaliptus, que es la que se utiliza en nuestras minas: una viga en cada extremo y otra horizontal encima, de acuerdo con las medidas y las instrucciones que me había dado en Cali el experto en minas. La madera, ya cortada y lista, la conseguía Rafael a poquitos y se iba trayendo, un día sí, otro no.





Capítulo 3 "FELIZ AÑO NUEVO CON ARMAS PARA EL PUEBLO"



Trastos y herramientas dejados por los "topos" del M-19 en el patio de la casa vecina al Cantón Norte.





Vartes 17 de enero de 1979

ISIDRO.-...Me agarraron y me dieron otra golpiza terrible, estaban como celebrando la victoria por la caída de la caleta. Era como una represalia. Sobre todo había uno al que le decían Mc-Gyver y a otro cuyo apodo no recuerdo. Entre esos dos me golpeaban como para afianzar más su victoria. Me dejaron allí tirado en el suelo. Había uno que decía: "Póngale una cobija" y McGyver respondía: "A este hijueputa qué cobija ni qué nada" y déle, otra vez las patadas, otra vez la paliza.

Después me metieron en una camioneta totalmente cerrada, forrada y dentro de ella me tuvieron..., tengo la impresión, unos tres días. Durante el día estaba allí tirado. No se hacía nada, y por las noches me llevaban a la cueva esa que después supe llaman las cuevas de Sacromonte y me seguían torturando. Luego tuvimos un viaje largo que creo fue a Boyacá, porque tenía otra cita anotada en mi libreta, como decir "Laureles". Pero no sé por qué me llevaron allí porque la verdadera cita era en Melgar. Después hubo gente que contó que me habían visto tirado en un hueco porque me bajaron en el puesto de monta del Ejército en Bonza. Yo debería estar desmayado. Luego me debieron haber subido a la camioneta, me llevaron a donde ellos creían que era la cita y me volvieron a traer a Bogotá.

¿De comer? A veces me daban agua de panela, alguna cosita, poca. Vine a comer comer como a los 5 días más o menos, en Faca. Nunca vi las cuevas porque siempre entraba encapuchado. Si algunas veces lograba ver por debajo un poco, miraba de las rodillas para abajo y el piso. No era cemento, era como piedra. Recuerdo también que alcancé a ver la llegada a una estación de ferrocarril, gris, tal vez era la de Faca. Por ahí pasamos y al poquito camino estaban las cuevas; sólo al cuarto o quinto día uno trata de mirar dónde es. En ese momento sabía que no me iban a matar.

JUEVES 18 DE ENERO DE 1979

El *Tiempo*- En poder del Ejército cayó el pequeño apartamento donde vivía Carlos Duplat Sanjuán, ubicado en el barrio Asunción de Bogotá. Placa 34D-04 de la calle 3a. Se trata de un pequeño apartamento en el cual fueron hallados revólveres desbaratados entre varios maletines de cuero. Había también, según el Ejército, por lo menos 20 granadas, municiones de diferentes calibres, prendas de uso privativo de las Fuerzas Militares, equipos de radiocomunicación y una moderna ampliadora fotográfica. Una ametralladora, dos escopetas y un casco de la PM con una





calcomanía del M-19, proveedores para armas automáticas, cuatro chalecos antibalas y un detector de minas.

El Espectador-Según el Ejército, en la guarida se recuperaron 122 armas cortas, 36 granadas, 1.670 cartuchos, una escopeta, tres carabinas, varios cascos de guerra con la insignia M-19, un detector de minas y una fotocopiadora.

ISIDRO.- Fue desapareciendo de donde yo vivía todo lo que yo tenía en ese momento, inclusive el único televisor que tuve en mi vida, que fue uno de los de la casa del túnel, que me regalaron la madrugada que salimos de allí. Incluso uno de mis interrogadores tuvo el descaro de agradecérmelo: "Gracias por el televisor, chévere", me dijo. Desapareció completa mi biblioteca, algo que había ido consiguiendo desde cuando fui estudiante; unos cheques de un carro de mi propiedad que había vendido hacía poco, unas cámaras de cine, unos lentes, cámaras fotográficas, un equipo más de fotografía, una grabadora, mis diplomas de arquitecto de la universidad en Colombia y de la Sorbona en París... Todo se esfumó.

Para esta fecha el Ejército había realizado más de 200 capturas por el robo de las armas del Cantón en todo el país, 94 allanamientos sólo en Bogotá y se había recuperado más de la mitad del armamento robado, por lo menos así lo informaba la prensa y los boletines oficiales de los organismos de seguridad.

Sin embargo, paralelamente, la avalancha de allanamientos y detenciones que se efectuaban en diferentes círculos de la actividad nacional y que se comentaban no se compadecía con la cifra revelada por el Ejército, según rezan informes de la época de la "cacería" (como se denominó a esta carrera en busca de las armas del Cantón). Las detenciones en los primeros meses del año llegaron a 60.000.

MARTES 14 DE NOVIEMBRE DE 1978

ISIDRO-En seis días hemos avanzado dos metros, un promedio de 33 centímetros diarios. Desmoralizante.

RAFAEL.-José siguió encima del dueño del negocio hasta cuando entregó los primeros ocho perfiles de dos metros de longitud cada uno, con orificios cada cincuenta centímetros para clavarlos en los durmientes de madera de 8 por 10 por 80. Al cochecito lo halábamos con una cuerda de nylon y sobre él nos movilizábamos también.

Como las ruedas cogían mucha arena y tierra y además trituraban la arena





sobre la carrilera, se producía un ruido que retumbaba en el túnel y que, creíamos, se escuchaba hasta la Plaza de Bolívar, siendo peor esta sensación durante la noche, a pesar de que chequeábamos en la calle y no percibíamos nada. Este temor nos acompañó durante todo el tiempo.

MIÉRCOLES 15 DE NOVIEMBRE

EMA.- El 15 de noviembre llega un comando de cinco hombres para hacer la caleta; "Marina" los trajo acostados en la camioneta, directamente desde donde llegaban las flotas, para que no se dieran cuenta dónde se encontraba la casa; uno de ellos era santandereano. Comienza el trabajo y me toca muy duro, había que comprar una libra de carne en una fama, otra en la fama de más allá, el pan en varias panaderías, de pronto traía un mercado grande en un taxi para que los vecinos no se dieran cuenta, y toda la comida me tocaba prepararla a mí. El comando al comienzo hacía lo de cualquier guerrillero: se levantaban temprano, hacían ejercicio, cantaban, todo encerrados. Después el cansancio no los dejaba porque tenían que hacer un hueco como de dos pisos hacia abajo. "Isidro" llega varias veces a supervisar la obra y en una oportunidad vino un médico para chequearlos. El cansancio los tenía rendidos. De 7 de la mañana a 9 de la noche era el trabajo, empezó a salir mucha tierra, "Marina" sacaba la tierra en la camioneta y tenía que llegar sola porque no podía llevar a nadie a la casa de la caleta. La tierra se sacaba en costales. Al frente vivía un sargento y siempre estaba pendiente, me tocó decirle que esa tierra era para hacer escultura, que la señora trabajaba en eso.

JUEVES 16 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- Subió el promedio diario. Sin embargo lo que falta es infinito. Hasta hoy hemos avanzado 2.80 metros.

ISIDRO.- Se trabaja con dificultad. Siguen el barro y el agua allá abajo. Tan pronto entra la gente al túnel se cierra la tapa, se cancela la polea y se escarba entre el barro con la puerta cerrada. Por seguridad, no se puede trabajar en otra forma. En caso de una requisa intempestiva todo debe parecer en orden.

Sin embargo, tú entras a la casa y ves el piso normal de una cocina: limpio, increíblemente limpio. La tapa entra y sella perfecto. Una vez colocan arriba la plastilina, la gente queda en otro mundo: el de la humedad, el olor a barro y la oscuridad total.

Como contraste con tantas dificultades, la comida es magnífica, muy balanceada, altamente nutritiva y abundante. Unos médicos que nos asesoraron hicieron los





menús. Otros vienen periódicamente a examinar a la gente.

VIERNES 17 DE NOVIEMBRE

RAFAEL- Volvimos a lo del primer día: 30 centímetros. Habrá que aumentar la cantidad de comida. Van 3.10 metros.

ESTHER.- Más o menos se logró que la compañera Carmen descansara totalmente y como la niña era muy saludable se mantenía bastante tranquila. Además, alguno de los tres compañeros (los dos que cavaban y el chofer) la alzaban por turnos, y cuando los niños llegaban ya no trataban de estar tanto tiempo en la cocina o en el primer piso, sino en el tercero donde quedaban encargados de cuidar a la niña.

Algunos compañeros le ayudaban al chofer a cargar la camioneta, pero para eso se cubrían la cara con una capucha y él permanecía subido, donde tampoco ellos lo podrían ver.

ISIDRO.-Adquirimos e instalamos citó fonos para comunicación interior-exterior y viceversa, pero hubo muchos problemas. La impresión es que el sistema no estaba muy desarrollado en esa época, no funcionaban bien y por la misma humedad se trozaban. Entonces nos inventamos un sistema de luces, con adornos de navidad y acordamos unos pocos códigos: peligro, silencio, parar el trabajo, volver a tomarlo...

Pero, además, se hacían zafarranchos, simulacros periódicos de emergencia, aun cuando llegó un momento en que decíamos: bueno, esto es medio loco porque tanta gente encerrada -llegó un momento en que éramos cerca de doce personas metidas allá adentro- y si llega el Ejército, ¡la locura!

Claro que por la parte de atrás había un colegio y también estaba planeada la escapada en caso de una emergencia, pero eso tenía que ser en el momento más crucial porque a la hora en que la gente huyera por ahí ya iban a saber exactamente de dónde venían. Eso era lo último que se haría.

RAFAEL.- Ley de la fiabilidad de Gilb: "Desconfía de todo sistema que dependa de la fiabilidad humana".

SÁBADO 18 DE NOVIEMBRE

EMA- Hay alarma en la casa. Como a eso de las once de la mañana, preparando el almuerzo se me estalla la olla express. Los muchachos estaban trabajando y apenas





sintieron el estallido salieron corriendo mirando para todas partes, sin entender lo que estaba sucediendo, temiendo se tratara de la llegada del Ejército. Lo primero que hicieron fue buscar las armas que estaban escondidas en el cielorraso, dispuestas allí para cualquier emergencia; pensaron que era un ataque. Mi orden era, en esas situaciones, embolatar la entrada de la casa lanzando una granada, pero yo nunca había manejado armas. El caso fue que me alcancé a quemar la cara con esa olla y cuando los muchachos se dieron cuenta de lo que sucedió buscan a "Marina", no sé cómo la encuentran pero al poco tiempo llega con un médico. Ese día no se trabajó más. Los muchachos hicieron el almuerzo.

LUNES **20** DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- Con un trabajador más espero que nos rinda. Hoy completamos 4.15 metros. Sólo nos faltan 71 metros. ¡Ánimo!

ESTHER.- Llegan dos nuevos compañeros: "Elisa" y "Daniel". Ella se ocupará también de los niños. La compañera les es presentada como una prima de Rafael que ellos no conocían. Ella es quien, en adelante, pasará también al teléfono y se identificará siempre como la prima de Rafael que está de visita.

ISIDRO- Había que llamar por teléfono y avisar, siempre, antes de ir a la casa y para eso se acordaban consignas, santo y señas o claves, según cosas que estuvieran sucediendo en el momento: una película, un titular de prensa. Elisa comenzó a manejar y a centralizar eso.

ESTHER.- El presupuesto con ella era que se "quemara" como Rafael y yo, pues debería hacerse cargo de salir y recibir a quien llegara y, si fuera necesario, quedaría encargada de las compras de la casa. Como todos nosotros, debía colaborar también en lo que fuera necesario. Finalmente esta compañera no se quemó, pues durante el tiempo de trabajo se hizo todo lo posible para que no saliera, porque consideramos que una compañera menos sería una ganancia para la Organización. Su nombre verdadero era Nely Vivas. Tenía modales finos, inteligente, crespa y de mochila, un prototipo de trotskista; era muy alegre. Tiempo después, en La Habana, salía a buscar parranda. Nely muere con el *Flaco* cuando iban para Panamá... Para mí que al *Flaco* lo "bajaron", es que era muy evidente dónde estaba; es más, alguna vez me dejaron escuchar una conversación donde dice: "que la avioneta viene con una carga muy importante". Esa cinta no sé quién la tendrá. Todas las circunstancias se daban para que lo tumbaran. Bateman iba en avioneta a Panamá y después se reuniría en





algún lugar con el presidente Belisario Betancur.

"Daniel" era joven y alto. Resalto lo de la estatura porque representaba un verdadero obstáculo para desempeñarse con facilidad en el túnel. Su nombre verdadero era Gerardo Rebolledo, un hombre apacible. Yo le hacía muchas chanzas y las aceptaba todas. Era un muchacho noble, de sonrisa fácil, buen compañero. Tal vez por esto simpaticé de inmediato con él. Cuando bailábamos por las noches era uno de los que más se divertían. Las condiciones de su muerte posterior me golpearon mucho. Una vez le dije: "Daniel, ayer dijeron que ojalá todos los colombianos fueran como usted". -Decime quién -me preguntó y le dije que el general Camacho Leyva. Se echó a reír. El compañero de la Dirección hizo las presentaciones.

Una vez hechas, la compañera preguntó por el túnel y yo le dije que adivinara y ella creyó que estaba en el patio al lado del lavadero o que tal vez no lo habíamos empezado. Me causó risa y a la vez alegría, pues estábamos en la cocina, a dos pasos de su entrada. Después me manifestó que a ella no se le hubiera ocurrido buscarlo allí.

MARTES 21 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- El nuevo es nuevo, pero avanzamos 50 centímetros. Lo mejor de la temporada. Van 4.65 metros.

ESTHER- La compañera que había dado a luz fue evacuada de la casa. A Isidro se le quedaron dos granadas en la sala y las encontré cuando estaba limpiando la casa; nadie sabía que las tenía y le dije a Isidro que no podía volver a mi casa así por los niños. A nadie le dijo que se la habían quedado las granadas y nunca las reclamó.

Además le dije que dentro de la casa no podía hacer orden cerrado, por varias razones. Una de ellas porque esas órdenes de mando las podían oír los vecinos y sería fácil que nos delataran, y que además se perdía un tiempo precioso. Le dije que realmente la disciplina se demostraba en la eficiencia de la gente y más disciplinados no podían ser. Todos y cada uno estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario, que más disciplina no podíamos exigir.

MIÉRCOLES 22 DE NOVIEMBRE

RAFAEL- En el colegio de los niños terminó el año escolar dos días antes, como estaba previsto, y fueron evacuados de la casa.

En esta forma superamos uno de los grandes problemas: la presencia de nuestros





hijos en la casa, a pesar de que tenían mucha disciplina. Por esa época ellos debían tener ocho y diez años y estudiaban en el colegio Anglocolombiano, un plantel caro que nos recomendó la hermana del ministro de Gobierno, Óscar Montoya. A los niños no les advertimos nada en un principio, confiando en su buen juicio a pesar de su corta edad.

Durante el tiempo que estuvieron en la casa nunca los vimos en las horas de la mañana porque el bus del colegio los recogía temprano y nosotros nos levantábamos un poco después porque trabajábamos hasta muy tarde.

Aprovechándose de la situación no se quedaron cortos: nos sacaban dinero, se pusieron de ruana el colegio, todas las semanas nos citaban para que fuéramos a responder por su comportamiento y ellos mismos las contestaban con su letra garrapateada y con formas hechas por ellos mismos. Cuando les preguntaban, decían que su papá no sabía firmar bien porque era un "nuevo rico" gracias a las esmeraldas y que le daba pena ir al colegio. Un día fui y me recibió una sicóloga chilena. Yo les tengo pánico a los sicólogos. Y chilenos, peor. Me habían montado mil historias, que los niños eran muy raros, retardados mentales, cansones y chabacanos.

Poco a poco tuvimos que ir restringiéndoles espacios en la casa. Les dijimos que los trabajadores habían venido a arreglar algunos electrodomésticos, a reparar unos tubos y el piso de la cocina. Claro que no se tragaron ninguno de esos cuentos pero, hasta donde sé, nunca lo dijeron en el colegio. Llegó un momento en que no se les permitía acercarse ni a la cocina ni al patio trasero ni a las habitaciones de esa parte de la casa.

Cuando llegaban del colegio el chofer los entretenía llevándoselos para la calle. Tenían carta abierta para comer lo que pidieran y hacer lo que les diera la gana con tal de que regresaran entre las diez y las once de la noche. Venían untados de Coca-Cola hasta el pelo, muertos de cansancio y sin haber estudiado.

JUEVES 23 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.-Ahora van 5.60 metros. Hoy vamos a probar al cuarto hombre al bate. Espero que de verdad sea un "cuartobate".

ESTHER.- Llegó otro compañero a quien llamamos "Luis" además de alto estaba un poco gordo. Al comienzo me pareció hipocondríaco. Estaba enfermo, se le dificultaba mucho cavar, pero resultó estoico en el oficio de subir la tierra, empacarla y trasladarla a la camioneta. Claro que la mayoría de las veces había que cargar la camioneta en quince minutos y todos participábamos. Este compañero creo que era de origen proletario. Hago la aclaración, pues "Elisa" y "Daniel" daban la impresión de tener una cultura universitaria, y por lo tanto deberían ser de clase media.

El compañero chofer continuaba haciendo los viajes algunas veces solo y otras con





Rafael, lo que seguía preocupándonos por el riesgo y, además, por ser demasiado pesada la tarea para él solo. Y por el tiempo que Rafael perdía en esto, pues debería estar atendiendo los negocios y las exigencias de los materiales y demás necesidades de la excavación del túnel. También la camioneta empezaba a fallar y en gran parte creemos que se debía a lo poco hábil que era el chofer.

VIERNES 24 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- Rompimos todas las marcas: 55 centímetros en un día. Van 6.15 metros.

ESTHER.- Viajé a Santa Marta y Barranquilla. Allí aprovechaba cada vez que pasaba por un teléfono y, con el pretexto de saber de la oficina y la casa, llamaba para ver cómo estaban las cosas, pues lo difícil era estar fuera cuando pensaba en mil cosas que les podían ocurrir.

Regresé con medio millón de pesos que habían pagado en Santa Marta y, aprovechando, traje algunos vinos que salían baratos y así, de vez en cuando, por las noches, tomarnos una copita.

Rafael me dijo que Luis había aliviado un poco el trabajo, que ya era mucho, especialmente porque aumentaban dentro del túnel los niveles de agua y, desde luego, de barro.

ISIDRO.- En cuanto al agua, la encontramos desde el principio. Eso era un desastre. Bogotá es una bolsa de agua por todas partes y, además, los trabajos comenzaron con el fuerte invierno que azota a la ciudad a finales del año. Mire: desde cuando abrimos hallamos agua del subsuelo a unos niveles muy cercanos a la superficie. Se colocó una motobomba más o menos cerca de la entrada al túnel y la manguera salía, enterrada, primero, hasta un baño, pero el baño no dio abasto, no fue suficiente para desaguar, de manera que hubo que trasladarla y ponerla a descargar en el sifón de un patio, colándola previamente para no tapar las cañerías.

ESTHER.- Continuamos empezando a trabajar a las siete de la mañana y terminando a las siete de la noche (algunas veces a las diez). Los otros dos nuevos compañeros se turnaban con los dos que ya estaban. Esos nuevos no eran tan eficientes, aun cuando sí tan entusiastas como los demás.

"Daniel" pareciera que no había hecho mucho trabajo físico, y el otro se quejaba por todo.

Ya después fueron rindiendo mucho más y "Daniel" trabajaría hasta el final en el túnel. "Luis", recibiendo la tierra en la boca del túnel y empacándola. Con el tiempo, "Luis" se mejoró de todas las dolencias y rindió al máximo de sus capacidades como





lo hicieron todos, en general.

"Luis" parecía de origen obrero. La nueva compañera era muy valiosa y disciplinada. Ayudó a trasladar la tierra (por un tiempo), a cocinar, hacía guardias, lavaba y coordinaba lo que fuera necesario con los compañeros en lo que se refería al túnel.

SÁBADO 25 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- Ahora son 6.65 metros luego de un avance de 50 centímetros en toda la jornada.

La distancia del túnel en relación con el depósito de armas la calculábamos con varios métodos: adentro, con un decámetro. En la calle, disimuladamente, con una cuerda, y dentro del Cantón contando los ladrillos de las paredes laterales. La suma que nos dio fue perfecta.

ISIDRO.- De acuerdo con más informaciones sobre la Ballena, hicimos un nuevo inventario de las posibilidades que iba a tener la operación y nos dimos cuenta de que se necesitaban caletas más grandes de las planeadas, que el cálculo inicial se había quedado corto en cuanto a la embodegada del material. Hasta este momento se había trabajado en condiciones muy precarias porque había que hacerlas muy rápido, por los sitios donde quedaran ubicadas, por clandestinidad, puesto que se trataba de que en cada barrio no se enteraran ya que en su consecución y su hechura participaba mucha gente.

En estas condiciones, sólo se logró construir entre diez y once caletas pequeñas en casas de Bogotá.

Con el nuevo cálculo surgió entonces la necesidad de construir una más grande para tener un depósito apropiado.

DOMINGO 26 DE NOVIEMBRE

EVANGELISTA- Un día se aparece "Rufino" con un fajo de billetes y me dice:

-La "orga" necesita que usted construya una piscina en el solar de su casa, aquí tiene la plata, estos son los planos y las medidas tienen que ser exactas.

Yo me sorprendo y no acabo de entender para qué el M-19 querría una piscina al sur de Bogotá. Como es la norma, no pregunté para qué la bendita piscina. El caso fue que terminada la obra negra en el lote que tenía mi familia me quedé esperando la plata para los baldosines.





LUNES 27 DE NOVIEMBRE

RAFAEL- La tierra parece pesar cada día más. Avance total: 7.75 metros. Faltan 67 metros y un pico.

ESTHER- A finales de noviembre ya debería integrarme en una forma más regular al trabajo de la oficina, pues era tiempo de haberme recuperado de la enfermedad que inventé para justificar mi ausencia y, además, temía que a los vecinos les diera por hacerme una visita, al ver que no estaba saliendo para el trabajo. Procuraba ir en la mañana pero muchas veces no podía regresar al medio día, como lo había planeado, pues había muchas cosas que resolver en la oficina. Teníamos muchos pedidos que despachar a los hospitales, los que no podíamos dejar de hacer pues podría levantar sospechas en los trabajadores (aunque pienso que ellos notaron que algo raro sucedía, pero desde luego no podían ni imaginárselo). Además, estábamos tratando de hipotecar la casa donde antes vivíamos para no perder el dinero que nos había costado. En octubre o noviembre solicitamos préstamo garantizado con esta casa y además otros negocios que estábamos haciendo para tratar de recuperar parte del capital que la Organización tenía invertido.

También estaba revisando todos los libros y anotaciones para que en caso de que por descuido las hubiésemos hecho destruirlas para no involucrar a compañeros.

Como de costumbre, saldríamos a vacaciones colectivas el 16 de diciembre, pero había que atender algunas cosas acostumbradas como tarjetas de Navidad, agendas y regalos a clientes y amigos.

Tratando de parecer normal y de paso organizar la mercancía para su traslado en la fecha que acordaríamos luego con los compañeros de la Organización, se les ordenó a los empleados que procedieran a hacer el inventario de mercancías y así los mantendríamos ocupados. Se les dijo que se comenzaba a hacerlo tan temprano para ganar tiempo.

Al dársenos la orden de empezar la operación entregamos a la Organización una impresora que temamos en la oficina, en la cual se quemaban esténciles que a su vez irían a los Departamentos para ser estampados y reproducidos por los compañeros de cada lugar. Estos trabajos se realizaban por la tarde al salir los trabajadores, o al medio día. Preferiblemente los sábados, pero algunas veces había que quedarse hasta altas horas de la noche, pues eran urgentes. La secretaria siempre comentaba cómo olía al otro día. Yo le decía: "Sí, es que le hice un trabajo a unos compañeros de la universidad y además aprovechamos para actualizarnos en chismes universitarios". Además, dijimos que habíamos comprado ese aparato por extravagancia de Rafael para hacer las listas de precios y catálogos de la oficina. Había qué explicárselo como





"extravagancia", pues valía noventa mil pesos.

Ese día llegaron dos compañeras más y cuatro compañeros que no logro recordar.

ISIDRO.- A medida que avanzaba el túnel íbamos perdiendo el rumbo porque se trabajaba a base de sentido, pero eso no era suficiente. Nos informaron del Valle que los mineros no podían desaparecer de sus empleos por tanto tiempo y que debíamos esperarlos un poco más.

Abajo se trabajaba con iluminación a base de lámparas, puesto que también se tendió una buena red eléctrica con este fin, pero esas lámparas estaban solamente en el sitio donde se extraía la tierra. El resto era muy oscuro desde cuando uno comenzaba a bajar, puesto que como el socavón era sinuoso no se veía de un extremo a otro. Diariamente la gente creía que se desviaba, entonces al día siguiente otro turno trataba de rectificar el rumbo, a olfato, porque allí no se veía a más de dos metros de distancia.

RAFAEL.- Regla de la regla: "La línea recta no existe".

MARTES 28 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- Al terminar medimos otros 50 centímetros, Van 8,25 metros de túnel. Nada.

ESTHER.- Tenía cita con Isidro a quien debía entregarle 32 mil pesos para comprar un aparato que vendían en Pereira y que se utilizaría en la construcción del túnel y acordamos que el día treinta, a las seis de la tarde o siete de la noche, iría al aeropuerto a recibirlo y de paso entregarme el aparato e informarle cómo iban las cosas.

MIÉRCOLES 29 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- Otros 55 centímetros en toda la jornada. Llegamos a 8.80 metros.

ESTHER.- Al regresar a la casa observé que en el sector de El Lago, Santa Bárbara y El Chicó había ejército haciendo requisas en los carros, cosa que se me hizo muy rara, pues ese tipo de controles se hace en los barrios proletarios y en el centro de la ciudad. Pregunté a alguien -pues los carros estaban casi en cola-qué pasaba y me dijeron que habían encontrado en ese sector, sepultado en un jardín, el cadáver de un niño secuestrado. Buscaban a los secuestradores o algún indicio sospechoso.





(Se trataba de Ricardo Mendoza, niño de 12 años, secuestrado, muerto el mismo día y enterrado luego en un jardín interior de su casa. Los secuestradores pedían cien mil pesos por su rescate. Registros en *El Tiempo y El Espectador*).

ESTHER.- Me dirigí rápidamente a la casa y le comenté a la compañera lo que sucedía por lo que decidimos dejar para más tarde la sacada de la tierra, que ya temamos bastante, pues la camioneta había estado en reparación.

A eso de las ocho de la noche salí y observé que había disminuido bastante el Ejército, por lo que decidimos que José saldría en la camioneta y yo iría detrás por si algún policía lo detenía a preguntarle por lo que llevaba, a lo que él le diría que era una tierra que en una obra le habían pagado para que botara y él lo estaba haciendo para ganarse unos pesitos, aunque su patrón no podría enterarse de esto.

Apenas llegábamos a la esquina cuando observé que la camioneta se varó, el policía que estaba de guardia observaba y esto nos preocupaba. Me le acerqué y le pregunté qué le pasaba y me dijo que tal vez era por falta de gasolina. Le llamé la atención, quedando de hablar luego al respecto, puesto que eso no podía volver a suceder. Lo mandé a la casa para que consiguiera en qué traer gasolina, mientras yo cuidaba el vehículo, pues temía que el guardia se acercara y quisiera mirar dentro, lo que mi presencia se lo impediría, de ser posible. Él volvió y me dirigí a la estación de Unicentro, compré gasolina y se la puso José a la camioneta, pero tampoco arrancaba. Estuvo mirándola por el motor y no sé qué le hizo pues volvió a arrancar. Seguí un poco adelante mirando por el espejo. Cuando avancé una cuadra y no lo volví a ver decidí regresar pero sentí que había pinchado. Cualquiera sabe lo que sentí. Ya estaba sacando la llanta de repuesto y las señales cuando pasaba una pareja, creo que en un Renault 4, y me preguntaron en un escaso español si me sucedía algo, que si estaba pinchada la llanta el joven, de 26 años, me la cambiaría en un momento. Yo apenas lograba comprender cuando se bajó una mujer, joven también, como comenzando embarazo y me dijo que con mucho gusto me ayudarían, a lo que accedí todavía con mayor gusto. Ella me pidió disculpas por retirarse a su carro, pues no se sentía bien. Debían ser gringos. El muchacho cambió la llanta en un dos por tres, le di las gracias y regresé a buscar a José que se había varado otra vez. Me dijo que él pensaba que era el radiador. Fui y busqué agua, anduvo otro poco y volvió a fallar. La preocupación era que si se arrimaba un policía podía ver la tierra y llamarle la atención. No me atrevía, por tanto, a dejar solo a jóse, pues mi presencia con el otro carro, más la respectiva historia que le daría al policía de que era su patraña, y que estábamos, como él veía, varados, haría menos sospechoso a jóse que si estaba solo.

José revisaba el motor y le movía cuanta pieza tenía. Por fin volvió a arrancar y llegamos a la Diecinueve donde volvió a vararse. Allí, aprovechando un sector que estaba





un poco oscuro, decidimos botar alguna tierra. Le propuse a jóse botarla con baldes y todo a una cuneta y él dijo que no, que arrojar unos cubos como esos podría causar sospecha, pues eran setenta. Apenas habíamos botado unos seis u ocho me di cuenta de que tenía razón y nos pusimos a tratar de buscar nuevamente el daño. Se necesitaba un alambre y fui a la casa de una hermana. Eran más de las doce de la noche. Luego me repitió que era el radiador y fui a una estación de gasolina y traje más agua. La camioneta arrancaba, andaba un poco y volvía a fallar. Logramos regresar a la estación de gasolina empujando la camioneta (Dodge modelo 70) con mi carro R-12 modelo 78.

Ya eran las tres de la madrugada cuando nos dirigimos a la casa pues pensábamos que los compañeros estarían muy preocupados, a pesar de que se había llamado para informar que tratábamos de desvarar la camioneta. Le dije a jóse que se quedara en la casa pero me explicó que debía ir a su apartamento pues su gente lo extrañaría, de manera que le entregué el auto y quedó de regresar por la mañana a recoger el dinero, dejarme el automóvil y buscar una grúa para llevar la camioneta al taller del mayor que nos la había vendido. Acordamos que si le preguntaban por la tierra que llevaba debía decirles que era para el jardín de su patrona.

JUEVES 30 DE NOVIEMBRE

RAFAEL.- Día trágico pero avanzamos medio metro. Total: 9.30 metros.

ESTHER.- El chofer regresó a las ocho de la mañana para recoger el dinero y mandar a arreglar la camioneta. Supimos que fue hasta el taller del mayor y le explicó lo de la tierra. Nos dijeron que sacó la camioneta y prometió llevarla nuevamente. Fue a los cerros, botó la carga y, al regresar, parece que se volvió a varar, se bajó, levantó la tapa del motor y como la carretera es muy estrecha, suponemos que otra volqueta que venía en dirección contraria lo aprisionó contra la camioneta destrozándolo y causándole la muerte instantáneamente. Fue entre las once de la mañana y las dos de la tarde.

El presunto carro que mató a José pudo ser una volqueta arenera que iba cargada de oriente a occidente, pues era en la defensa de esta última donde estaba la sangre. El cadáver permaneció como tres horas tendido en la carretera.

Su nombre había aparecido en la revista *Vea*, pues un compañero de aventura en el secuestro del avión hacia Cuba dio declaraciones con nombres propios para dicha revista, por lo que temíamos que algún polizonte despierto relacionara algo. Teníamos temor también a la foto de El *Bogotano*, pero felizmente nada se publicó.

Los compañeros en la casa no se preocuparon por la demora de José, pues creían que estaba atrasado con el arreglo del vehículo y yo estaba en la oficina atendiendo una





situación con el seguro de una mercancía que iríamos a ver esa tarde en las bodegas de Almavic.

A eso de las dos de la tarde nos dirigimos, en compañía del agente asegurador, el inspector de la compañía aseguradora y mi cuñado, a las bodegas de Almavic.

Este mismo día Rafael estaba en la Costa y el compañero de Dirección llegaría de Pereira a eso de las siete de la noche y yo lo recogería en el aeropuerto.

Revisamos la mercancía que había llegado saqueada, más o menos en un cincuenta por ciento (era de película radiográfica), y nos dirigimos a las oficinas a dejar constancia del problema cuando entró una llamada de la secretaria de la empresa para mí. Me extrañé y pasé al teléfono: era para informarme que José, contratado para nuestro servicio particular -así lo habíamos hecho saber a los empleados de la oficina-, había muerto atropellado por un carro. Yo no podía ni siquiera imaginarme lo que le había pasado. Absurdo eso de atropellado por un carro. Pensé si no lo habrían matado por otro motivo, si nos estarían vigilando. De todas maneras dijeron los que estaban presentes que me puse pálida. Pregunté cómo había sido y ella me informó que el mayor, a quien le habíamos comprado la camioneta, llamó para informárnoslo, pues a él le avisaron por tener todavía la camioneta a su nombre, y le dijeron que el chofer había muerto atropellado por un carro fantasma, que parece venía de descargar la tierra que esa mañana había llevado al taller en la camioneta, que tal vez había vuelto a fallar y tratando de arreglarla lo atropellaron.

Cuando me dijo "tierra" pensé que los teléfonos estaban intervenidos y que por ese lado iba a estar nuestra caída.

Se lo informé a los señores allí presentes y me dirigí a la oficina para ver si Lola sabía algo más que no me hubiera informado por teléfono, pues siempre pensé que era muy despierta.

En la oficina hablé nuevamente con Lola y ella me repitió lo mismo, pero observé que los empleados estaban asustados. El agente de seguros se ofreció a acompañarme pero rechacé su oferta y decidí llamar a la casa, no fuera que de pronto llegara un uniformado a decirnos lo de José y ellos se asustaran y fueran a creer que habíamos caído y se formara lo peor. Llamé a la compañera que en este momento pasaba como prima de Rafael, pues solamente ella y la empleada del servicio podían contestar al teléfono. Le dije que iba a llegar un poco tarde, pues había sucedido algo inesperado, que a jóse, nuestro chofer, lo había matado un carro, que si Rafael llamaba se lo hiciera saber. Ella quedó prácticamente muda. Salí de la oficina y me dirigí al sitio del accidente, pero decidí pasar primero por la casa para tratar de acordar algo. Cuando llegué estaban limpiándolo todo. Habían metido en el túnel más de cien cajas llenas de tierra, herramientas, uniformes de trabajo y salí nuevamente al sitio del accidente. Cuando llegué habían acabado de hacer el levantamiento (cinco de la tarde). Estaban unos hombres con una grúa que se iban a llevar la camioneta y me acerqué y les dije que yo era





la esposa del dueño y me contaron que el cuerpo de José había quedado destrozado de la cintura para abajo. Les pregunté qué decían los vecinos del lugar y me informaron que nadie había visto nada. Traté de oír su opinión al respecto para ver si había algo de sospechoso, pero todo era tomado como realmente había sido: un accidente. Subí a la camioneta y vi los baldes desocupados, lo que hizo que en medio de tanta tristeza y tensión descansara un poco.

El hombre me dijo que llevaba la camioneta a los patios del Tránsito mientras se resolvía la situación legal. Que la siguiera para ver dónde iba a estar. También me dio la dirección de la Estación de Policía a la que correspondía el caso. Seguí la grúa pero eran cerca de las siete de la noche y el tránsito hacia el norte estaba en su punto máximo. Además, el de la grúa marchaba muy lentamente y en determinado momento nos perdimos. Decidí dirigirme a la Estación de Policía, pues creí que lo mejor era hacerme presente, no fuera que les diera por informarlo por la radio al ver la ausencia de dolientes. Lo que más me preocupaba era que todos nuestros compañeros tenían seudónimos, con la excepción mía y de Rafael, y llegué a pensar que tal vez José era un seudónimo y no sabría cómo preguntarles a los policías por él. Al llegar, uno de ellos me dijo que esperara un poco, pero me di cuenta de que tenía los documentos en los cuales figuraba como José Israel Rodríguez. Le dije que yo iba por el accidente de José Israel Rodríguez y que quería hablar con el jefe de esa Estación. Me contestó que hablara con el teniente que atendía el caso. Él me recibió amablemente, le dije que el hombre que había muerto era el chofer de mi esposo pero que él no se encontraba en la capital y que por lo tanto me hacía cargo de las diligencias necesarias para darle cristiana sepultura. Dijo que un familiar debería hacerlo. Me retiré a casa.

Estaba muy preocupada por el compañero de Dirección. Debió haber llegado al aeropuerto y estaría muy sorprendido por mi ausencia. Así fue que cuando llegué a casa les informé todo y ellos a su vez me dijeron que Rafael había llamado y estaba tratando de conseguir cupo de avión en Barranquilla y que esa misma noche estaría allí.

El compañero Isidro llamó desde el aeropuerto y por lo que me dijo luego lo primero que pensó al llegar y no verme era que algo nos había sucedido y muy grave. Al llamar, la compañera le informó de la muerte de José y que yo estaba al frente de los trámites. Cuando aparecí, volvió a llamar y salí a entrevistarme con él. Mientras tanto Rafael llegaba a casa.

Hablé con Isidro sobre la situación que se nos presentaba, las medidas adoptadas y decidimos esperar las posibles consecuencias de esta nueva situación.

El difunto tenía tal vez veintiún años, era callado, muy trabajador, jamás protestaba por nada, era incansable. Trabajaba cerca de dieciséis horas diarias: se levantaba a las seis de la mañana, llegaba a la casa a las siete y media, empezaba





a hacer viajes sacando tierra, la botaba, recogía las cajas, regresaba a la casa y mientras había turno para otro viaje armaba las cajas, lavaba la camioneta, barría el garaje, jugaba fútbol con los niños para distraerlos, los llevaba a Unicentro, hacía compras, recogía perfiles de hierro o madera para apuntalar el túnel, etcétera. Como aprendió a manejar en un parqueadero acababa con el embrague del carro. Este fue el daño que tuvo la camioneta y el que le ocasionó la muerte. En el anfiteatro no lo quise ver y sentí tanta amargura de que este compañero tan querido muriera antes de culminar el operativo que no pude contener las lágrimas que salían a raudales.

No había podido ir a la oficina y Rafael estaba comprando los instrumentos necesarios para cavar y romper, que en algunos casos no eran los acertados, y decidimos inventar que ahora yo tenía mal de estómago y estaba haciéndome unos exámenes, por lo tanto podía ausentarme de la oficina sin causar tanta extrañeza, pero la ausencia de Rafael no se justificaba. Además, nosotros nos sentíamos más seguros quedándonos en la casa para participar del trabajo, que en la oficina donde nunca sabíamos casi nada.

RAFAEL.- A las cinco de la tarde llamé desde Barranquilla a mi hermano Jaime que trabajaba en nuestra empresa y me informó de la muerte del chofer. Salí para el aeropuerto y antes de las siete de la noche estaba en casa. La gente estaba tensa pues las condiciones de la muerte de José aún no eran claras. Consideramos que lo importante era romper la tensión. Destapamos unas botellas de vino y pusimos música. Como a las tres de la madrugada, cansados pero sin tanta tensión, nos acostamos.

ISIDRO- Había que acrecentar el ritmo de trabajo porque la gente que estaba abajo no era muy hábil y no se avanzaba lo suficiente. Averiguando, encontramos una máquina que vendían en Pereira y que consistía en un motor a gasolina, pequeño, que manejaba múltiples servicios: podía adaptarse como guadaña para podar pasto, usarse como sierra para cortar árboles y tenía algo que nos interesaba: un barreno para perforar suelos, con bastante potencia. No se conseguía sino allá y hubo que ir a traerla.

La traje, la metimos al corte, se ensayó con éxito, pero a la hora de emplearlo a fondo notamos que estábamos cometiendo un error terrible porque producía gases y contaminaba la escasa atmósfera del túnel. La archivamos luego de las pruebas.

VIERNES 1 DE DICIEMBRE

RAFAEL.- Todo es muy lento a pesar del enorme esfuerzo. Llegamos a la altura de los 9.90 metros en 30 días. Faltan 65 y 29 días.





ESTHER- Se trabajó normalmente (claro que con el problemita de no tener camioneta). Rafael salió, habló con el hermano de José, que ya sabía lo del accidente, y acordaron que se verían al día siguiente para reclamar el cadáver y darle sepultura. Rafael se encargó de estas diligencias y de la dura situación de ver a nuestro compañero muerto. Se nos presentaba ahora un nuevo problema: la camioneta estaba en los patios de la Policía. Además, no teníamos chofer. A esta camioneta se le habían reforzado los resortes y tendríamos que solucionar rápidamente lo del transporte de la tierra.

Comenzamos a sacar la tierra en el R-12, lo que era completamente inútil porque se podía cargar muy poco en cada viaje. Le quitamos el asiento trasero y los baldes se sacaban tapados con un caucho negro y en el baúl iba otra parte. Además, el carro se agachaba mucho por el peso; decidimos sacarla en una camioneta de la Organización que ya había sido utilizada en otras acciones, lo que no nos daba ninguna seguridad.

Mientras tanto tratábamos de comprar una camioneta nueva, pues no podíamos exponernos a comprar una de segunda y que volviera a salir con desperfectos. Pero teníamos un inconveniente: nos enteramos, por una conversación con un amigo, de que estaban investigando a las personas que compraban vehículos de contado, pues generalmente los empleaban en asaltos o algo por el estilo. Adquirirla a crédito era imposible para nosotros, porque esto tiene un trámite como de un mes mientras investigan el crédito, de manera que nos hallábamos entre la espada y la pared. O, mejor, emparedados entre cajas y baldes llenos de tierra por toda la casa.

Unos días Rafael sacaba la tierra solo y la llevaba a donde la habían estado botando con José. Al verlo llegar, los niños de los cerros se acercaban a preguntarle por José, pues él siempre les llevaba dulces y jugaba con ellos, por lo que le habían cogido cariño. Se les dijo que ya no volvería pues se había ido y ellos le dijeron que lo habían visto muerto el día del accidente. Rafael se sorprendió pero que él no había querido decírselo; pues ellos eran niños y deseaba evitarles esa pena, pero que sí, que había muerto.

Estuvieron con el resto de la familia y hablaron de lo cariñoso y amable que había sido con ellos. Rafael les dijo que sí, que era un gran hombre y que había sido magnífico empleado. Así quedaban las cosas mientras nosotros tratábamos de conseguir camioneta nueva y el compañero de Dirección, un nuevo chofer con su ayudante.

SÁBADO 2 DE DICIEMBRE

RAFAEL- Barro y más barro. Empujamos 50 centímetros más, para llegar a los 10.40 metros. Faltan 28 días y 65 metros.





ISIDRO- La gente salía muy embarrada directamente a un baño, pero eso estaba bien organizado: en la parte de atrás, en la alcoba de servicio, habíamos organizado unos camarotes para que pudieran dormir en turnos de a cuatro. El descanso era riguroso. Con disciplina. Entonces salían, se bañaban -el baño era obligatorio-, encontraban ropa limpia, comida caliente, lo que quisieran. La ropa sucia iba a la lavadora cada cambio de turno. Es que, entre otras cosas, si llegaba una inspección rutinaria del Ejército no podían encontrar ropa sucia, ni ninguna evidencia de barro.

Cuando se sacaban las cajas y luego los baldes llenos se colocaba plástico en el suelo de la casa y una vez partía la camioneta se aseaba perfectamente bien el piso, de manera que quedara reluciente.

Los baldes se llevaban en el carrito, desde el frente de trabajo hasta el pie de la boca del túnel y allí se acumulaban. A la hora de cargar la camioneta se sacaban rápidamente. La cargada era vertiginosa a pesar de resultar muy pesada: subir tres metros, transportar en silencio a través de la casa, llegar al garaje, depositarla en el vehículo...

RAFAEL.- Llegó un nuevo chofer. Su nombre, Jordán, y manejó la camioneta quemada. Yo tuve que acompañarlo porque la amarga experiencia de la muerte de José nos enseñó a no enviar a uno solo a botar tierra.

ESTHER.- En la escogencia del nuevo chofer hubo algunas dificultades, según contó Rafael. El compañero de Dirección le presentó a uno y resultó ser un antiguo compañero de trabajo de Rafael quien preguntó que qué era lo que estábamos haciendo. Que si era muy peligroso no quería hacerlo. Lo descartaron.

RAFAEL- Esa noche, luego de un viaje botando tierra, llegué a la casa y encontré el garaje ocupado con el R-12. Me bajé disgustado y le dije a Esther que lo sacara. En éstas, el centinela se encaminó a la camioneta que venía llena de baldes desocupados y sucios. Al entablarle charla, lo saludé pero le dije: "compa", lo mantuve alejado de la camioneta y le di cigarrillos. Más tarde me hicieron caer en la cuenta del lapsus: haberle dicho "compa".

DOMINGO 3 DE DICIEMBRE

RAFAEL.-A10.90 metros en 33 días. Faltan 64 y tenemos 27 días de plazo. ¿Se nos perdió el rumbo?

ISIDRO.- En el automático me encontré con Rafael y aún estaba excitado porque acababan de salvar una emergencia. Según él, todo funcionaba normalmente esa





mañana pero de un momento a otro la calle y los alrededores del Cantón se llenaron de Ejército. Corrían, se apostaban en diferentes lugares, se escuchaban órdenes, marchas, carreras.

Adentro se dio la alerta y Rafael tuvo un gran pánico: "Esta vaina se jodio. Dios mío, se jodio", dizque pensó y luego dio una orden previa para evacuar. Los de contención desaseguraron sus armas y tomaron posiciones. La familia tomó sus lugares, el resto salió del túnel y estuvo a punto de partir con sus armas listas. Los soldados seguían arremolinándose y adentro crecía el pánico, pero en ese instante "Elisa", muy mesurada, contuvo a la gente:

-Hasta cuando no toquen la puerta y vayan a entrar, no se dispara ni se da un paso más hacia adelante -dijo.

En ese momento se rompió la compartimentación porque todo el mundo corrió a sus puestos sin cubrirse con las capuchas y se encontraron, frente a frente, con la cara descubierta, los de unos turnos y los de otros, los de unas áreas de trabajo y los de otras. Pasaron varios minutos y se tranquilizaron los ruidos de la calle porque los soldados empezaron a alejarse.

¿Qué había sucedido? Que la tropa estaba persiguiendo a un ladrón que merodeaba por el sector.

RAFAEL- Enviaron a otro trabajador. No recuerdo si era para chofer o para el túnel. La cita era en un cine y debía llevar el periódico *El Siglo*. La seña era preguntarle que si podía cambiar una moneda de veinte pesos, ante lo cual él mostraba El Siglo. Cuando le dije lo de la moneda me respondió que no tenía y seguimos dando vueltas en el mismo sitio. Volví a preguntarle y respondió: "¡Ya le dije que no tengo!".

Me fijé en lo que llevaba bajo el brazo y era una hoja en blanco con unas letras grandes que decían *El Siglo*, Cuando le dije que él tenía que hablar conmigo accedió y me explicó que no había encontrado El Siglo ese día (se había vendido totalmente por el reportaje a Bateman y le había tocado marcarlo en esa forma). Me explicó que estaba muy enfermo y que debía hacerse operar. Lo descarté de plano. Fue una falla inmensa haber roto la compartimentación con un muchacho que no reunía en aquel momento las mínimas condiciones para el trabajo.

RAFAEL- Regla de Phill: "Cuando no sepa qué es lo que está haciendo hágalo disimulado".





LUNES 4 DE DICIEMBRE

RAFAEL- Uno de los peores días: 45 centímetros. Total, 11.35 metros.

Enviaron a un compañero que nos pareció muy joven y muy dispuesto. Traté de averiguarle sus antecedentes revolucionarios, familiares, etcétera, pero según me contestó no era de familia revolucionaria y se había hecho militante de la Organización hacía cuatro meses. Esto me llenó de desconfianza pero esperé para comentárselo al compañero de Dirección que era quien los escogía. Él manejaría la camioneta que hasta este momento seguía siendo usada para los viajes de tierra. Ese día también lo puse a manejar el R-12 y como chofer era magnífico. Además, demostraba mucha iniciativa. Salimos, compró zapatos, nos vimos con un compañero que conocí ese día y que luego llamaríamos "César", que también era candidato para chofer, pero nos informaron luego que este compañero, "César" o "Pedro", por ahora sería ayudante para botar la tierra. Éste no conocía la casa ni el objeto de la operación, aunque, desde luego, debería imaginarse que estábamos haciendo un hueco.

Por las noches, después de dejar todo bien limpio y organizado, comíamos y nos tomábamos un vinito y veíamos televisión.

Por esos días estaban saliendo emanaciones del túnel que no permitían trabajar. Para sacar el aire contaminado usamos una manguera que sacamos por la marquesina del patio para evacuar los gases. Esa noche vimos un programa de Hawai 5-0 en el que una banda de ladrones hacía un túnel desde un bar hacia un banco (se supone que no para consignaciones nocturnas). Estos ladrones instalaban una manguera como la nuestra y la sacaban por una chimenea. McGarret observa, entra al bar y ve el otro extremo de la manguera. Se extraña, averigua, descubre el plan y los captura.

Antes de empezar los comerciales nos paramos y quitamos nuestro sistema de ventilación de allí.

MARTES 5 DE DICIEMBRE

RAFAEL- Doce metros en 66 días. Faltan 63 y tenemos menos de un mes. Hoy "avanzamos" 45 centímetros.

El compañero "César" nos esperaba en la casa de Normandía la que habíamos desocupado para mudarnos a la casa donde se haría la operación. Había que sacar ahora en esta camioneta la tierra que habíamos evacuado en el R-12 y almacenado en esta casa. Arrojar tierra desde un automóvil hubiera llamado mucho la atención. Luego me dijo que el muchacho que teníamos como chofer (Jordán) era un poco locato, aunque hasta ahora había sido muy efectivo.





Debían dedicarse a sacar la tierra de esta casa, pues había sido hipotecada y de pronto la iban a visitar.

Luego hablé con el compañero de la Dirección acerca de Jordán. Me dijo que el muchacho era muy nuevo, que había hecho unas acciones de película y que nunca había fallado. Que esto, entre otras cosas, le llamaba a él la atención, pues era difícil que alguien tan nuevo resultara tan bueno. Le pregunté que por qué hacían estas cosas así. Que parecía falta de responsabilidad. Que todavía, si él hubiera escogido cavar el túnel, pero que este compañero era uno de los pocos que sabían dónde estábamos exactamente y el trabajo que se hacía, y era precisamente el que menos garantías nos ofrecía. Se molestó un poco y me dijo que su trabajo no era fácil. Entonces le contesté que el nuestro tampoco y que esto era muy serio. Estuvo de acuerdo y decidimos arriesgamos, pues ya lo estábamos haciendo, y luego veríamos si lo dejábamos en el túnel.

Antes hubo otro que tenía cara de intelectual trotskista: chompa de cuero, gafas sin aro y chivera. Lo hice afeitar. Hizo dos viajes pero tal vez los nervios no le aquantaron y me dijo que se retiraba.

ESTHER- En esta fecha se le da a Rafael la posibilidad de adquirir la nueva y última camioneta. Un competidor nuestro había comprado un automóvil Dodge Dart 78 y se lo ofreció a Rafael. Le dice que éste se lo cambia por esparadrapo. Rafael le contesta que no. Que él lo que quiere es una camioneta, pues desea irse de paseo por Colombia. Llegan al acuerdo de que nuestro competidor tiene ya crédito en una agencia de Chrysler, que vaya a ver la camioneta y el trato es el siguiente:

Rafael gira, creo que doscientos mil pesos, y la otra parte se la dará en esparadrapo y creo que cuatrocientos cincuenta mil, inmediatamente le entreguen la camioneta. Rafael gira el cheque y a la camioneta le falta la parte de atrás.

RAFAEL- La firma Bellesdorf de Colombia desempeñó un importante papel en nuestra empresa, que se había convertido tal vez en el principal distribuidor del esparadrapo que la multinacional alemana fabrica en Cali. Lo cierto fue que el gerente general, un alemán con métodos norteamericanos de venta, junto con el gerente general de Bogotá, me invitaron al restaurante La Fragata y durante un opíparo almuerzo me presionaron para que aceptara un crédito de cerca de tres millones. Yo hice lo debido en estos casos: me mostré modesto, les aduje razones para no aceptar un crédito tan voluminoso, pero en vista de tanta insistencia acepté.

Un muchacho, dueño de una empresa competidora de la nuestra, también necesitaba el esparadrapo y comenzó a presionarme para que le recibiera un Dodge Dart último modelo, a cambio de tubos de esparadrapo. Creo que necesitaba mil o dos mil y aproveché para llevarlo a donde un concesionario amigo personal de él y lograr que esa misma tarde me entregaran una flamante camioneta con tracción en las





cuatro ruedas, pero sin platón.

RAFAEL.- Ley de Crane: "No existen las comidas gratuitas".

MIÉRCOLES 6 DE DICIEMBRE

RAFAEL- Como en nuestras peores épocas: 40 centímetros en un largo día. Ahora tenemos 12.20 metros. Falta mucho barro por comer.

ESTHER.- Al comienzo nuestras guardias eran solamente durante el día, pero a partir de diciembre fueron las veinticuatro horas. Trabajo agotador. Eran muy largas: entre seis y siete horas cada una.

Los soldados del Cantón relevaban cada cuatro horas, así que nuestra camioneta salía con el primer viaje a las cinco y media de la mañana, pues a las seis los soldados se turnaban. La camioneta regresaba, con la nueva guardia, a las siete de la mañana y salía en la misma, a las nueve y media de la mañana, y así sucesivamente.

Las dos compañeras que ya estaban en la casa se turnaban para hacer la guardia y el chofer las relevaba por raucos. Nosotros, Rafael y yo, por turnos íbamos haciéndola en la noche, aun cuando ya más cortas, y lo que faltara otros compañeros que fueron llegando.

De todas maneras, estas guardias eran interminables. Se hacían desde el cuarto de los niños o desde el nuestro. Se corría la cortina y se dejaba el velo. De ahí se veía para la calle, pero no de la calle hacia adentro. Así se observaba quién llegaba a la casa y cuándo hacían cambio de guardias en el Cantón, cuándo llegaban los vecinos, cuándo el chofer y cuándo nosotros y, por ejemplo, se ordenaba suspender todo ruido si se acercaba alquien extraño.

Para comunicarnos con los de abajo temamos una alarma con unos bombillitos de árbol de Navidad, atados a unos ciento cincuenta metros de alambre. Cuando apagábamos dos veces era para que pararan el trabajo y, tres, para que salieran y se alistaran porque se corría peligro.

Hubo que utilizar este tipo de alarma porque el citófono no funcionó.

La red que llevaba la electricidad por todo el túnel salía de un enchufe cerca del lavaplatos. Se empleó tubería y de allí a la caja recolectora de aguas que habíamos encontrado al comenzar a cavar que, entre otras cosas, era una de las situaciones desagradables, pues emanaba malos olores.

Finalmente hoy se consiguió un buen sitio para llevar la tierra: es una casa de campo a la cual rodeó el crecimiento bogotano y nació un barrio de un momento a otro. El dueño la utilizó como gallinero, tal vez lo obligaron a acabar con él y quedó sola y





abandonada. La alquilamos por cinco mil pesos mensuales. La parcela se llama "He de France".

ISIDRO.- La botada de la tierra seguía siendo un peligro. El carro que salía de la casa era un auto con presencia, limpio, organizado, como de una empresa. No un carro para botar tierra. Y si a ese carro lo encontraban en esa labor podía ser altamente sospechoso. El descargue se hacía en lugares muy públicos y eso no dejaba de inquietarnos. Y, además, la operación era muy lenta. La solución entonces fue buscar una casa con un lote más grande.

Se halló algo en un sitio llamado Cedritos, calle ciento cuarenta y pico con carrera once, por allá. En esa época aquello era una zona muy popular, como granjitas pequeñas, un barrio semi rural en el que había de pronto una canchita de tejo, casas amplias, potreros. Allí hallamos una con un letrero que decía "Se vende". Casa cómoda y galpones donde debió funcionar un gallinero y tenía espacio de sobra, además del terreno al cual podía entrar fácilmente el carro. Era lo ideal. Esa casa fue alquilada y allí se pasó a vivir un muchacho. A partir de ese momento las cosas se simplificaron porque la camioneta llegaba y solamente tenía que dejar los baldes llenos, recoger otros tantos, vacíos y aseados, y salir.

La tierra podía comenzar a tirarse dentro de los galpones.

(Yamel Riaño, miembro de la cúpula del M-19, se desempeñaba con la incipiente guerrilla rural del movimiento en los municipios de Bolívar y María, entre los departamentos de Boyacá y Santander, entre agosto y noviembre de 1978, fecha para la cual es llamado por el comandante Bateman.)

YAMEL RIAÑO.- Estando en la móvil Bateman me llama y me encuentro con él en Bogotá.

- -¿Sabe usted de la operación que se está preparando? -pregunta Bateman, y le contesto: -sé lo que tengo que saber. Que se está preparando una operación.
- -Lo necesitamos para una parte de la operación -replica Bateman-, pues tenemos problemas con el personal que hay -y en seguida me presenta al comandante "Isidro". Éste había manejado unos operativos con éxito en el campo de la economía y era un hombre de resultados exitosos. Sin más preguntas, acepté.
- -Tenemos un sitio que fue una casa de campo -dice Bateman-. Su nombre es Île de France donde varios compañeros al mando de Jaime Bermeo aparentan construir un vivero.

Parece que "Isidro" tuvo algún problema con Bermeo, razón por la cual llegué a remplazarlo en Île de France que quedaba en la calle ciento setenta y pico, cerca tanto al Cantón como a mi casa. Me tocó prepararme para recibir las armas en tanto que un carro traía tierra del Cantón transportada en una camioneta.





(Gustavo Petro era miembro de la estructura OPM, Organización Política Militar, del M-19 en Zipaquirá, estructura creada desde 1977.)

GUSTAVO PETRO- Para la época de la construcción del túnel a la estructura de Zipaquirá llega la orden de construir una caleta. Como siempre, nadie preguntó para qué y tampoco nadie se los dijo pero la orden se cumplió. Eso hace parte del esquema del movimiento en la clandestinidad, es decir, la "compartimentación": nadie preguntó, nadie nos dijo, pero hicimos la caleta en el barrio Las Villas de Zipaquirá, en la casa de un profesor militante de la organización.

JAIME PEREA.- En Cali había varios frentes: el de los trabajadores, los estudiantes y lo popular y al frente de nosotros estaba Elvencio Ruiz. Un día nos reunieron y nos dijeron que teníamos que asumir la dirección del Valle del Cauca porque iba a suceder algo capaz de mover la Dirección. Además, nos dijeron que teníamos que hacer caletas para guardar "fierros".

EMA.- Cuando estábamos terminando la caleta llegaron a la puerta unos hombres y me preguntaron que si allí había un juego de tejo y otra serie de preguntas hasta cuando caí en la cuenta de que uno de ellos era Bateman y los demás eran comandantes. Tiempo después supe por ellos que me estaban probando, que pasé la prueba, era como poniéndome una cascarita porque después me mandaron felicitar. Allí estaban Iván Marino, Payad, Bateman...; eso fue como el 7 de diciembre y para los días en que se hace el piso, se pone el ladrillo, como para una pieza hacia abajo.

Atendí a los comandantes en la puerta; recuerdo que el "arquitecto" no pudo conocer el sitio porque siempre llegaba acostado en el carro de "Marina". Los comandantes preguntaban que si esa casa la vendían y yo les dije que era de una escultura. Me asusté porque siempre me dijeron que nadie sabía de la casa.

Un buen día ese hueco se empezó a llenar de agua ya cuando estaba pavimentado, entonces les tocó volver a desbaratar, drenar, es decir, doble trabajo y el cansancio se notaba.

JUEVES 7 DE DICIEMBRE

RAFAEL.-12.65 metros. Faltan 62 metros y 24 días. Avanzamos menos de un metro diario.

Le pusieron el platón a la camioneta nueva. Normalmente son veinte días. Esa noche temamos como trescientos baldes llenos de tierra en el patio de la casa. Se notaba irascibilidad en la gente, hicimos otra fiestecita, fue la más animada: duró de las diez de la noche a las cuatro de la mañana. "Julito" fue el que más bailó. "El técnico arreglatodo"





bailaba como haciendo olas. "Gerardo" era sosegado y serio en el baile, parecía un cadete. "Mi prima", Esther y "Carmen", felices, pues nunca se quedaron comiendo pavo. "Julito" bailó sin perderse un disco y todos, todos bailamos sin hablar una sola palabra. No se oía sino la música.

A las cuatro de la mañana me puse un sombrero sinuano, saqué la camioneta "quemada" y la cambié por la nueva cerca de Unicentro y arranqué para Girardot. Me tocó apostar carreras con un BMW para no dormirme. Un empleado (Pacheco) me acompañó. Llegué como a las ocho a Girardot, pues por el camino desayunamos.

VIERNES 8 DE DICIEMBRE

RAFAEL.- Hoy adelantamos 50 centímetros. Faltan los mismos 62 metros para llegar al final pero el plazo se acorta cada vez más: 23 días.

Era fiesta pero logré que le pintaran el platón a la camioneta y le pusieran las varillas que sostenían la carpa. Fui a donde un amigo a quien le habíamos vendido en estos mismos días una camioneta que teníamos al servicio de la empresa -que no se pudo utilizar en la operación porque no cabía en el garaje de la casa-, y le dije que me prestara la carpa de la camioneta, que luego se la devolvería. Él accedió un poco sorprendido. Además, al vehículo se le reforzaron las hojas de resorte para que no se aplastara con las dos y media toneladas de tierra que llevaría en cada viaje.

El muchacho que la pintó estuvo cerca de dos horas reacio a hacerlo porque el día era húmedo y oscuro y me decía en todas las formas que la pintura se correría, que la camioneta quedaría veteada, chorreada y manchada y que a él no le gustaba trabajar así y menos a un amigo. Poco a poco fui convenciéndolo hasta que lo entusiasmé y me hizo el trabajo de la pintura, de las varillas y de la carpa en pocas horas.

Ese mismo día regresé a Bogotá, en la noche dejé la camioneta en un garaje y por la mañana se llevó para la casa.

ISIDRO.- Se acabaron las lluvias y entró el verano de fin de año.

RAFAEL.- Continuamos sacando tierra. Con el compañero de Dirección acordamos dejar a Jordán en el túnel, aun cuando se desempeñaba magnificamente como chofer y pasamos a "César" -el ayudante en la botada de la tierra- al timón.

Aquél se molestó un poco pero le dijimos que así lo habíamos aprobado y además que así había sucedido con los demás. Él insistió en ir a recoger algunas cosas. El compañero de Dirección le aceptó. Fue a recogerlas en compañía de él y las trajo. Era un maletín -según los chistes que le hacían- que contenía todo lo necesario para un guerrillero, además de sus documentos legales y cosas personales.





También nos preguntó si dudábamos de él e Isidro le dijo que no era exactamente eso, pero que de todas maneras teníamos que trabajar lo más seguro posible. Alegó que él tal vez no serviría en el túnel, pues no tenía experiencia y le dijimos que nosotros tampoco. Empezó a trabajar y, sin ser de los mejores, demostró eficiencia e iniciativa. Lo tratamos con cariño y entre todos procuramos que se adaptara rápidamente. Acordamos con los demás que si les preguntaba algo dijeran que ellos también habían sido dejados dentro, en la misma forma. Es decir, sin anunciárselo...

Este muchacho daba la impresión de que podría ser un extraordinario cuadro. Claro que hacía preguntas que lo ponían a uno a dudar, pero también se veía que era la falta de una militancia mayor. Era joven, hablaba con corrección, buena presencia, mirada directa, muy desenvuelto, dormía poco, y era de temperamento nervioso. Sin embargo, acordamos tomar algunas medidas de seguridad, como tener siempre con llave el sitio donde dormía y que descansara en medio de dos compañeros que tenían el sueño ligero y lo situamos en el equipo de alguien muy destacado en sus obligaciones. La finalidad era que a partir del trabajo se fuera formando políticamente.

ISIDRO- El problema era su juventud, muy recién entrado a la Organización y muy eficaz en las cosas que se le pedían, especialmente en lo militar. En lo político era bastante incipiente. Tenía rebeldía pero no una formación. Manejaba frases, lugares comunes que cualquiera puede manejar y sus responsables directos le tenían desconfianza. Yo creo que a la hora del té él era mejor que ellos y entonces decían que podía tratarse de un policía infiltrado que quería ganarse el aprecio y acercarse a la Dirección. Además, tenía una información muy importante por haber manejado la camioneta: sabía la ubicación de la casa, la vecindad con las instalaciones militares y suponía qué era lo que se estaba fraguando porque allí no había bancos ni comercios. Era la brigada militar.

Entonces, ante la presión, se le dijo intempestivamente: "Usted se queda aquí, ya no sale más, no es que va a salir ni que se queda desde mañana sino ya".

Él contestó que no podía dejar abandonadas una serie de cosas y le dije: "Bueno, vamos, yo lo acompaño". Fui con él a todas las vueltas que tenía que hacer, tomé todas las medidas de seguridad del caso pero de todos modos tenía cierta confianza en ese muchacho. No sentía aquello que me planteaban los demás, porque uno lo ve con otros ojos. Recuerdo que recogió un maletín, me lo entregó y regresamos a la casa. De allí no volvió a salir hasta el amanecer del primero de enero.

RAFAEL- Regla de Finagle: "El trabajo en equipo es esencial: nos permite culpar a otro".





SÁBADO 9 DE DICIEMBRE

RAFAEL.- Con dos brazos más avanzamos 80 centímetros. No está mal para lo de antes. Sin embargo... Tenemos excavados 13.95 metros. Pienso que no vamos a llegar a la Ballena el día previsto. Uno de los aspectos importantes en el éxito de la operación fue la compra de materiales. El hecho de contar con varias cuentas bancarias, abundante efectivo y tarjetas de crédito me facilitaron todas las operaciones de compra. En general todos los elementos que se necesitaron se adquirieron, algunas veces en cantidades exageradas. Los materiales más importantes eran, madera, perfiles de acero para los rieles del tren, guantes de jardinería, palas de jardinería, bombillas, cable eléctrico de calibres varios, puntillas, cajas de cartón para armar, colbón, cuatro compresores, taladros y comida que iba aumentando en la medida en que iban ingresando compañeros. Los objetos más inútiles fueron, primero, dos máquinas para prensar la tierra y sacarla en forma de bloques. Segundo: dos citófonos con unos cien metros de cable. Tercero: ochenta metros de cable trifásico. Cuarto: un barreno que funcionaba con motor de gasolina y nunca llegamos a usar porque el CO₂ (monóxido de carbono) podía causar envenenamientos dentro del túnel.

DOMINGO 10 DE DICIEMBRE

RAFAEL.- Repetimos la dosis: 80 centímetros. La suma está por los 14.75 metros. Nos quedan sólo 20 días de margen y no hemos hecho ni la cuarta parte.

Un compañero con cara de burguesito permanecía en la casalote adquirida para tirar la tierra y era el encargado de descargar la camioneta y volver a subir los baldes vacíos. Almorzaba en la casa de un matrimonio campesino que vendía comida (creo que él era tuerto) y le preguntaba mucho al compañero que para qué traían esa tierra. Acordamos decirle que era una tierra muy fina traída del sur del Tolima para sembrar una variedad rarísima de cactus, que yo tenía mucho dinero y que mi mujer (Esther) se lo gastaba en eso.

El del restaurante despotricaba contra Esther, pero el compañero lo calmaba explicándole que no me creyera tampoco tan desinteresado en lo de la botánica, porque cuando esos cactus pegaran en Bogotá cada uno iba a valer, como mínimo, cinco mil pesos, con lo que el hombre se tranquilizó.

Él insistía en que le arrendáramos la casa, que él sabía de jardinería, nos cuidaría los cactus y además nos ayudaría a pagar el arriendo. El compañero le dijo que ni se le ocurriera hacerme esas propuestas porque yo era muy delicado en eso de estar haciendo compañías.





En esta casa se construyeron los periscopios con tubos cuadrados de aluminio y el compañero practicaba con ellos observando a una vecina bien dotadita que se bañaba desnuda en el patio contiguo. La casa tenía teléfono y el dueño pasaba y hacía llamadas. El compañero tuvo que decirle que yo le había llamado fuertemente la atención y que lo mejor era que no volviera a usar el teléfono. El dueño no volvió y descansamos porque ya le habíamos llenado algunas piezas con tierra. Procuraba no dejarme ver ni del dueño ni del hombre del restaurante para alimentar mi leyenda de ogro a quien su mujer hacía gastar miles de pesos en gustos exóticos.

Esta casa fue importantísima en la fase final pues allí podíamos descargar tranquilamente muchos viajes de tierra y también allí distribuimos las armas.

RAFAEL.- Ley de Pinto: "Hágale un favor a alguien y le tendrá que hacer muchos más".

MARTES 12 A JUEVES 14 DE DICIEMBRE

RAFAEL- Con los nuevos compañeros a bordo se logra el mayor avance por día: 1.40 metros, pero eso no soluciona nada porque aún estamos lejos de la mitad. Hemos perforado 18.70 metros. Faltan 57. Contamos con 16 días.

ESTHER.- Llegan cuatro compañeros más para trabajar en el túnel. Primero: dos mineros. Segundo: dos compañeros que nos parecían uno universitario y el otro obrero. Los mineros parecían indígenas de origen. El otro obrero era rubio, alto, delgado y de ojos claros. El compañero de aspecto estudiantil era alto y delgado. El cuarto fue "César", el mejor como chofer. Eficientísimo. Garantizó seguridad en los difíciles momentos en que hubo que evacuar como quince toneladas diarias de tierra y la sacada de las armas. Es un gran cuadro.

A mediados de diciembre estábamos: dos compañeros iniciales; una compañera como doméstica; una compañera, como prima de Rafael; un compañero alto (Daniel); un compañero (Luis), más o menos alto, de origen obrero; un compañero chofer de origen obrero o campesino, alto y con educación universitaria; un compañero ayudante de chofer, con aspecto de pequeño burgués; un compañero de Dirección que traía a la gente y ayudaba a Rafael en las compras; Jordán; dos mineros; dos obreros; Rafael, y yo.





VIERNES 15 DE DICIEMBRE

RAFAEL.- Hace sol pero abajo el barro es más espeso. El túnel es ahora de 20.15 metros. Falta más del doble.

Después de múltiples contratiempos llegamos a un punto crítico: el 15 de diciembre faltaban 55 metros y quedaban 15 días, y precisamente hoy avanzamos un metro y cuarenta y cinco centímetros, todo un récord de ineficiencia. Hubo nuevas emanaciones de gases, desaliento y crisis general.

ISIDRO.- El asunto de los gases es porque la casa está separada de la Ballena por un terreno grandísimo que debió haber sido en algún momento depósito de basuras y había material orgánico en descomposición y, por lo tanto, generación de gases.

Yo conocía el olor del gas grisú porque había estado trabajando alguna vez cerca de las minas de Paz del Río, pero el de allí no era igual.

ESTHER.- Reunimos al grupo, les explicamos lo imprescindible de la operación que estábamos realizando y lo importante que era para el pueblo el éxito del operativo, en momentos en que el enemigo lo golpeaba con tanta saña.

El minero de edad mayor dijo que si lográbamos evacuar los gases sería posible que, trabajando intensamente, lográramos salir. De todas maneras en la reunión se decidió que seguiríamos el trabajo con la intención de salir el 30 de diciembre como se nos sugirió de parte de la Dirección Nacional.

ISIDRO.- Parte de la crisis fue por el aire puro. La gente se rebeló y se iba a ir: "Esto hay qué pararlo", decían unos. "No hay cómo respirar", contestaban otros. Realmente hubo gente que se enfermó: vomitaban, decían que había gases venenosos. En esto confluía, desde luego, el ambiente pesado, pero también la ansiedad, la tensión nerviosa. Los mineros, que eran sindicalistas profesionales, comenzaron a boicotear.

RAFAEL.- Los mineros llegaron en medio de esta crisis y uno de ellos rindió un informe en el que decía que en las condiciones en que estábamos trabajando era totalmente imposible llegar el día fijado como primera posibilidad (o sea el 30 de diciembre) y que por lo tanto deberíamos dejar eso para salir en Semana Santa. Se quejaron mucho: que no había compresores, ni extractores, ni herramientas adecuadas, que estábamos en peligro de inundación, que presentían la inminencia de derrumbes... Eso golpeó a la gente pero yo les respondí: "Claro que todo es una locura. Si fuera normal no estaríamos en éstas. Lo normal es que no se pueda hacer pero lo tenemos que hacer".





Esto representaba los siguientes problemas:

El túnel tenía trechos de arena y amenazaba derrumbarse. De diciembre a Semana Santa había una probabilidad inmensa de que se desplomara. En el patio del Cantón, frente al depósito y sobre el túnel, colocaban camiones y camperos para rematarlos y la grúa podría derrumbar el túnel. Un día sacaron a pasear un inmenso tanque Sherman y si lo hubieran pasado por encima del túnel... El túnel se inundaba y había que sacarle el agua con una bomba. Hacer eso durante tres o cuatro meses más era muy peligroso. Se hablaba de un posible traslado del depósito de armas.

Los gastos: nos hubiera tocado acabar de pagar la casa, pagar el crédito a *Bellesdorf,* mantener la oficina durante todo este tiempo cuando perdimos mucha clientela por no haber despachado la totalidad de los pedidos.

Se corría un gran peligro pues era muy difícil conservar riguroso secreto entre quince compañeros durante tanto tiempo. Habría que mantenerlos inactivos en la casa (algo muy peligroso) o sacarlos y tenerlos confinados en otro sitio.

ISIDRO.- En ese momento nadie sabía para dónde iba el túnel, con excepción de los de la camioneta, Rafael y su mujer y las dos compañeras que estaban dando la cara arriba. Sabían que hacían un túnel, pero no para qué. Entonces, viendo que estábamos en un punto sin retorno, tomé la decisión de decirles:

-Compañeros, vamos por un arsenal gigantesco del Ejército.

RAFAEL.- Yo les dije: "Al final de este túnel hay diez mil armas para que cuando el pueblo se levante no puedan masacrarnos. Vamos a sacarlas, carajo". Vi que la moral de la gente cambió a partir de ese momento, pero no me convencí del todo y al subir a la habitación para buscar algo me encontré con el librito y abrí en la página de la fecha:

Filosofía de Murphy: "Sonríe... Mañana será peor".

Eso me hizo sacudir y resolví meterme inmediatamente al túnel. Debía faltar un cuarto para las once de la noche.

ESTHER.- Esa noche "César" (el compañero chofer) y Rafael bajaron al túnel y cavaron dos metros.

RAFAEL.- Cuando salimos de allí estaba amaneciendo y me di cuenta de que los que ya se habían levantado tenían picada la moral. Dos metros era un desafío grande para el resto y entonces les propuse que el chofer y yo, solos, éramos capaces de cavar dos metros durante la noche y que todo el resto tratara de avanzar otros dos en el día. Se pusieron a echar vapor.





ISIDRO- Eso les subió la moral, todo cambió, le metieron corazón al asunto y se disparó la actividad. Además, se reorganizaron los grupos de trabajo, se dio más descanso y reforzamos el sistema de ventilación.

Con ese fin conectamos un compresor (que funcionaba dentro del túnel) al tubo de entrada que venía de la casa, a partir de la rejilla del sifón de un baño. Nosotros allí lo que necesitábamos era inyectar aire puro, darle más volumen de entrada para que éste empujara el caliente y lo sacara.

El tubo de entrada llegaba hasta el pie de los trabajadores que cavaban. Pegadito a ellos. Casi encima de ellos. Les llegaba un chiflón permanente. De ahí en adelante se comenzaron a cavar entre tres y cinco metros diarios, se evacuó toda la tierra y se respiró un ambiente de optimismo.

Una de las cosas más serias y más complicadas fue mantener la dirección del túnel, porque como tú estás dentro de un hueco negro no tienes la más leve sensación de Norte ni de Sur ni de nada y tranquilamente puedes comenzar a abrir un hueco y terminar a cien metros de distancia de donde te proponías llegar. Eso tiene que hacerlo gente experta para trazar el rumbo verdadero y mantenerlo. Cosa impresionante porque uno metido allá abajo se pierde. El 15 de diciembre los mineros rectificaron definitivamente el rumbo del túnel que nos llevó directamente al objetivo.

RAFAEL.- Durante el día sacamos mercancías de la bodega de Produmédicos y las depositamos en la casa desocupada. De esta misma deben salir el 30 de diciembre hacia el sitio que fije la Dirección Nacional.

DOMINGO 17 DE DICIEMBRE

RAFAEL.- 8.50 metros en dos días y una noche. Hemos llegado a los 28.65 metros. Nos quedan por romper 46. Tenemos 13 días.

Ensayamos varios métodos para cavar. Ayudándonos con los pies, con un eje de carro al cual le hicimos punta, con barra, con pala, pero lo que más nos ayudó fue la palita de zapador. Las nuestras no eran militares sino de jardinería, compradas en el almacén Ley, y se partían muy rápido. Les poníamos cabo de tubo galvanizado con manija en forma de "T". Usábamos guantes de hilo y al principio sudaderas, pero cuando ya fuimos muchos, dejamos lo de las sudaderas y se entraba al corte con pantaloneta.





ISIDRO.- Como el túnel no era muy alto (setenta centímetros) no se podía trabajar de pie. Entonces se hacía con palas pequeñas reforzadas en el mango: la gente se acostaba o se sentaba, colocaba la pala contra la tierra, la sostenía con las manos y la empujaba, afirmando la planta de los pies, digamos en los hombros de la pala, hasta que ésta se sepultaba totalmente entre la tierra. Y trabajaban turnos de a seis horas acostados entre la humedad y el barro. Esa era la posición más cómoda. Ellos mismos la fueron encontrando.

RAFAEL.- Ya por esta época había gente suficiente y yo no tenía necesidad de trabajar directamente en la excavación. Colaboramos en las guardias y en la cargada de la camioneta. Durante las guardias nocturnas, al observar el depósito de armas gigantesco y plateado, me parecía Moby Dick.

Un día "mi prima" exclamó: "No joda. Esta vaina es muy audaz, carajo".

Cuando hacíamos guardia de día contábamos los ladrillos de las paredes laterales de la tapia, sacábamos medida aritmética (los valores variaban según nuestro estado de ánimo) y calculábamos la distancia hasta el depósito de armas, íbamos avanzando rápidamente.

RAFAEL- Segunda ley de Clark: "La única forma de descubrir los límites de lo posible es traspasarlo en dirección a lo imposible".

LUNES 18 DE DICIEMBRE

RAFAEL-3.50 metros de avance. Total, 32.15. Faltan 43.

La idea inicial de salir a un sitio de la bodega de armas que no estuviera cubierto por pesadas cajas con materiales de guerra la descartamos y decidimos hacer el túnel de frente. Éste no era recto. Hacía curvas, según como cavara el compañero de turno. Estas curvas se iban compensando: cuando yo entraba al túnel iba haciendo cuentas: izquierda, derecha... Y me perdía, salía con la sensación de que estábamos virando en redondo e íbamos a salir otra vez a la casa. Le comunicaba este temor a los compañeros y éstos me aseguraban que íbamos bien.

ESTHER.- Jaime Bateman estuvo varias veces en el túnel para verlo; cuando entró observó un tramo construido y se llevó las manos a la cabeza y dijo: ¡Mierdaaa! Lo encontró lindo, yo lo encontraba espantoso, hasta me daban ganas de limpiar los rieles del carro que sacaba la tierra. Bateman estaba fascinado con la idea de que el túnel se estaba haciendo, él pensaba que eso era muy difícil, para él eso era un propósito grande





tanto en lo político como en lo militar.

RAFAEL- Regla de Ruñe: "Si no te importa dónde te encuentras no estás perdido".

MIÉRCOLES 20 DE DICIEMBRE

RAFAEL- 38.15 Metros. Estamos en la mitad. Faltan 10 días.

ESTHER.- Se comenzó a trabajar de las cinco de la tarde a las cuatro de la mañana, pues ya estábamos cerca del Cantón y temíamos que la gente que estuviera vigilando o trabajando dentro oyera algún ruido sospechoso.

VIERNES 22 DE DICIEMBRE

RAFAEL.- 44.15 metros. Es necesario subir el promedio diario para comernos en 8 días los 31 metros que hay adelante. ¿Llegaremos a cuatro por jornada? Un reto bonito.

La camioneta del accidente había quedado a órdenes de un juez de Usaquén, en los patios de la Circulación. Después de varios días perdidos logré que el juez fuera conmigo a los patios e hicieran los trámites para que la devolvieran. Cuando lo logré, la llevé para donde el mayor retirado, como dice Benedetti, con tan buena suerte que tenía la visita de otro mayor retirado, el cual se entusiasmó por el precio de quema que yo le puse a la camioneta y me giró el cheque en seguida. Esta camioneta sólo nos causó disgustos.

Esa noche, cuando estaba de guardia vi a un soldado que se tiró al piso como oyendo algo. Estábamos trabajando y creí que nos habíamos puesto en evidencia, pero no. Hacía flexiones para calentarse.

Tener este Ejército con nosotros día y noche plantea la enorme dificultad de alimentarlo. La comida es por cortesía de Diners y Credibanco, gracias a los cuales vamos a algún restaurante y pedimos diez, quince porciones que valen mucho dinero. La norma es no repetir restaurante por razones lógicas.

Pero como esta casa es una Torre de Babel en cuanto a la extracción social de los compañeros, hay algunos que no están acostumbrados a la comida internacional y entonces hay que hacerles su sancocho. Eso representa la compra diaria de gallinas, carne, yuca, al tiempo con el pedido permanente a los restaurantes. Pero a la vez hay que comprar perfiles, madera, pilas, ruedas, cables, palas de jardinería, ropa, botas. En eso se me va el día. Por la noche todos nos bañamos con agüita caliente, nos ponemos ropa limpia y bebemos vino o cerveza fría y vemos un poco de televisión para distensionarnos y no ir a la cama tan cansados.





SÁBADO 23 DE DICIEMBRE

RAFAEL.- Un bello sueño de Navidad. Hoy avanzamos 3 metros. Llevamos 47.15. Faltan 28 y 7 días.

Los Montañez nos invitaron a la cena de Navidad pero eludimos la invitación. Yo venía cansadísimo porque había estado botando tierra y la señora se acercó para invitarme. Le dije que me disculpara pero era que venía de ayudarle a un amigo a hacer un trasteo y estaba muy cansado. Después dijo que se le había hecho muy extraño que yo hubiera estado haciendo trasteos por la noche, en vísperas de Navidad.

Al ingeniero lo maltrataron los militares acusándolo de ser cómplice, pues no podían creer que hubiéramos hecho un túnel tan largo en un período de tiempo tan insólitamente corto. Suponían que el túnel se había construido simultáneamente con la casa. Además, el ingeniero pavimentó parte de la calle y los militares dijeron que era para proteger el túnel. Los militares no creen mucho en las capacidades del pueblo colombiano: primero dijeron que el túnel nos lo habían hecho Los Tupamaros y después que un ingeniero graduado había necesitado casi un año para realizarlo. Se van a llevar muchas sorpresas cuando el desarrollo de la guerra desencadene las potencialidades de nuestro pueblo.

En la madrugada "mi prima" estaba vigilando cuando vio a un soldado que abría la puerta de un Renault Seis que habíamos alquilado y sustraía algunas cosas y se las guardaba debajo de la camisa. Ella corrió a nuestro cuarto y nos lo informó muy alarmada. Esther se despertó y contestó que eran unos paquetes de regalo que contenían agendas para nuestros clientes. Puff... Descansamos pues en el primer momento creíamos que era una requisa o algo por el estilo. Decidimos dejar la cosa así. Si se las encontraron en enero debieron haberlo apaleado.

DOMINGO 24 DE DICIEMBRE

RAFAEL.- 3 metros más. Ahora sólo nos separan de la Ballena 24 metros y 6 días.

Por la noche interrumpimos el trabajo a las once y media, cenamos y nos hicimos algunos pequeños regalos. Brindamos por nuestro pueblo. Como a la una de la mañana nos acostamos, pues volvía a reanudarse el trabajo -de día y parte de la noche-ya que los empleados de Produmédicos habían salido de vacaciones por Navidad y Año Nuevo y no regresarían sino en los primeros días de enero.

Llegaron otros dos compañeros. Creo que a uno lo llamábamos "Henry" y al otro no me acuerdo, pues fue muy poco lo que pude departir con ellos. En este momento ya no nos quedaba tiempo para permanecer en la casa.





EMA.- El 24 de diciembre fue muy duro, todos lloraron: el más anciano, porque tenía 5 hijos, añoraba a su familia y en ese momento me di cuenta de que eran campesinos simpatizantes de la guerrilla pero no un comando como tal. Esa noche cantamos y nos tomamos todo el vino. Después se siguió haciendo la construcción hasta que prácticamente quedó un bunker debajo del piso.

MARTES 26 DE DICIEMBRE

RAFAEL.- Seis metros de avance en dos días. Máquinas a todo vapor. Rumbo perfecto. Distancia al objetivo, 19 metros. Plazo, 4 días.

ESTHER.- El compañero chofer me despertó para decirme que salía con el primer viaje. Eran las cinco de la mañana, bajé a la puerta y regresé a mi cama. Me estaba quedando dormida cuando sonó el teléfono y una voz muy angustiada me preguntó: "¿Ya llegaron los heridos?".

Lo primero que pensé fue que se habían accidentado los compañeros de la camioneta. La impresión fue terrible. Traté de recuperarme y en el momento me acordé que algunas veces se cruzaban llamadas con la Clínica Marly y dije: "Oiga, señora: ¿a dónde está llamando?". Y efectivamente era a la Clínica. No se puede imaginar el alivio que sentí.

Después de medio día, un soldado se le acercó a "Carmen", quien venía de comprar algo de la farmacia, para invitarla a salir el domingo. Ella le dijo que sería otra vez pues ahora no tenía salida. Y así fueron entablando charla, hasta que ella con disimulo le dijo que qué hacían parados todo el día. Que si no se aburrían. El soldado le respondió que sería muy aburrido pero que era de mucha responsabilidad, pues ahí se guardaban armas y que sus superiores les decían que detrás de esas armas podían llegar los del M-19, ADO o el EPL. "Carmen" abrió mucho los ojos y le dijo: "No lo puedo creer. Eso sería muy peligroso y muy remoto". El soldado le contestó: "Bueno, eso es lo que dicen".

Este mismo día sacamos el resto de las mercancías de la bodega de la oficina para la casa desocupada.

RAFAEL.- Hoy llegó más gente. Tal vez el último grupo de apoyo. En la casa no cabe un alma más. Nos acercamos a cuarenta personas trabajando en el túnel y en todo lo que demanda la operación.

CARLOS ERAZO.- En ese momento yo pertenecía a un "comando operativo especial" y trabajé con Afranio Parra a comienzos del año. Luego comencé a hacerlo con "Nicolás" (su nombre era Nicasio), un uruguayo, pero ese 26 de diciembre se me ordenó alistarme: que iba para un trabajo especial. A las seis de la tarde me recogió





"Isidro" en un auto. Como medida de seguridad uno se agacha para no ver el sitio al cual lo llevan. El viaje por la ciudad fue de una media hora y al final llegamos a un sitio; el auto entró a algún lugar y cuando "Isidro" me dijo "ya", levanté la cara y me encontré dentro del garaje de una residencia. Entramos y vi a un grupo numeroso de compañeros sin capucha a quienes no conocía y subimos al segundo piso. A través de una ventana me mostraron unas instalaciones militares y dentro de ellas un hangar muy grande con el techo pintado de plateado pero a esa hora, tal vez las siete de la noche, se veía azul claro. "Esa es la Ballena Azul", me dijo "Isidro".

-¿Ballena? -le pregunté sorprendido y él me lo explicó:

-Realmente es un depósito de armas del Ejército pero los compañeros han decidido llamarlo así: Ballena Azul, y aquí de lo que se trata es terminar un túnel para sacarnos de allá más de cuatro mil armas.

Tan pronto escuché eso quedé perplejo. Era una cosa demasiado grande. La distancia de la casa al depósito no era muy larga y eso se veía inmenso, supremamente grande. Como en ese momento me enteré de que era al Ejército al que se le iba a sustraer ese armamento, la sorpresa fue mucho mayor. Yo había participado en muchas cosas: asaltos, vehículos, captura de personas, pero ninguna había sido directamente contra las Fuerzas Armadas. Y menos un tipo de operación de esas... De verdad que me sentí perplejo por todas esas cosas, pero a la vez contento de que me hubieran seleccionado para esa operación de tanta envergadura.

Allí mismo, mientras miraba ese monstruo, me explicaron las medidas de seguridad: ante todo, nada de asomarme por las ventanas, no salir de las zonas que me iban a asignar que eran el sitio de trabajar, el sitio de asearme, el de comer y el de dormir en esa casa tan pequeña. De todas maneras, en ese momento me acerqué un poco a la ventana y vi ahí, al pie, a unos seis metros, a un soldado en su garita de vigilancia y más allá una malla y al final la tal Ballena Azul.

Según me dijeron, el trabajo tenía que ser con mucha disciplina, nada de ruidos, hablar en voz baja; me explicaron que se trabajaba en turnos de ocho personas, seis horas cada uno: unas veces me tocaría escarbar tierra, otras llenar los baldes adentro, en el interior del túnel, otras empujar un carrito halando una manila gruesa... Otro turno era descargar el carrito y subir los baldes hasta la boca del túnel, tres metros arriba. Otro, ya en la casa, consistía en recibir los baldes que alcanzaban de abajo, llevarlos hasta el garaje y luego acomodarlos en la camioneta y que el trabajo tenía que ser muy intenso porque estábamos cogidos del tiempo para terminar la obra.

Pero, volviendo atrás, para mí fue muy tensionante, muy estresante saber la envergadura de lo que se estaba haciendo. Eso era muy grande.

Una vez Isidro terminó de hablar, bajamos y me asignaron formalmente mi grupo. Yo no conocía a nadie fuera de Isidro. Inmediatamente después me suministraron una





pantaloneta, un par de zapatos tenis, una camiseta, guantes y me señalaron mi dormitorio: era una de las habitaciones de la casa con colchonetas en el suelo. El turno que terminaba de trabajar se bañaba al momento porque uno salía completamente embarrado y sudado, y debía ocupar el dormitorio que había dejado libre la gente que bajaba al corte.

A la media noche ingresé por primera vez al túnel el cual me pareció grande: más o menos un metro con cuarenta de alto por setenta centímetros de ancho. Se me ordenó halar el carrito para que se deslizara desde el corte -ya muy adentro para esta fecha- hasta la boca, que estaba debajo de la cocina. En cada viaje solamente cabían tres baldes con tierra. Era un trabajo bastante fuerte, como los demás, y había que hacer muchos, muchísimos viajes para evacuar la tierra, puesto que el carrito era pequeño.

El primer turno fue supremamente agotador. Terminé temblando del cansancio. La comida era muy buena y nos fuimos a descansar.

MIÉRCOLES 27 DE DICIEMBRE

RAFAEL-Avance, 5 metros. Total, 61.15. Distancia a puerto, 14 metros. Plazo, 3 días.

Se retiró en efectivo lo de la venta de la camioneta del accidente. Todos estos dineros que se iban recuperando, como el de la casa hipotecada, cartera hasta donde fue posible sin causar sospechas, venta de carros y camionetas, se utilizaron en lo que se necesitaba en la operación y el resto entregándolo al Comandante General.

JUEVES 28 DE DICIEMBRE

RAFAEL-El día de Inocentes midió 5 metros más de fango. Ahora vamos sobre los 66.15. En dos días tenemos que achicar 9.

ISIDRO- Se termina de construir la caleta en la casalote del barrio Prado Pinzón. Es un subterráneo de unos seis metros por cuatro, acabado arriba en forma de bóveda y dentro de él, otro más, aislados los dos para contrarrestar la humedad y el paso del tiempo. Era doble muro con una separación de unos diez centímetros, construidos con cemento armado y recubiertas las paredes con cemento lanzado. Sus sistemas de entrada de seguridad eran a base de tapas cónicas, en cemento y varilla de acero. Esas bóvedas estaban listas para ser canceladas, pues se calculaba que no iban a volver a abrirse antes de, por lo menos, dos meses. Para evitar problemas de inundación se les adaptó una motobomba para ir sacando periódicamente el agua que debía acumularse entre la luz que separaba una bóveda de la otra. Para conocer el nivel de esas filtraciones se colocó un sistema muy elemental con un tubo de goma





transparente que, actuando como vaso comunicante, mostraba las cantidades de agua que se podían acumular adentro.

La obra y la vigilancia de la casa quedaron a cargo de alguien a quien llaman "El sastrecillo valiente". Es un hombre de unos treinta años, cara de indígena, muy inteligente, muy serio, que tenía su sastrería cerca de la Plaza de Bolívar y que, desde cuando se adquirió la casalote, se pasó con su familia a vivir allí.

RAFAEL- Almorzamos con el Comandante General y dos compañeros más de la Dirección y allí les informamos cómo iba el trabajo. Como ya estaba todo listo para que, al llegar, empezaran a perforar el piso y el sitio donde se descargarían las armas, calculamos los viajes que se podrían hacer, aunque el comandante decía que con mil, como mínimo, que sacáramos, ya podríamos damos por satisfechos. Pero de todas maneras pensábamos que se podrían sustraer hasta diez mil. También allí acordamos el rumbo que tomaríamos cada uno de nosotros una vez terminara todo.

Los niños continuaban sin enterarse, aunque estaban con nosotros en el almuerzo pero, como jugaban, no se enteraron de la conversación.

Hablamos de muchas cosas. Por ejemplo, de lo que había sido el manejo de la tierra, que fue nuestro punto débil durante mucho tiempo, pues a jóse le quedaba muy difícil hacerlo solo y yo lo acompañaba. La primera tierra la empacamos muy bien en cajas, la zunchábamos y la rotulábamos con el fin de despistar en caso de ser detenidos por el soldado de la posta, íbamos con el corazón en la boca, la botábamos en la Carretera Central del Norte, nos parecía que todo el mundo se quedaba mirándonos. Así hicimos unos tres viajes.

Luego fuimos una noche a los cerros que hay en la vía a La Calera, cuando alguien desde la oscuridad nos increpó y apareció un hombre con varios niños y nos explicó que eso era del Ejército y era prohibido botar tierra. Nos pusimos mansitos, pedimos disculpas, pero de todas maneras terminamos nuestra labor ayudados por los niños a quienes les regalamos unos pesitos.

La tarea era muy pesada porque, además de desarrumar las cajas, había que romper el zuncho, desocupar la caja, volver a guardarla y recoger los zunchos para no dejar evidencias, lo cual causó extrañeza entre los niños. Nunca repetíamos lugar, por lo cual hasta la búsqueda del sitio se tomó complicada.

Después conseguimos un punto cerca de unas areneras bien al nororiente de Bogotá, donde estuvimos botando tierra mucho tiempo. Una familia que vivía allí nos insistía en que no dañáramos la camioneta llevando tierra, pues si contratábamos una volqueta arenera que regresaba vacía nos traería seis u ocho toneladas por un precio muy bajo y hubo que explicar que la volqueta no cabría en la casa, que la tierra salía





muy esporádicamente y que para qué gastar dinero teniendo la camioneta. Yo creo que esta familia siempre estuvo sospechando de verme con traje oscuro, muy elegante y botando tierra.

En ese momento no usábamos zunchos pero sí cajas y no las recuperábamos todas sino una parte.

Así lo siguió haciendo José hasta unos días antes de su muerte cuando lo que ya se transportaba eran baldes. Entonces fuimos solucionando el problema de la tierra que no tuvo su arreglo definitivo sino a mediados de diciembre cuando otros compañeros lograron encontrar el gallinero.

ISIDRO- Utilizando por última vez sus tarjetas de crédito antes de desaparecer del país, esa tarde Rafael salió de compras. Quería conseguir algunos regalos especiales y lo acompañé a Unicentro, que entonces era un sitio exclusivo. Recuerdo que le compró a Bateman una chaqueta de cuero muy bonita y antes de pagarla se volteó y me dijo: "¿Usted también quiere?". Le contesté: "Si se puede, ¿por qué no?". Me dio una igualita.

VIERNES 29 DE DICIEMBRE

RAFAEL.-Túnel, 71.15 metros. Increíble. Por tercera vez consecutiva, 5 metros en un día. ESTHER.- Tal vez la gente más destacada de la operación fueron los siguientes compañeros:

"Julito", un campesino joven, risueño, fuerte, llevó sobre sus hombros la difícil tarea de cavar una gran parte de los ochenta metros de túnel. Como no era muy alto pero de hombros y brazos fuertes, fue quien mejor se desempeñó abriendo camino hacia las armas.

El segundo era mayor, mucho más fuerte, como tallado en piedra y por su tamaño le quedaba más difícil cavar, pero solucionó todos los problemas de orden técnico que se le presentaron. Sus conocimientos e inventiva fueron definitivos y cuando lo contrariaban decía: "me da una iiiira".

Cuando se abrió el hueco en el depósito de armas merecía haber sido el primero en entrar, pero su corpulencia no se lo permitió y eso le dio "una iiira".

"Carmen", compañera de origen campesino-indígena, sin miedo a nada, sus deseos de participar fueron más fuertes que el hecho de estar embarazada y con una hija pequeña. Observaba, averiguaba, escuchaba, hablaba con los soldados, les preguntaba cosas y hablaba de sus "patrones", haciendo su papel con seguridad y desenvoltura. A veces le criticábamos su parsimonia para realizar algunas tareas, pero en general cumplió como correspondía. Carmen era hija de una guerrillera de las FARC, me llamó en el año 1992, conversamos en la oficina y me dijo que estaba porque la





niña que nació en medio del operativo estaba por irse a la guerrilla con las FARC. Pensé: cómo es la vida cuando se es padre, porque cuando ella estaba en acción tuvimos que convencerla con mucha delicadeza de que sacara a las niñas del operativo porque corrían peligro... ¿Cuántas generaciones en guerra?... La mamá, ella, y la hija nacida en el operativo.

SÁBADO 30 DE DICIEMBRE

RAFAEL.- 75 metros. ¡Llegamos!

Cuando quince días antes tomamos la determinación de avanzar cuatro metros diarios nadie creía mucho en que se pudiera realizar este promedio tan alto. No por la excavación en sí, sino por la evacuación de tierra.

Este sábado, temprano, el compañero "Arreglatodo" me informó que íbamos por los 72 metros y acordamos empezar a subir. Se avanzaba con mucho cuidado, pues la gente que pudiera estar dentro del depósito trabajaría hasta las cinco de la tarde.

Para determinarlo se habían tomado varias medidas: la más común fue contar los ladrillos de la tapia exterior del Cantón pero la construcción no era muy regular y una tapia era más larga que la otra, por lo cual promediamos. Se obtuvo una longitud proporcional. Yo era obsesionado contando ladrillos, parecía que íbamos a salir antes pero volvíamos a medir sobre la fotografía tomada desde el edificio de la Calle Cien y nos daba lo mismo que los ladrillos: setenta y dos metros. Entonces le dije al minero que comenzara a subir pero que no lo hiciera de sopetón sino en rampisa, mejor dicho, un ascenso relativamente suave hasta tocar el piso de la Ballena.

Después del ascenso se halló una plancha de cemento. "Arreglatodo" dijo:

-No es el piso. Es una zapata. -Algunos estuvieron de acuerdo con él.

La zapata es un soporte de cemento armado que va más abajo del piso. En ese momento había una determinación: seguir cavando, pero, ¿hasta dónde? Si la zapata era muy larga quemaríamos el tiempo, que ya era muy crítico.

Cavaron a lo largo de la zapata. Yo tenía la respiración contenida. ¿Hasta cuándo podemos aceptar que es una zapata? ¿Y si es el piso y estamos perdiendo tiempo?, me repetía. De pronto llegaron con la nueva: era una zapata. Después de dos metros se acabó. Entonces se cavó hacia arriba y ahí sí se encontró el piso de la Ballena.

ISIDRO.- Se recordó que desde ese mismo momento entrábamos en el plan de emergencia que era la rotura definitiva del piso de la Ballena y la evacuación de las armas.

En caso de un problema, ese día sí tocaba hacer frente y defenderlo todo, a





toda costa, porque era la "coronada" de la operación. Había que defender y, ante todo, cobrar públicamente la sacada de las armas. Por tanto, el plan de este día de Año Viejo contemplaba la resistencia en la casa porque, repito, ya el asunto era un hecho político irreversible y había que volverlo público.

A las cuatro y media de la tarde se comenzó a romper con cincel y martillo. Golpes secos, no tan débiles porque no se le hacía ni un rasguño a la plancha que teníamos sobre la cabeza, pero tampoco tan fuerte por el ruido que se generaba. Es que ese hangar era una caja de resonancia y decíamos: "Carajo, adentro no hay nadie trabajando, pero de pronto algún guardia va a escuchar".

RAFAEL- Fue una labor dura y peligrosa. El piso era bastante grueso y la operación demoró cerca de una hora. A las cinco y media "Arreglatodo" mostró toda su capacidad y tenacidad. Sin desmayo logró abrir un agujerito insignificante a base de morder y morder el cemento y cuando la cosa llegó a ese punto, colocamos un gato de cuarenta toneladas, accionamos y logramos ampliar un poco más el agujero y por allí metimos uno de los periscopios.

Bateman nos había ordenado abrir en diagonal pero yo temía que saliéramos al patio que hay frente a la Ballena y dije para mis adentros: "Por primera vez le voy a desobedecer al 'Flaco' pero prefiero encontrarme allá arriba con una caja pesada de las que sabíamos que contenían munición, que llevarme la sorpresa de encontrar un patio". Cavamos hacia arriba pensando en que si aparecía caja la moveríamos con el gato.

La salida fue exacta. No cavamos ni un centímetro más de lo que debíamos haber hecho. Si no hubiera sido así habríamos salido debajo de los cimientos de la construcción. Esa era la sofisticación de la que hablaba Bateman mucho después: un cálculo bien hecho y una altísima dosis de suerte.

ISIDRO.- A las seis menos cuarto encaramaron sobre el gato el eje trasero de un carro y, con el eje colocado en forma vertical, levantamos, levantamos, levantamos, hasta cuando se reventó el cemento y la punta del eje se atoró allá arriba.

Se reventó esa vaina y sonó como una explosión. Fuerte. Escandalosa. Luego, silencio total. Esperamos algunos minutos, no hubo movimiento dentro del Cantón. Silencio también afuera, de manera que empezamos a desportillar por los lados, poco a poco, poco a poco, pero esta vez no sonaba tanto como la primera, porque en cada mordisco se agarraba poco cemento y, a base de desmoronar, se logró hacer un hueco de unos diez centímetros.

A las seis y cuarto salí de la casa al "automático" y le informé a la Dirección General la situación.

CARLOS ERAZO.- Me correspondió turno a partir de las doce del día. Entramos a escarbar y a esa hora la orden era subir en rampa porque ya habíamos llegado debajo de





La Ballena. Más o menos a las cuatro de la tarde tocamos la zapata, avanzamos paralelo a ella unos sesenta centímetros hasta que por fin se acabó. Subimos unos cuantos centímetros porque era muy gruesa y, estando en esas, topamos más cemento. Ese era el piso de la Ballena, de manera que no quisimos cambiar de turno sino que nos doblamos: pasamos derecho doce horas sin comer ni un solo bocado por la emoción.

Una vez sobre aquel piso, despejamos una amplia zona, colocamos sobre la tierra troncos de madera, encima de ellos el gato que era inmenso, más encima el pedazo de eje de carro con una puya en la punta y empezamos a levantar el gato, a levantarlo, a levantarlo para romper el cemento. Deberían ser las seis cuando abrimos el primer agújente. La puya rompió y sonó una tremenda explosión. Eso rumbó como un cañón porque la placa tenía unos cincuenta centímetros, medio metro de espesor. Después de esa primera explosión sentí temor de que nos fueran a descubrir. Nos quedamos en silencio, esperamos unos minutos y entonces llegó la orden de la casa: "Continúen". Seguimos pegándole pellizcos a ese concreto y cada vez que lo volvíamos a desmoronar un poquito volvía a estallar como un balazo. Parece que era un concreto viejo mezclado con mucho cemento porque cada vez que se rompía un pedacito el escándalo era feroz. Y retumbaba como si esa vaina fuera un tambor. Continuamos un poco más y le cogimos confianza: "A Santa Rosa o al charco", dijimos, y empezamos a turnarnos, sin misterio, dándole fuerte al gato. A esa altura ya pensábamos que si nos pillaban ; nos pillaban! Qué carajo.

ISIDRO- A las ocho de la noche el hueco ya era de unos veinte centímetros de ancho por diez de largo, pero estaban apareciendo varillas. Trajeron una segueta y se cortaron, con calma, lentamente, deslizando la sierra con cuidado para atenuar el ruido que se magnificaba allá adentro.

A las ocho y media se turnó alguna gente. Rectificaban la posición del gato, aseguraban una vez más el eje, bombeaban, el eje subía, presionaba la plancha y, por fin, traqueaba el cemento y se desmoronaban cuatro centímetros más: el eje se desacomodaba, lo acomodaban, bombeaban el gato, el eje desmoronaba otro poquito y luego chirriaba y salían chispas: hay otra varilla. Desmoronen más, un poco más. Remuevan con el cincel, desnuden la varilla. Ahora la segueta. Suave, suave, deslizándola lo que más se pueda para trozar mejor. Rompió un extremo. Ahora el otro. Suave. ¿Dónde está el aceite? Pónganle aceite donde marqué el corte...

A las nueve el agujero era de treinta centímetros por quince. Continuaron abriendo el agujero pero con la misma lentitud del día anterior. Se trabajaba con el gato y con el eje, pero dándole al cemento pellizcos muy pequeños.

A las once menos cuarto ya era una tronera rectangular, de más o menos





sesenta centímetros por treinta y cinco o algo así. No era muy grande. Y no fue más, porque por allí ya cabía la gente menos gruesa y porque el armazón de varilla de acero que tenía el piso lo impedía.

CARLOS ERAZO.- La abertura quedó lista, más o menos a las once de la noche. A esa hora ingresó el primero, ingresó el segundo y luego de unos minutos alcanzaron unas armas viejas, mohosas y no me aguanté la gana y me subí. Ninguno llevaba linternas ni ningún tipo de luz. Sin embargo, dentro de la Ballena había el resplandor de unas lámparas exteriores de mercurio que se colaba por los ventanales, altos, del hangar. Al salir arriba me encontré -a la derecha- con una pared a treinta centímetros del hueco. Al frente una muralla de cajones gigantescos.

Avancé hacia la izquierda rodeando los cajones hasta encontrar un pasadizo angosto formado por más cajones, volví a la derecha y salí a un espacio grande en el centro del hangar. Hacia el frente había unos treinta cañones montados sobre sus cureñas, con ruedas, más al fondo una cortina verde que cerraba como un depósito, a la izquierda un cuarto enmallado y cerrado con candado, luego arrumes de armas de largo alcance colocadas sobre la pared y más cajones y cajas muy grandes con munición.

Luego de la inspección sacamos unas diez armas y nos fuimos para la casa porque la orden fue salir a descansar y comenzar a primera hora del día de Año Viejo con el desalojo de las armas.

ISIDRO- Ingresó el primero. "Arreglatodo" y Rafael tampoco cupieron esta vez y entonces yo entré de segundo.

Por dentro, la Ballena era un monstruo. Un hangar gigantesco lleno de unas cajas muy pesadas de madera. Imagínese lo que debía pesar eso. Lo que más nos impresionó es que, más o menos a cincuenta centímetros de donde salimos, empezaba un arrume de cajas, pero no cajas sino cajones gigantescos, de un metro por un metro. Apilados.

Había otra zona donde estaban las armas. Unas habían sido amontonadas para reparación o porque simplemente el Ejército ya las había descontinuado, pero estaban en muy buen estado. Eran cerros, cerros de armas largas.

Luego se encontraba una zona restringida y enmallada como medida de seguridad. Allí estaban las mejores. Había unas extrañísimas. Eran las de más alta calidad. La mayoría era armamento corto, pero también había subametralladoras. Eran armas sofisticadas.

RAFAEL- El compañero minero tuvo la gran frustración de su vida: después de tantos días de trabajo y un éxito rotundo no pudo entrar a la Ballena porque era muy ancho de hombros y no pasaba por el roto. Un flaquito entró, se paseó por el depósito y





dijo que todo estaba en calma. Luego entraron otros compañeros, también flacos, y nos pasaron unos fierros. Eran unos diez. Yo les dije que no era conveniente sacar más armas esa noche porque la gente estaba eufórica y cansada y que la desocupada del depósito se haría mañana desde muy temprano.

ISIDRO.- Ya ubicados en el punto en que estábamos temamos tiempo suficiente para realizar lo más importante de la operación el día de Año Viejo. Desde las seis de la tarde la compañera que hacía de doméstica y el compañero chofer quemaban pólvora para que, a la vez de llamar la atención de los soldados que estaban frente a la casa, se minimizaran los ruidos.

CARLOS ERAZO.-Allá arriba se formó la fiesta. Una copa de vino unos, un whisky otros, algo de música, bailamos y antes de irnos a descansar -hacia la una de la mañana- se nombró el grupo que iba a entrar a la Ballena cuando empezara a clarear.

RAFAEL.- Esa noche fue la locura total. Celebramos y dormimos un poco. A media noche todavía teníamos miedo. Habíamos "coronado" pero las armas aún no estaban en nuestro poder y todavía seguía el peligro. Los soldados alcanzaron a escuchar algo pero creo que no les podía caber en la cabeza que alguien estuviera dentro del depósito. Esa noche patrullaron la zona y preguntaron si alguien había visto gente extraña en los alrededores. A las once salí y me arrimé a un soldado que hablaba con los vecinos:

- -¿Qué sucede? le pregunté.
- -¿Han visto gente saltando la tapia de la guarnición? -me dijo y le contesté al momento:
 - -No. Yo no he visto nada por estos lados. ¡Nada!

ESTHER- Viajamos de Cali a Panamá. Nos despidieron Iván Marino, la "Chiqui" y Elvencio Ruiz. Iván Marino tenía un contacto en el aeropuerto que nos ayudó a salir sin problemas. Salimos con otros nombres de Cali, tenía que explicarle a los niños que cuando les hablaran con otro apellido y otro nombre, se estaban refiriendo a ellos, sobre todo al pasar por la oficina de emigración. Se me ocurrió decirles que como ellos nunca habían querido tomarse la foto para la tarjeta de identidad no podían ir a pasear, que si querían viajar tocaba ir con los documentos de otros niños; ellos aceptaron y preguntaron que por qué, yo les insistía: "¡Por que no hicieron caso de tomarse la foto!" y les dije: jueguen para que no les pregunten nada.

Haciendo fila veo que detrás mío está el cuñado de Bateman, Carlos Romero, del Partido Comunista; le tuve que decir que viajaba para Panamá. Yo hubiera preferido no encontrarme con nadie. Después me dijeron que el partido comunista se entera de que





estábamos en Panamá, cuando se conoce el escándalo.

Cuando ya íbamos llegando a Panamá sentí la obligación de contarles a los niños la verdad: Lo que pasa es que nosotros somos M-19 y hemos hecho una operación y por eso nos toca salir del país durante un tiempo...

Juan Carlos tenía diez años y era un niño muy entendido y además leía de todo; él se queda pasmado y me dice: "Mami, pero qué error, no tenían que ser ustedes". Fue la primera persona que me dijo que había sido un error. Él sabía que el M-19 era un movimiento que hacía cosas. Rafaelito se quedó mirándome y me dijo: "¿Mami, me trajiste los diplomas?". Juan Carlos me dijo que había un problema, que los niños que eran sus amigos ya no lo serían más cuando regresaran a Colombia. En Panamá nos estaba esperando "La Mona" -Vera Grave-. Nos llevaron a una casa de familia mientras llegaba Rafael y tuvimos que pasar la zona del canal que para nosotros en ese tiempo era tenebrosa.

DOMINGO 31 DE DICIEMBRE

ISIDRO.-Antes de que amaneciera del todo una parte de la gente desayunó mal, aun cuando la mayoría no quiso pasar bocado porque había ansiedad, nerviosismo. En ese momento se percibían la tensión y la emoción. La gente hablaba poco, pero la actitud y las miradas eran muy elocuentes.

Tal vez a las cinco y media y antes de ingresar a la Ballena asomamos una vez más el periscopio y vimos lo mismo de la víspera: por un lado una pared de madera, formada por las cajas con municiones. Por el otro, una especie de muralla de madera. Adentro no se mueve ni una mosca.

Entramos. Durante más o menos una hora se realizó una inspección minuciosa del lugar, se buscaron documentos, información, pero no había nada que nos interesara y simultáneamente la gente empezó a sacar armamento.

CARLOS ERAZO.- Nos habían llamado a las cuatro de la mañana. Yo estaba dentro del grupo que debía penetrar primero a la Ballena para escoger armamento e írselo pasando a los que se debían quedar debajo del agujero. Más o menos a las cinco y media entramos. Hacía mucho frío y el día estaba entre claro y oscuro. Antes de trabajar había que hacer la primera exploración, ya con mejor visibilidad.





Cuando ingresamos lo que recuerdo fue el despelote de la gente por la emoción. Todos caminaban de un lado para otro mirando aquel espectáculo: armas y armas y armas por todos lados y cajas con munición pero por arrumes. Cuando miré aquello recuerdo que tuve la visión del que entró a la cueva de Alí Baba y se encontró con el tesoro más grande que jamás hubiera imaginado en su vida. Esa fue la visión y me contagié del frenesí de los demás que ya no andaban sino que corrían de un lado para otro, tomaban un arma, la miraban, "Ve, una M-l", "Mira, una subametralladora Ingram", "Mira, un fusil Famage", todos en perfecto estado, buenos, listos para que los cargaran y dispararan con ellos. Duramos por lo menos quince minutos recorriendo, acariciando las armas, buscando más, encontrando pistolas, subametralladoras, cajas de parque, yo qué sé... tantas cosas que se encontraban, hasta cuando se calmó un poco ese alka-Seltzer inicial y entonces "Isidro", que también había penetrado, impuso el orden y la disciplina y con la misma euforia, pero ya contenida, distribuyó los grupos por áreas porque el depósito era muy grande.

CARLOS ERAZO.- Un grupo empezó a ir peinando, a otro le correspondió evacuar armamento ayudándose con una especie de carreta de dos llantas que encontramos allí mismo: unos cargaban la carreta y otros dos la llevaban hasta el agujero. Yo la recibía allí porque me correspondió ubicarme en la boca del túnel para ir alcanzándole a los de debajo las piezas que iban trayendo. Una de las primeras que salió fue un fusil M-l6... o un R-15, no preciso bien, que estaba totalmente nuevo, empacado dentro de unas cajas de icopor. Yo nunca había visto un arma de esas: impresionante, totalmente nueva, semiautomática, y ahí comenzamos a trabajar. Parecíamos desaforados, dándole sin descanso.

Después de aquella belleza salieron subametralladoras Thompson, fusiles Famage, fusiles de perilla, carabinas M-I, M-2, algunas carabinas San Cristóbal. Algún armamento era nuevo, otro de segunda.

RAFAEL- Desde temprano hubo movimientos sospechosos de la tropa, señal inequívoca de que, definitivamente, la víspera por la noche habían oído algo y nuevamente salieron en grupos de tres y cuatro soldados a preguntarles a los vecinos si habían visto sospechosos la noche anterior. A la casa no vinieron, a la de los vecinos tampoco, tal vez porque al tener guardias en frente era superfluo preguntar.

ISIDRO.- Unos minutos antes de las siete de la mañana sentimos encima del túnel los ladridos de un perro, encarnizado exactamente contra los cimientos de la pared de la Ballena. El perro ladraba cada vez con mayor insistencia y eso era señal de que nos había descubierto y





nos estaba delatando. Abajo, silencio total. Desmontaron con gran cuidado el eje, echaron atrás el gato y el perro continuaba, pero esta vez más excitado. Nadie se movió de sus puestos. Nos mirábamos.

CARLOS ERAZO.- A las siete de la mañana la labor continuaba como al amanecer. No habíamos desayunado pero tampoco sentíamos hambre. Nadie quería comer y lo único que pedíamos era líquido.

Recuerdo que al otro lado de las cajas la Ballena tenía un portón gigantesco que comunicaba con la zona verde que había afuera y a esa hora los que estábamos adentro sentimos que se acercó un perro y empezó a escarbar debajo del portón, a arañar la puerta y a ladrar.

Una hora antes se había asignado un armamento: subametralladoras, carabinas y fusiles, se les metió munición y se dejaron listas allí para tratar de responder en caso de una emergencia. Inmediatamente comenzó el escándalo del animal, nos hicimos señas y la gente se quedó muda y empezó a armarse y a esperar a ver qué sucedía. Ahí nadie respiraba, nadie se movía. Todos listos.

ISIDRO.-Unos segundos después escuchamos claramente encima de nuestras cabezas que llegaban algunos soldados al mando de un sargento, porque así le decían, y a base de gritos, patadas y carreras ahuyentaron al perro que, aún así, continuaba ladrando pero cada vez más lejos de nosotros. Luego dejamos transcurrir unos tres minutos largos y volvimos a escuchar a los soldados hablando mal del perro. Dejamos que se alejaran y, poco a poco, empezamos a desencalambrarnos porque estábamos muy tensos.

RAFAEL- Siete de la mañana. Me llamó el compañero que estaba de guardia y subí a una habitación del segundo piso. Al frente, muy cerca de La Ballena, unos soldados correteaban y le gritaban a un perro para alejarlo de allí. La escena no era común y bajé al túnel. Allí me enteré de la historia.

ISIDRO- Nosotros aprovechamos durante todo el tiempo los errores del Ejército que realmente no ejercía una vigilancia estricta sobre el Cantón. Por ejemplo, antes de ocupar la casa nos avisaron que el barrio estaba acostumbrado a visitas periódicas de los servicios de inteligencia, casa por casa, para observar lo que sucedía en el vecindario. Sin embargo, mientras estuvimos allí nunca se efectuaron esas inspecciones. Y, de verdad, nosotros no hubiéramos resistido la más ingenua requisa, por la cantidad de gente que vivía allí, por la tierra, por la madera en el





patio, por las instalaciones de aire, de electricidad, por tantas cosas que era necesario mover en ese sitio.

Por otra parte, ¿cómo era posible que no se percataran del movimiento tan continuo y tan ostensible de una camioneta que entraba a mañana y tarde al garaje y volvía a salir después y volvía a entrar y a salir?

Los soldados estaban más preocupados de que les llevaran tinto y cigarrillos y de la cola de la compañera que hacía de empleada doméstica, que de cuidar lo suyo. Y, finalmente, nunca entendieron lo que el perro les estaba avisando. Todo eso estuvo de parte nuestra.

RAFAEL.- Aun cuando alejaron al perro y se acabaron los patrullajes por el ruido que escucharon la noche anterior yo dije: "Aquí fue el lío" y estuve muy tenso el resto del día.

Como no tenía experiencia militar, tan pronto se acabó lo del perro sugerí dejar las cosas como estaban y salvar a la gente para evitar que la acribillaran, pero los más experimentados me aconsejaron calma porque, según ellos, no iba a suceder nada.

En el cuadernito consulté a Murphy que ese día decía: "Lo que ha de suceder, sucede".

YAMEL RÍAN O.- Rafael llegó ese día inesperadamente a Île de France y sin más me dice: "¡Nos caímos! Un perro del Ejército nos olfateó y no deja de ladrar, hay movimiento de tropa..." Yo les recomiendo que se queden quietos que, como ya llegaron a la Ballena, es preciso empezar a evacuar las armas... Para nosotros las armas eran un altar de joyas...

En cuanto a nuestras tareas, todo estaba dispuesto en Île de France para la llegada de las armas: 55 galones de vaselina para engrasarlas, empaque para su transporte y todo lo necesario para embalarlas.

ISIDRO- Un poco antes de las once me reuní una vez más con Bateman, quien seguía con mucha inquietud cada paso de la operación, y le entregué una pistola muy linda y muy especial que había tomado del área restringida, como símbolo de la "coronada".

Ese día estuve entrando y saliendo de la casa, dejando mi auto en la puerta - porque era invitado a la fiesta que se preparaba para la llegada del Año Nuevo y ya no había problema- y acudiendo periódicamente a un sitio en el cual se habían reunido los dos jefes máximos de la organización, Bateman y Fayad, para informarles cómo iba la operación.

A esa hora había allí una discusión muy dura porque Fayad era partidario de que, una vez terminada la evacuación de las armas, era importante dinamitar el hangar.





-Eso hay que volarlo. No se puede dejar ahí porque son armas del enemigo - decía.

Y Bateman estaba furibundo.

-¿Cómo se le ocurre? Ésta es una operación política, nuestro objetivo es político y no militar y volar eso es llevarse por delante por lo menos cuatro manzanas con gente inocente, con una masacre de soldados que lo único que están haciendo es cumpliendo con su deber-. Fue una pelea durísima y, desde luego, se impuso Bateman.

Bateman, de todas maneras, era de una lucidez y una fe, una entrega y un corazón gigantescos y no solamente pensaba en términos políticos sino en términos humanos. En caso de una traición era capaz de pensar en el problema humano para llegar a esa traición. Fueron cuestiones que se discutieron alrededor de eso, mientras que otros las manejábamos en forma más sectaria.

A mí me tocó el caso de una persona que actuó en forma horizontal, alguien propuso eliminarla y Bateman dijo:

-Pero ¿cómo se le ocurre? No. Mejor separémoslo, mandémoslo para el Caquetá, aislémoslo pero, ¿cómo se les ocurre hablar de eliminarlo?

CARLOS ERAZO.- A medida que avanzaba el trabajo nos íbamos rotando. Hacia las once de la mañana me correspondió ya no en la boca del túnel sino con el grupo que estaba seleccionando. Había mucho armamento que no servía. Había muchas piezas sueltas y nada de eso se sacó.

En uno de los extremos del depósito había un portón de acero muy bien asegurado pero como allí adentro tenían, entre otras cosas, un taller de reparación, alguien alcanzó un equipo de acetileno para cortar acero y con él abrieron las cadenas que aseguraban el portón. Ese compartimiento era muy grande. Yo creo que tenía, de fondo, por lo menos veinte metros. Ingresamos y encontramos una serie de estantes y en ellos, muy bien organizadas, subametralladoras de toda clase: nuevas, usadas, pistolas, revólveres. Todo, armamento corto pero de primera calidad. Había tal cantidad de armas como nunca habíamos visto en nuestra vida. Ninguno de nosotros había ni siquiera imaginado una cosa así.

En la Ballena encontramos también una serie de cajas de plástico, fuertes y de buen tamaño, y lo que hacíamos era que, uno de los muchachos tomaba la caja con los dos brazos y la recostaba contra el pecho y el otro iba metiendo el brazo sobre el entrepaño del estante y empujando esa fierramenta para que cayera entre la caja. Había muchos estantes. Ahí nos demoramos un resto de tiempo. Es que a nosotros nos cogió la oscuridad y todavía estábamos sacando armas cortas.

ISIDRO.- En la casa había quedado lista una enorme cantidad de sacos de polietileno para empacar las armas. Había varios equipos encargados de diferentes labores, desde la sacada de la Ballena hasta el otro lado del boquete, hasta la





embalada de los paquetes entre la camioneta.

Parte de los que trabajaban dentro de la Ballena, con calma pero con prisa, tomaban grupos de tres, cuatro fusiles, sin siquiera dejarlos chocar unos contra otros, sin dejarlos caer, los ataban con una cuerda y los iban dejando escurrir por entre el agujero. Era gente que sabía de armas y escogía, primero, por clases y marcas y, segundo por calidades, de manera que cada paquete fuera, más o menos, homogéneo. Realmente se seleccionaba con criterio.

En la casa un grupo recibía, empacaba entre sacos de polietileno por atados de armas: pistolas con pistolas, subametralladoras con subametralladoras, fusiles de una marca con fusiles de una marca, cerraban y pasaban a la camioneta que era cargada al máximo en cada viaje para agilizar la evacuación. En ese momento ya se había acabado el uso de capuchas para evitar que unos se conocieran con otros. Ahí todo el mundo se veía la cara, todos trabajaban sin descansar un solo minuto.

RAFAEL- Las armas iban saliendo con fluidez: pistolas, revólveres, ametralladoras, M-I, Fal, Famage, carabinas Punto 30, subametralladoras Madsen eran colocadas en una especie de camilla, de ahí se pasaban a un saco, halábamos el trencito, izábamos las armas, las contábamos y de ahí a la camioneta.

ISIDRO- A las doce y media habían sido empacadas en sacos y acomodadas entre la camioneta mil doscientas y la gente estaba excitada: saque y saque y saque en silencio y acomode y transporte hasta la boca del túnel y suba y empaque, mientras nosotros le dábamos tiempo al tiempo, esperando que llegaran las horas en que se habían fijado citas previas con los carros de fuera de Bogotá para entregarles parte del material. Ésos debían llegar a diferentes sitios de la ciudad.

RAFAEL.- Se comenzó muy temprano la evacuación de las armas. El primer viaje nos tomó mucho tiempo.

Este primer viaje de armas sería enviado en un camión que saldría para otro departamento con las mercancías de la oficina. Como se presentó el plan de emergencia y en ese momento se llamaba por teléfono para ver si algo más iba a ser enviado (comercial), se le dijo al chofer que tomara su rumbo otra vez.

ISIDRO- A las dos de la tarde llegamos a mil ochocientas armas largas y cortas y cuatro viajes de la camioneta. Más o menos uno cada hora a partir de las diez.

Las armas salían de la Ballena y la camioneta las llevaba hasta la casa gallinero. Allí descargaba y regresaba, pero, mientras tanto, los dos o tres que sabían de su ubicación cumplían citas con conductores de las "intermedias" que habían acudido a diferentes puntos. Ellos dejaban sus autos y se retiraban. Mientras tanto, venían los conocedores y





se los llevaban. En el gallinero cargaban, regresaban al sitio de reunión y sin que los vieran dejaban los autos y la gente de las intermedias o de las regionales del Valle, de Antioquia, del Tolima, retomaban el timón y arrancaban. De todas maneras, al gallinero no iban muchos carros, aunque el sitio era medio rural, aislado, y no ofrecía un peligro aparente.

Se trabajó muy duro, sin comer, porque a la gente le parecía que el tiempo no iba a alcanzar para desocupar aquel depósito. Por allá de vez en cuando alguien entregaba su sitio y otro lo reemplazaba, pero era difícil que el que tuviera trabajo abandonara su lugar.

A las seis de la tarde cumplimos doce horas de impresionante actividad. La verdad es que la casa y el túnel parecían un hormiguero en donde la gente caminaba rápido, se movía con presteza y nadie abría la boca para nada. Silencio total. Precaución al máximo porque estábamos en el clímax de un esfuerzo de muchos días y muchas horas de angustia. A esa hora la contabilidad indicaba que habían sido evacuadas dos mil ochocientas.

A partir de esa hora se oscureció totalmente el interior del hangar pero la gente siguió trabajando con la misma eficiencia. Todos volaban en la oscuridad. Muchos de ellos estaban familiarizados con las marchas nocturnas. Otros, durante tanto tiempo allá abajo, habían aprendido a ver en medio de las sombras. Se les alcanzaron algunas linternas de foco reducido para evitar reflejos que pudieran colarse al exterior, pero las utilizaban muy poco. Una encendida rápida, casi un flash una vez que otra en ciertas zonas donde se habían formado laberintos por los vacíos que iban quedando y otras en la parte más lejana del agujero. La oscuridad no fue problema y el ritmo del trabajo se mantuvo siempre.

YAMEL RIAÑO- Desde el medio día el movimiento en Île de France era febril: nosotros empezábamos a recibirlas de los diferentes transportes que iban y venían entre la casa del Cantón y el gallinero. Luego de recibirlas, las engrasábamos con la vaselina y, una vez agrupadas y diferenciadas por modelos y calibres, se repartían en los diferentes carros; uno de los autos era conducido por "Marina", se trataba de una camioneta azul que cargaba y se iba.

Quienes participábamos como "internos" en el operativo de Île de France éramos César Ríos, Jaime Bermeo, otros dos compañeros y yo.

La prioridad en ese momento era desocupar los carros dentro de un garaje, cuyos envíos venían en costales y bolsas cubiertas con una carpa. Así llegó el fusil de Camilo Torres, unas armas de la selección colombiana de tiro, las armas decomisadas, etcétera. Todas las armas llevaban una ficha circular con un aro metálico donde se indicaba la procedencia del arma, sus características y el historial. Llegaban también armas de guerra, fundamentalmente carabinas M-I,M-2, San Cristóbal, también fusiles M-I, M-2, los primeros tiro a tiro, los segundos de repercusión. También súbame tralladoras que llamábamos "escuadras", bastante extrañas para nuestros militantes pues tenían el cerrojo invertido, por lo cual nos daba mucho trabajo utilizarlas. Estoy diciendo con





esto que nunca fuimos expertos en nada, fuimos gente más bien con mucho voluntarismo.

Nunca nos dimos cuenta en qué momento terminó el año; estábamos como locos engrasando armas, ese fue un trabajo que se hizo sin contratiempos a lo largo del 30 y 31 de diciembre. A las primeras horas de año nuevo se desocupó el vivero y se perdió todo el mundo. Yo tenía un carro en Île de France y me llevé para la casa algunas armas con las cuales alcanzamos a llenar una pieza. Esto lo hicimos con Afranio Parra y otras dos personas.

EMA.- Llega "Marina" con la primera camionada de armas. El bunker que habíamos acabado de hacer tres días antes ya se había preparado con una resina; empezamos a acomodar todo el armamento que llegaba ya untado de vaselina. Dos noches duramos haciendo estantes como si fuera una biblioteca para ordenar las armas; yo creo que esas que nosotros guardamos pasaban de cinco mil. Se siente mucha emoción cuando llegan las armas, todos los que estamos trabajando en la casa lloramos y nos abrazamos y algunos dicen que ellos también hubieran podido hacer ese trabajo. Cuando llega un carro con carga la gente se lanza a bajar las cajas, alguien grita, todos se abrazan y "Marina" llora.

Lo más emocionante para nosotros fue saber que entre el armamento llegado para "encaletar" estaba el fusil de Camilo Torres; todos se alborotaron, un momento muy bonito. Creo que fue uno de los primeros fusiles que se sacaron, como a las 6 o 7 de la noche que llega la primera camionada de armas. Nos dimos cuenta del fusil porque llevaba una pieza amarilla en una argolla y decía que fue recuperado en el sitio de Patiocemento, Santander, y que pertenecía al cura guerrillero Camilo Torres Restrepo. Todo el mundo coge el arma, todo el mundo la besa y finalmente se introduce junto con las otras armas a la caleta para echarle tierra.

Yo me emocioné y asusté porque sabía que el Ejército iba a revolver cielo y tierra pero la gente trabajaba con corazón y creía en lo que estaba haciendo.

Los muchachos salen el primero de enero por la mañana y yo el cinco de enero.

ADÍELA OSORIO (fundadora del M-19). -Fayad me manda llamarla Cali, yo tenía que estar el 31 de diciembre en Bogotá, lo único qué se nos dijo era que estaban en algo grande. Ya en Bogotá, me colocaron una cita en el barrio Palermo, cerca a la Universidad Nacional. Me informaron que la Organización necesitaba que transportara unas armas al frente sur en el Caquetá, eso fue el 31 como hacia el medio día. Llegué a Bogotá en un campero que tenía una caleta y me acompañaba un "compa" de Florencia. En el sitio donde fue la cita entregamos el carro y al cabo de unas horas me lo devolvieron cargado con armas; a ese mismo sitio llegaron otros compañeros y se notaba mucho movimiento, vi que la cosa era delicada pero no me imaginaba, ni por las curvas, el golpe que en ese momento estábamos dando. Fayad me dijo: "Apúrese, tiene que salir rápido de Bogotá, no la puede coger la noche en la ciudad".





Había que llegar al sur del país como fuera. Las doce de la noche nos coge en plena carretera, en los límites de los departamentos de Tolima y Huila, pero en Campohermoso, Huila, nos metemos un susto el verraco; en una subidita se nos atravesaron unos hombres, yo pensé que nos iban a robar todo, eran unos borrachos y me tocó hasta tirarles el carro, fue un momento de tensión, los borrachos se me subieron a la parte delantera del carro y no se bajaban, gritaban y se abrazaban pero no se quitaban del carro, entonces les dije: "Con ustedes o sin ustedes yo llego a donde tengo que llegar" y arranqué, se asustaron y se lanzaron del carro...

Llegamos a Florencia el primero de enero en la mañana y le entregamos las armas a otro compañero. Allá en el Caquetá nos reímos mucho con esas armas porque nadie sabía utilizarlas: eran de tiro olímpico.

EVANGELISTA RODRÍGUEZ.- El 31 de diciembre aparece mi enlace con la organización, es decir "Rufino", y me dice que tengo que desocupar la casa en una hora y allí ya estaba todo el mundo medio emparrandado. Afortunadamente logro trasladar a los míos a la casa de un familiar que vivía muy cerca de allí. De pronto llega "Rufino" con unos carros y comienzan a bajar unas cosas envueltas en costales -creo que unas mil armas-y se meten al fondo del hueco que me dijeron iba a ser una piscina. Me doy cuenta de que son armas porque las trompetillas de los fusiles se asomaban por entre la tela de los costales. Además traen unas tablas para poner encima unas de las otras, cubiertas por lonas. Se echa tierra y se trae pasto que prende muy rápido porque por esos días llovió mucho; mis sobrinos jugaban fútbol ahí encima y parecía la casalote más normal del mundo, hasta que cae "Rufino" y lo cuenta todo.

CARLOS ERAZO.- Ese día trabajamos hasta las nueve de la noche. A esa hora ordenaron suspender.

Recuerdo que nos subimos todos y aún no habíamos comido nada. Sólo beber y beber líquidos. Es que lo que se sentía era como una tensión muy grande, como un acelere, una ansiedad que yo nunca había experimentado. A esa hora decíamos: "Es tanto lo que hay allá adentro que no vamos a alcanzar a sacarlo en dos días que tenemos de plazo". A esa hora estábamos agotados pero no nos cabía el alma entre el pecho de la felicidad. Nos bañamos, nos cambiamos con ropa limpia, pedimos que nos dejaran seguir sacando fierros pero dijeron que no. Orden tajante de descansar para evitar adentro reflejos, ruidos, problemas por el trabajo en medio de la oscuridad.

ISIDRO.- Cuando se acabó la jornada la contabilidad señalaba tres mil setecientas armas evacuadas, empacadas y despachadas para sus respectivos destinos. A las diez de la noche le reporté al Comandante Bateman esa cantidad.





CARLOS ERAZO.- Con todo el grupo reunido nos aprestamos a recibir el año setenta y nueve. Recuerdo que hubo una copa de vino, otros licores, comida china... Ahí tomamos todos, bailamos y, eso sí: recostado contra todas las paredes había armamento con su carga, previendo alguna emergencia. Cada uno tenía asignado su "fierro". Antes de la media noche la compañera que hacía de empleada doméstica salió a llevarle su cena a los soldados que estaban de guardia frente a la casa y al regresar dijo que se encontraban tranquilos.

ISIDRO.- A las doce la ciudad era un carnaval. Sirenas, millares de voladores, autos haciendo sonar sus bocinas, gritos. Frente a nuestra casa algunos de los compañeros quemaban pólvora y en la sala la rumba, que habían comenzado a simular a las cinco de la tarde, ahora era de verdad.

A esa hora cantamos el Himno Nacional en susurro: "Oh gloria inmarcesible...", abrazos, la gran celebración.

La reunión duró hasta la una de la mañana, cuando todos se retiraron a descansar.

A esa misma hora a la que se refiere "Isidro", doce de la noche, ningún guerrillero se preocupó en la casa por prender un televisor; tampoco tenían por qué hacerlo. Estaban alegres y su mente ocupada más en terminar de desocupar el Cantón; sin embargo, si hubieran prendido el aparato se darían cuenta de que la alocución presidencial, que nunca falta en esta fecha, se convertiría en la antesala de los actos militares de la guerrilla que comenzaban con el robo del Cantón y la arremetida posterior del Ejército.

El presidente Turbay dijo: "No quisiéramos ciertamente tener que registrar el absurdo enfrentamiento entre hermanos. Es por esto por lo que, animado de humanitario sentimiento, invito a los violentos a deponer las armas y a todos a trabajar de consuno por la grandeza de Colombia.

"El gobierno confía en que el año de 1979 será un año de gracia en el que florecerán los frutos de la paz, se fortalecerán las instituciones democráticas, se afianzará el orden y se lograrán altas metas de desarrollo y justicia social".

Y mientras el presidente Turbay invitaba a "los violentos a deponer las armas" el ministro de la Defensa, general Luis Carlos Camacho Leyva, hacía su propia invitación pero, al armamentismo: "Todo ciudadano debe armarse como pueda"; con estas declaraciones se pretendía hacerle frente a la ola de inseguridad que reinaba en el país.





El M-19, durante las siguientes horas, le estaría dando una contundente respuesta al presidente de la República y al llamado del ministro de la Defensa Nacional.

LUNES PRIMERO DE ENERO DE 1979

Ese día de año nuevo la Dirección del movimiento está tomando una decisión respecto del gran debate en el que han estado enfrascados desde el mismo día de la iniciación del túnel: si se dan o no a conocer públicamente los nombres verdaderos de los integrantes de la cúpula del movimiento en el boletín que iba a dar cuenta y que se le entregaría a los medios de comunicación para ponerlo en circulación el dos de enero. En ese momento el M-19 quiere aprovechar el golpe para evidenciar que son de came y hueso y que era conveniente mostrar nombres y personas que tuviesen alguna significación en las luchas populares, en los grupos políticos, en las organizaciones sindicales, en los movimientos cívicos o en las corporaciones representativas, tal como lo recordara Carlos Toledo en entrevista posterior.

Y Carlos Toledo Plata, ex parlamentario por la Anapo en Santander y miembro del comando superior del movimiento insurgente, fue precisamente el nombre seleccionado por la cúpula para aparecer con sus nombres y apellidos entre los firmantes del boletín número 37 del M-19, que debía circular a partir del dos de enero para informarle a Colombia y al mundo la "recuperación" de más de cinco mil armas al Ejército. Jaime Bateman e Iván Marino Ospina, aunque incansables en la actividad clandestina revolucionaria, no eran conocidos por el pueblo por lo cual acompañaron a Toledo en la suscripción del comunicado con sus seudónimos de clandestinidad: "Pablo García" y "Felipe González", respectivamente.

ESTHER.- Bateman quería mostrar hombres de carne y hueso, gente común y corriente, un civil cualquiera. Me imagino que dijo: tómenle una foto al "loco", como le decían a Rafael. Bateman decía que había llegado el momento de aparecer. Rafael y yo sabíamos que a partir de ese momento quedábamos "quemados" para toda la vida. El hecho es que no puedo vivir normalmente en Colombia. Aquí no perdonan; después de la firma de la paz me amenazaron varias veces, cuando estuve en el noticiero volvieron y me amenazaron. Vivir en Colombia por vivir no puedo.

GUSTAVO PETRO.- En la madrugada del primero de enero llega un camioncito a Zipaquirá con varias armas; la impresión que daban las cajas era la de que se trataba de armas y munición. Todo eso quedó guardado allí durante varios meses...





CARLOS ERAZO.- Ingresamos a la Ballena antes del amanecer, con el mismo frío de la víspera y algo menos de visibilidad porque durante los primeros minutos vimos que había niebla allá afuera, pero luego se fue despejando hasta que apareció el sol de enero, poco más o menos a las siete de la mañana.

Lo primero que sacamos fueron unos fusiles Famage, nuevos, con su bayoneta, tenían bayoneta calada, nuevecita. Salieron unos sesenta. En seguida llegamos hasta unas cajas zunchadas, las abrimos y estaban llenas de armamento. En cada una había casi treinta subametralladoras Madsen nuevecitas. Comenzamos luego a sacar parque. Se sacó todo, absolutamente todo el parque para arma corta: calibre cuarenta y cinco, treinta y ocho, nueve milímetros, bueno... Y luego, munición para armas largas.

ISIDRO- En el gallinero había un pequeño equipo de expertos que distribuían armas teniendo en cuenta calidades, marcas, alcances, estado del material, que sabían cuántas caletas pequeñas había en Bogotá, la capacidad de la grande, la capacidad de almacenamiento en Cali, en Medellín, en Ibagué...

Tanto en el transporte como en la distribución y almacenamiento participaron ciento seis personas a lo largo de la ciudad. Hablando del interior del Eme, en ese momento la operación parecía un secreto a voces.

En Bogotá hubo gente que recibió armas y las encaletó. Otros dijeron que tenían caleta, pero no las tenían y las escondieron.

Otros carros recogían más armamento en el mismo gallinero y transportaban hasta la caleta grande del barrio Prado Pinzón donde quedó almacenada la inmensa mayoría del armamento. En ese punto, el último equipo engrasaba las piezas hasta donde podía y las acomodaba dentro del gran sótano. Allí se emplearon cincuenta y cinco galones de vaselina, pero esa cantidad no alcanzó para embadurnarlas a todas, de manera que una parte del arsenal quedó desprotegida contra la humedad.

CARLOS ERAZO.- Hacia las diez de la mañana, con el equipo de acetileno, rompimos la malla del segundo compartimiento restringido. Allí había armas de precisión. Si mal no recuerdo, eran calibre cinco cincuenta y seis. Armas de competencia, todas con mira telescópica. Algunas estaban recostadas contra la pared y la mayoría sobre las cajas de icopor, totalmente nuevas. Se sacó también todo el parque que había en ese sitio... Ahí también encontramos unos binóculos.

ISIDRO- Doce del día. Rafael había contado hasta ese momento seis mil armas despachadas. Definitivamente, la fecha era muy apta para esta operación: fin de año, Año Nuevo, la seguridad de la ciudad estaba en el suelo, todo el mundo adormilado y acusando los estragos de la fiesta de la noche anterior. Por eso se rompieron rutinas como la de la camioneta entrando y saliendo sólo una vez con cada turno de centinelas del Ejército y saliendo cada hora, como ya dije, super cargada para ahorrar viajes.





A las tres de la tarde se informó que estábamos por las siete mil doscientas armas sacadas de la Ballena y dijimos: "Se acabó. No más", porque había una capacidad de almacenamiento que conocíamos y un problema de seguridad por la hora del día.

Eran siete mil doscientas armas conseguidas sin disparar un solo tiro, sin darle muerte a nadie, en una época en la cual los que se querían armar mataban a un policía o a un celador para robarle un revólver... Se hubiera podido sacar más, pero eso había que pararlo. Es que Bateman amplió la cuota de dos mil a cuatro mil. Cuando llegamos a cuatro mil se le avisó y dijo: "Bueno, que sean seis mil". Cuando llegamos a seis mil dijo: -Mil más. Solamente mil más. Ni una más. En ese momento él y Fayad se retiraron y se rompió el contacto con ellos.

RAFAEL-Sacábamos costalados de armas: pistolas, revólveres, fusiles, ametralladoras Ingram. A esa hora la gente "gritaba" a media voz: "Ahí va un M-I, no más revólveres, pase metralletas y munición". Y cuente y cuente armas, cargue y reparta. Perdimos las proporciones. Creo que sacamos un poco más de siete mil, pero el boletín que se iba a repartir a la prensa ya estaba en impresión y salió con la cifra de cinco mil, que en el momento de calcular nos parecían demasiadas. El dato de dos meses atrás, según el cual en el depósito había diez mil, era cierto. Dejamos una buena cantidad en ese lugar porque no nos alcanzó el tiempo para más.

CARLOS ERAZO- Estábamos sacando parque y a media tarde se nos ordenó suspender. Al parecer los sitios de recepción del armamento allá afuera estaban totalmente colmados, rebosando de fierros, pero nosotros no salimos inmediatamente sino que volvimos a hacer una inspección, a recorrer el sitio a ver qué había quedado y lo que más nos llamaba la atención eran cajas y cajas inmensas, imposibles de destapar en ese momento.

Como a las tres y media comenzamos a pintar el sitio. Empezamos por los cañones, unos cañones grandísimos verdes con dos ruedas gigantescas a los que les colocamos "M-I9". Ahí nos encapuchamos y nos tomamos fotos. Recuerdo que alguien alcanzó dos banderas gigantescas. Una era de unos veinte o treinta metros de largo del M-I9 y otra de Colombia, igual de grande; sacaron unas escaleras y las colocaron en uno de los costados de la Ballena y todos nosotros posamos frente a ellas. Trajeron más aerosoles y la gente se dedicó a pintarlo todo, todo, con letreros de la Organización. Allí, durante los últimos días, hubo alguien filmando una película de la entrada, de la sacada de armas, de cada paso que se daba y a esa hora también llegaron y filmaron esa locura.

Se nos fue mucho tiempo en las pintas, en las fotos y en la filmación, colocando banderines pequeños del M-19 aquí y allá. Recuerdo que le pusimos banderines a los cañones, a las cajas, a la malla, a la puerta de acero, a la boca de muchas de las armas que se nos quedaban allá adentro, y a eso de las siete de la noche del primero de enero nos retiramos.





ISIDRO.- Mientras tanto -serían las cinco- se tomaron en la casa fotografías de partes del arsenal para enviarle a la prensa, y Rafael, bañado y estrenando vestido, dijo que quería posar sin capucha para el fotógrafo. Era material para enviarle a la prensa al día siguiente; después de las fotos, algunos empezaron a estampar letreros con atomizadores, pensando en la llegada de la prensa: encima de la boca del túnel una flecha grande, en las paredes del garaje, que se dejó entreabierto, otras flechas para quiarlos hasta la boca del túnel, que también fue dejada abierta. En esa época estaba en su furor una serie cómica mexicana: "El Chapulín Colorado" y alguien escribió su frase clásica sobre otra pared: "Síganme los buenos - M-19". "No contaban con nuestra astucia - M-19". "Feliz Año Nuevo con armas para el pueblo - M-19". Una vez terminado ese maquillaje, quedó la consigna de llamar a los diarios y a las emisoras al día siguiente, muy temprano, para decirles que quedaba la puerta abierta. Que vinieran. Que había algo espectacular. Y, ¿sabe una cosa? No vino ningún periodista a constatar.

CARLOS ERAZO- Cuando llegamos, la casa estaba semivacía. Ya la habían pintado con aerosoles, igual que adentro de la Ballena que quedó totalmente embadurnada de letreros y con ese par de banderas tan escandalosas en su sitio y esa cantidad de banderines por todos lados.

Una vez allí nos bañamos, nos pusimos la ropa que habíamos traído inicialmente y la otra la ordenamos muy bien, la colocamos en las alacenas y en las canastas, organizamos los muebles lo mejor que pudimos y acomodamos las cositas que se quedaban.

Los últimos que salimos fuimos tres, no recuerdo exactamente quiénes. Lo hicimos sobre las ocho de la noche, tal como se nos dijo, por la puerta del garaje, la que ajustamos con unos papeles, cosa que quedara bien cerrada pero no asegurada, y empezamos a caminar con lentitud, haciéndonos los desprevenidos, pero en el fondo angustiados por semejante movimiento y tanto ruido y despelote que hubo en esa casa, pues pensábamos que ahora podían darse cuenta al verla en silencio. La noche era oscura y no había muy buena iluminación. Atravesamos la acera de la guamición militar, llegamos a la Carrera Séptima y, frente a la puerta de la Brigada, esperamos cada uno un bus que lo llevara a su casa, porque no teníamos ni un centavo más. En esa época andábamos pelados y no teníamos ni para comprar un refresco. Mucho menos para tomar un taxi. Había que irse en bus, a las diez de la noche de un primero de enero, con la ciudad totalmente desocupada, con ese frío, con hambre -a esa hora- pero con una felicidad increíble. No pasaban buses, no pasaban busetas. No cruzaba nada por allí. Tal vez a la media hora apareció uno. Lo cogió uno de los compañeros. A la otra media hora, otro. Se fue el segundo. Llegué a mi casa a la media noche, completamente aturdido, cansado, agotado. La ciudad estaba desierta.





ISIDRO.- A las seis de la tarde recogí parte de los invitados a la fiesta de Año Nuevo y los fui repartiendo, dejándolos cerca de sus líneas de bus según el destino: los de Cali y Anchicayá, los de Medellín, los del Huila. Rafael repartió al resto. Creo que yo saqué a unos ocho. Único viaje.

Luego hubo que coordinar muchas cosas: muchísimas cosas, el transporte de las últimas armas, las caletas, la casa gallinero, el despacho final hacia la caleta grande y en eso se esfumó otra noche.

A la última que llevé fue a "Elisa", la del teléfono. La dejé en la calle cuarenta y tres con Avenida Caracas, cerca a un desayunadero, y vi que una vez estuvo en la calle empezó a trasbocar, a devolver yo no sé qué, porque no había comido ni bebido nada ese día ni esa noche. Era el resultado de tanta tensión nerviosa, de tanta ansiedad retenida durante tanto tiempo y que esas últimas noches se había acumulado con el final de la operación.

(Tengo la idea de que ella murió en el accidente aéreo con Bateman. Era una mujer de una inteligencia muy grande, muy valiosa, de una capacidad inmensa, tanto en lo político como en lo humano. Después me enteré de que ella había sido profesora en el Valle.)

Tan pronto ella se repuso un poco, arranqué. En ese momento estaba clareando y me dirigí a la casa de mi compañera. Cuando llegué, había amanecido.

La "Operación Colombia", como fue denominada por los insurgentes el robo y distribución de las armas del Cantón, culminó ese día con una orden perentoria: salir de Bogotá unos y los mandos salir del país, sine qua non no podría garantizarse el éxito del operativo revolucionario y la integridad de las doscientas o más personas que participaron en la operación: Rafael Arteaga, Esther Morón y sus dos hijos salieron rumbo a Panamá; Jaime Bateman estuvo durante algunos días moviéndose entre una finca y la ciudad de Cali; a una escuela de entrenamiento militar en el Cauca se trasladó Álvaro Fayad y casi la totalidad del comando regional del Valle; allí también llegó Antonio Navarro, Adíela Osorio y Jaime Perea, entre otros. A su casa en Cali regresó Iván Marino Ospina, en tanto que Carlos Duplat, quien debería salir inmediatamente del país, se quedó en Bogotá. De ahí que el "Comandante Pablo" - Jaime Batemanobservase con el tiempo acerca de los errores cometidos en ese operativo lo siguiente: "...ahora sabemos que fueron errores de organización. No compartimentamos. Es decir, unos debían sacar armas, otros, diferentes (sin conexión con los anteriores), debían transportarlas y un tercer equipo, que no conocía a los dos anteriores, debía guardarlas. Ese fue nuestro error y lo pagamos duro".

Y el Comandante Pablo tenía razón. En efecto, si el Ejército y sus aparatos de inteligencia capturan a "Isidro", el fracaso del operativo y la organización misma del M-19 estaría en la mira de los fusiles; y es que "Isidro" fue el único que supo todos los pasos del operativo: tenía el enlace con la Dirección, era el responsable de la construcción del





túnel y, el error más grande: Duplat también era el responsable de la construcción y ubicación de la más importante de las caletas y de otras pequeñas pero significativas.

Tal vez esa inocencia del Eme para "compartimentarlo" todo menos a la persona indicada y que la misma no se hubiera ido del país era lo que llamaba Jaime Bateman como la "pureza en chanclas". Pero esa "pureza en chanclas" terminaría a los "coñazos". El Eme, a partir del dos de enero, enfrentaría la más feroz y vulgar arremetida del Ejército Nacional. Fue desproporcionada la respuesta del Estado, como desproporcionado el golpe de los guerrilleros que apenas iban por mil armas y terminaron sacando siete mil. Pareciera -dijeron algunos- que el Eme pecaba de ingenuidad pues nunca calcularon lo que se les venía encima y es que la mayoría de la organización era un grupo de jóvenes pequeño-burgueses que aún vivían en sus casas de familia y jugaban a la guerra, pero lo hacían bien, y de pronto asumieron la responsabilidad de un golpe militar y político impensable.

GUSTAVO PETRO-A partir de la tortura se creó una organización capaz de resistir cualquier cosa. La tortura fue nuestra prueba de fuego.

MARTES 2 DE ENERO DE 1979

Entre las siete y las nueve de la mañana de ese martes, en las salas de redacción del diario El *Tiempo* y *El Espectador* se comenzaron a recibir extrañas llamadas: una voz masculina decía que en la Carrera Once B, frente al Cantón Norte, había una gran primicia; que la casa en mención estaba abierta para que se llevaran una sorpresa. A esa misma hora el Ejército acordonaba el lugar y se daba la alarma general en las instalaciones del Grupo Rincón Quiñones, donde se encuentra la Ballena.

9 a.m. Dos periodistas y sus fotógrafos de los periódicos *El Tiempo* y El *Espectador* se movilizaron a la dirección mencionada pero no lograron penetrar a la edificación por cuanto hallaron que el sector estaba acordonado por tropas del Ejército. La noticia empieza a tomar cuerpo en las redacciones y las alarmas y el sentido del olfato de los periodistas en Bogotá se agudiza. "Algo está pasando".

9:30 a.m. (Instalaciones del diario El *Espectador.)* La misma voz que anuncia una primicia en la guarnición militar de Usaquén, al norte de Bogotá, se comunica nuevamente. Los redactores están pendientes de esa llamada, se establece que es de parte del M-19 y el autor de la misma informa que en la cisterna de uno de los sanitarios del restaurante y





cafetería "La Romana", ubicado a pocos metros del antiguo edificio del periódico El *Tiempo*, se podría encontrar material importante relacionado con el golpe del movimiento subversivo.

El informe resultó verídico, pues al presentarse uno de los redactores y revisar la cisterna del sanitario señalado, halló un sobre con dos fotografías y un ejemplar del boletín del M-19 número 37, de enero de 1979, en el cual se daba cuenta del golpe. En una de las fotografías aparece un individuo con el rostro descubierto sosteniendo en su mano derecha, apoyada la culata contra su cadera, un fusil que al parecer es el mismo al que se refiere el texto escrito, es decir, el que tenía el cura Camilo Torres cuando murió en Patiocemento. La segunda gráfica muestra parte de las diversas armas sustraídas de los depósitos del Grupo Rincón Quiñones mediante la excavación de un túnel.

10 a.m.- La noticia se difunde como pólvora en los diferentes medios de comunicación; el Gobierno aún no se pronuncia, tampoco desmiente ni confirma la información. Faltando un cuarto para las once de la mañana la noticia revienta públicamente: ¡Extra, extra, noticia extraordinaria!, rompen las emisoras de alcance nacional la programación habitual y la lanzan.

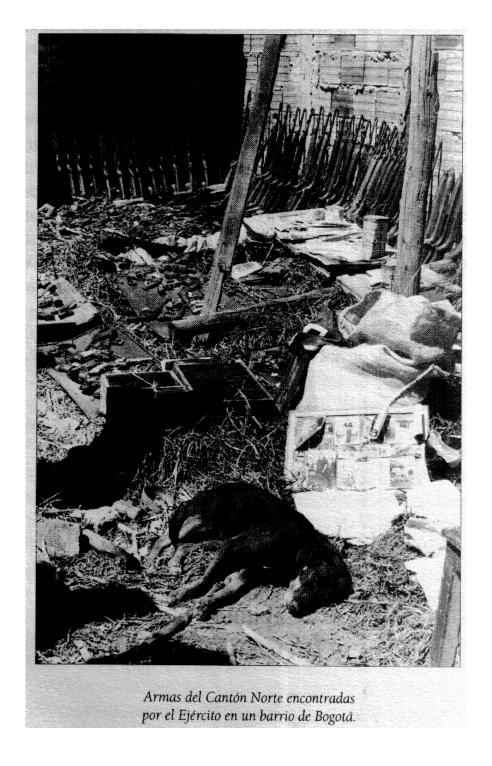
...El M-19 se sustrajo un número incalculable de armas de las instalaciones militares del Cantón Norte. Repetimos: el M-19 acaba de darle un duro golpe al Ejército Nacional con el robo de un número incalculable de armas...

La prensa fue escéptica durante los primeros minutos de lo sucedido y no le daba total crédito a la información del boletín número 37 del movimiento subversivo, en tanto el alboroto era total frente a las instalaciones militares: prensa, radio y televisión se volcaban al lugar, corresponsales extranjeros hacían lo mismo, seguidos por una turba de curiosos que con el paso de los minutos se iba convirtiendo en multitud; la tropa corría de un lugar a otro y diferentes oficiales gesticulaban ensayando órdenes que se convertían en gritos.





Capítulo 4 "LA CACERÍA







aulatinamente se van conociendo detalles del robo y lo que más llamó la atención del pueblo en general fue una de las consignas que estaba lanzando el M-19, en llamadas anónimas a los medios y que también dejaron escritas con letras gigantes y de aerosol en las paredes del Cantón. Con ella le respondían al general Luis Carlos Camacho Leyva su proclama de que todo ciudadano debía armarse:

Todo ciudadano debe armarse y luego la leyenda del M-19 respondiendo: ¡Ylo hicimos!
Para rematar con la frase: Cinco mil armas para el pueblo.

La plana mayor de las Fuerzas Armadas se reúne de urgencia en el Comando del Ejército, en las instalaciones del Centro Administrativo Nacional, CAN, convocadas por el ministro de la Defensa, general Camacho Leyva. La noticia comienza a darle la vuelta al mundo y es despachada por la agencia UPI:

Bogotá, 2-UPI. -Los jefes de las Fuerzas Militares con sede en Bogotá se reunieron hoy en forma urgente para estudiar conjuntamente la situación presentada a raíz del asalto por el proscrito grupo subversivo M-19 contra una dependencia del Ejército.

YAMEL RIAÑO.- Yo tenía un carro cuando fui asignado a Île de France y en él me fui de curioso hacia el Cantón tan pronto se supo la noticia. Todo el país se paralizó. Bogotá se estremeció con la noticia del robo de las armas, y el Cantón se llenó de curiosos, las gentes alrededor del radio seguían la noticia y la gente incrédula pensaba que era imposible que fuera cierta semejante osadía... Prácticamente el comunicado fue una respuesta a los generales, les dijimos que nos armamos en respuesta a ellos y eso fue lo que la gente asumió, ese humor, ese toque de humor. La gente decía estos h.p. "tan aviones"...

Ese es el momento en que se rompen los lazos con el Ejército. Yo, personalmente, pienso que pudo ser un error, nosotros no imaginábamos ni evaluábamos ni teníamos la información del gran prestigio del que gozábamos dentro del Ejército. En el tiempo de mis torturas me repetían oficiales, como Roca Michael: "Ustedes por qué nos hicieron eso, no sabían cuánta simpatía tenían al interior de la institución".





De la reunión de los generales en el Comando del Ejército salieron órdenes perentorias y radicales para la oficialidad de las Fuerzas Armadas en todo el país cuyos resultados se verían ese dos de enero, a escasas horas de cometerse el robo. El Ejército utilizó las pocas pistas que tenía de tiempo atrás sobre las andanzas del M-19 y de la izquierda en general. Pero a los datos de sus archivos agregó la eficacia del amedrentamiento indiscriminado que, a tientas, fue muy útil para la recuperación de las armas en tan poco tiempo.

La prensa se engolosinó con la espectacularidad del robo y sus curiosos detalles. Esa entretención no le dio espacio para darse cuenta de que esa misma tarde comenzaba una arremetida tremenda que implicaba arrestos masivos en la capital y todo el país. Se volvió norma el sigilo y la rapidez con que el Ejército allanaba y capturaba, hechos que apenas si se conocían al siguiente día o casi siempre con varios días de demora, y no pocas veces sin saberse nunca de la suerte de los capturados.

YAMEL RIAÑO.- Ese mismo día cayó la columna que dirigía "El Ciego" (Augusto Lara), cuyo aparato de dirección intermedia había sido infiltrado por el Ejército varios meses atrás, desde cuando seguía sus movimientos. Esto no estaba previsto por el Eme.

En el barrio Lucerna fue tomada por el Ejército la casa de Heliodoro Arguello; en ella funcionaba una cárcel del pueblo del M-19 donde se encontraba secuestrado Nicolás Escobar Soto, directivo del Banco de Colombia y gerente de la Texas. El M-19 negociaba la libertad de Escobar, en su poder desde el 29 de mayo de 1978. Secuestradores y secuestrado murieron en el operativo; militantes del M-19 cuentan que en el lugar de los hechos Arguello fue torturado hasta morir, no sin antes revelar el mecanismo para descender a la cárcel del pueblo, un socavón a 13 metros bajo tierra y cuyo acceso era un sofisticado ascensor secreto. Inteligencia militar, antes de entrar al socavón, lanza una granada que mata a Escobar y a los dos jóvenes que lo cuidaban.

MIÉRCOLES 3 DE ENERO DE 1979

La prensa de la capital destacó en sus primeras planas y a grandes titulares el espectacular asalto.

El Espectador-Gran robo de armas del M-19 al Ejército. El fusil de Camilo Torres, entre los elementos sustraídos. Abrieron túnel de 75 metros.

El Tiempo- En uno de los más audaces golpes que haya dado nunca la guerrilla urbana en América Latina el movimiento M-19 consiguió penetrar, a través de un túnel subterráneo, a una de las guarniciones del Ejército en Bogotá y sustraer más de cinco mil armas, muchas de ellas sin estrenar. Carlos Toledo Plata, ex parlamentario anapista, y





de quien se estableció que había regresado hace pocos días de Nicaragua y Argelia, se autoproclamó como autor intelectual de la audaz incursión y como cabeza visible del M-19.

El Espectador-Para sustraer la enorme cantidad de armamento los autores, de lo que se constituye la más audaz acción del mencionado movimiento subversivo, excavaron un túnel de 75 metros de largo que se inició en una residencia situada al occidente de las instalaciones de la citada repartición militar y que terminó en el propio recinto en donde eran almacenadas infinidad de armas, especialmente las decomisadas por el Ejército Nacional en diferentes operaciones de orden público.

El Tiempo- El túnel se encuentra bajo una marquesina morada y tiene un diámetro aproximado de un metro. Según versiones militares, los integrantes del M-19 empataron el túnel con enormes tubos de la red de alcantarillado a través de la cual llegaron hasta el depósito general del Ejército.

El Espectador- Aunque ayer en horas de la tarde las autoridades militares aún no habían suministrado datos oficiales sobre el cinematográfico golpe, un comunicado emitido por el propio M-19 indica que entre las armas sustraídas figura el fusil que portaba el sacerdote-guerrillero Camilo Torres Restrepo cuando perdió la vida en combate con el Ejército regular en el sitio de Patiocemento, selvática región del departamento de Santander. La casa desde la cual operaron los sediciosos, para excavar el prolongado túnel que les permitió la insólita sustracción, está situada en el barrio Francisco Miranda, más exactamente en el número 103-31 de la carrera 1 IB, al frente, por el occidente, del muro que cierra las instalaciones militares.

El *Tiempo*- Esa casa se encuentra situada casi en la mitad de la cuadra que tiene acceso en carro sólo por el lado norte. Por el costado sur se halla a unos 50 metros de una garita donde permanentemente hay un soldado prestando servicio de vigilancia, equipado con un aparato de radioteléfono. Al costado norte, a unos 30 metros, está la otra garita y los autores del robo construyeron el túnel en línea recta, es decir, por en medio de las dos casetas de vigilancia.

El Espectador- La residencia había sido tomada en alquiler desde hacía cerca de cinco meses, inclusive sus ocupantes habían planteado al propietario la posibilidad de comprársela.

Los vecinos del sector habían advertido que los arrendatarios del inmueble se movilizaban en una camioneta, vehículo este que muy seguramente les sirvió para sacar parte de la tierra procedente de las excavaciones que hubieron de hacer para llegar a su fondo de los depósitos de material de guerra.





El Tiempo- La pareja de arrendatarios no sólo pagó cumplidamente las mensualidades sino que resultó ser modelo de vecinos cordiales y atentos. Apenas acusaron unos pocos rasgos molestos durante el tiempo de ocupación de la casa: en primer lugar, eran frecuentemente visitados por amigos que llegaban y salían constantemente y en distintos vehículos. Además, escuchaban televisión o radio a todo volumen hasta altas horas de la noche y finalmente colgaban numerosos cuadros, a juzgar por el martilleo que a veces escuchaban los vecinos. Nada de ello, sin embargo, parecía extraño pues se trataba de ruidos normales de quienes empiezan a instalarse en una nueva residencia.

BOLETÍN No. 37 del M-19. -Con inmensa alegría comunicamos al pueblo colombiano que entre las armas recuperadas se encuentra el fusil que fuera del cura Camilo Torres Restrepo y que desde hoy, con la espada de Bolívar, acompañará nuestras luchas.

El Espectador- No se explica cómo el M-19, siendo tan auténtico el comunicado y las fotografías enviadas a este diario, permitió que la fotografía de uno de sus supuestos integrantes apareciera en una de ellas con la cara descubierta, hecho éste que sin duda servirá para identificarlo.

Otro detalle extraño observado en el boletín elaborado en máquina litográfica multilith es que viene firmado por tres personas, en lo que constituye la primera vez que el movimiento sedicioso en cuestión revela nombres de sus componentes. En efecto, en la parte final del escrito de cuatro páginas pequeñas aparecen, después de la frase "por el Comando Superior", los nombres de Carlos Toledo Plata, conocido político y congresista santandereano, Pablo García y Felipe González, quienes necesariamente tendrán que entrar a la clandestinidad por haber reconocido que son miembros del proscrito Movimiento 19 de Abril.

El Espectador.- Ningún comentario del gobierno.

-El Gobierno Nacional se ha abstenido hasta ahora de formular comentarios en torno al nuevo golpe del M-19 y los emplazamientos que dicha organización subversiva hace en el comunicado distribuido a los medios de comunicación. El Espectador trató de obtener un pronunciamiento del Palacio de San Carlos, del Ministerio de Gobierno, del Ministerio de Defensa o del Ministerio de Justicia, pero en todas las dependencias del Gobierno se guarda total hermetismo.

Como consecuencia de las torturas, la columna que dirige Augusto Lara revela los posibles paraderos de "El Ciego". No pasaron muchas horas cuando fue detenido en la madrugada del 3 de enero junto con su cuñado Rafael Polo Cabarca y su sobrino el niño Carlos Augusto Polo Lara, por parte de los servicios secretos del Ejército que





allanaron la casa de su madre anciana, a la cual intimidaron, lo mismo que a los niños que allí se hallaban. Ingenuo Lara (¿la pureza en chanclas?), si pensaba que la casa de su madre podría ser refugio idóneo ante la acometida del Ejército.

Pero Augusto Lara era un viejo luchador, muchas veces detenido por razones políticas, participante en cuanta conspiración había. Una noche, durante el gobierno de Carlos Lleras, el Ejército le allana la casa y se lo lleva preso junto con su esposa de nacionalidad checa, y la niñera, dejando a la hija recién nacida en medio de la soledad de su cuna. Liberada la esposa, a los ocho días regresa a la residencia para encontrarse con el drama de su niña muerta... ¡de inanición!

Pero pasan los años, y luego de los muchos encarcelamientos y torturas a que es sometido como dirigente del M-19, se crea la Comisión de Paz que en el ocaso del gobierno de Turbay preside Carlos Lleras Restrepo. Le corresponde a Augusto Lara asistir como delegado del M-19 a entablar los diálogos con el ex presidente Lleras quien, mirándolo de soslayo, le comenta:

- -Me parece haber oído su nombre, señor Lara...
- -Claro que lo tiene que haber oído -repone Augusto- pues usted, señor presidente, me debe una hija, y Lara le recuerda minuciosamente la luctuosa anécdota de su niña muerta.

El silencio obstinado de "El Ciego" Lara, a fin de evitar la delación de sus compañeros, hace que la represión lo convierta en el preso más torturado en la historia de Colombia por parte de los interrogadores militares, tal cual lo afirma Luis Carlos Galán Sarmiento en su relatoría para el primer Foro Nacional por los Derechos Humanos, celebrado en Bogotá el 30 de marzo de ese año. La Cruz Roja Internacional realizó, a finales del mes de enero de 1979, una visita oficial, atendiendo un clamor nacional, con el fin de examinar a los detenidos y Lara Sánchez clamó a los visitantes para que entrevistaran a Olga López. Una vez se retiraron los delegados de la Cruz Roja, el coronel San Miguel le infligió tal golpiza que hubo necesidad de hospitalizarlo.

Años después, y ya amnistiado, aparece su cuerpo con un disparo ritual sobre la nuca en el mismo sitio donde en 1974 el M-19 dejara abandonado el cadáver de José Raquel Mercado con un tiro en el corazón.

La persecución no se concentró tan sólo en los posibles activistas del M-19: cubrió todos los campos de la izquierda, los artistas, los intelectuales, los académicos y universitarios, los trabajadores comunes y corrientes, los humildes campesinos, y hasta los empleados de empresas y familiares de cuanta persona tenía qué ver con el robo de las armas. Tal el caso de Jaime Arteaga, hermano de Rafael Arteaga, quien según el relato





de sus hermanos Álvaro y Beatriz (también detenidos arbitrariamente), el tres de enero se presentó voluntariamente ante las autoridades militares de Tolemaida y que, pese a padecer una hipertrofia ventricular, le impedía las alturas de Bogotá, los grandes esfuerzos y las emociones fuertes, es trasladado esa misma tarde a la Brigada de la capital donde se le vendó, se le sometió al plantón, a la vigilia, al ayuno, a la intimidación psicológica y al interrogatorio continuo.

JAIME ARTEAGA. -Fui conducido a una sala donde las paredes estaban manchadas de sangre y por el suelo había regadas gasas impregnadas de ella. Salvé la vida cuando, en uno de mis desmayos, un médico militar ordenó mi inmediata reclusión en el Hospital Militar. Allí señalé ante un médico de apellido Ordóñez y varias enfermeras que agentes de Inteligencia del Ejército hicieron simulacros de botarme por la ventana del cuarto donde convalecía y en otras ocasiones intentaron quitarme la aguja del suero que me fue formulado. Todo lo anterior para que dijera dónde estaba mi hermano Rafael.

JUEVES 4 DE ENERO

El *Tiempo*- Hallan cárcel del pueblo. Asesinado Nicolás Escobar Soto. Ayer fue descubierta una siniestra cárcel del pueblo en el fondo de la tierra, mientras el Ejército buscaba el arsenal robado a sus instalaciones.

La siniestra cárcel del pueblo era del proscrito movimiento M-19. Se trata de un profundo socavón ubicado siete metros bajo tierra. Allí aparecieron muertos ayer el presidente de la Texas Petroleum Nicolás Escobar Soto y tres de sus guardianes y fue hallado por los servicios de inteligencia en un impresionante operativo que duro más de 18 horas.

El sensacional hallazgo en Bogotá se produjo 24 horas después del robo de más de cinco mil armas al Ejército.

El *Espectador*- Escobar Soto murió luego de siete meses y cinco días de cautiverio. Un informante no identificado indicó que en el número 71-03 de la calle 38F Sur había posiblemente pistas sobre el movimiento M-19 y las cinco mil armas que robaron por lo cual se decidió allanar la edificación que fue rodeada desde la madrugada.

El *Tiempo-..* .Se supo que la casa estaba bajo vigilancia desde hacía varios meses por parte del Ejército y que una vez se produjo el robo de armas las autoridades comenzaron por allí la serie de allanamientos en busca del arsenal perdido. A éste, se informó, siguieron algo más de quinientos allanamientos.





El sitio del hallazgo es una casa todavía en obra negra, por la parte exterior con una plancha proyectada para construir sobre ella una segunda planta. Sus puertas están reforzadas con rejas de hierro que se ven oxidadas y con restos de pintura gris. La única ventana de la residencia está sellada con ladrillo y cemento. La apariencia exterior es bastante humilde, en contraste con las complicadas instalaciones interiores que debieron costar una verdadera fortuna.

El Espectador- El inspector del barrio dijo también que un complicado sistema óptico de espejos que cubrían la extensión de la "cárcel del pueblo", había permitido a los dos secuestradores vigilantes percibir la presencia del agente secreto y el delincuente Arguello logrando disparar a tiempo para matarlo.

El Tiempo- Los sistemas para entrar allí estaban controlados por técnicos sistemas mecánicos que se manejaban por medio de un complicado sistema de resortes y de losas movedizas; para penetrar a la "cárcel del pueblo" había que encontrar entre los centenares de baldosines blancos que cubrían una pared uno que tenía movimiento giratorio. Al moverse este baldosín quedaban varios botones al descubierto. Al ser accionados en determinado orden se desaseguraba una parte del muro, también giratorio, que se movía al halar de dos argollas colocadas en los extremos. Una vez removida esa parte de la pared quedaba espacio suficiente para el paso de una persona.

Al trasponer ese espacio, quien entraba se encontraba inmediatamente sobre la plataforma de un ascensor que bajaba siete metros. Un resorte, colocado estratégicamente, aflojaba una de las argollas y este movimiento permitía accionar y hacer a un lado la plancha.

Cuando se necesitaba entrar al sitio del cautiverio tenía que penetrar por la claraboya y llegaban al ascensor de compensación de peso que por medio de cables, que tenían que ser halados a mano, lo hacían descender hasta el sótano donde se encuentra una ventanilla de aproximadamente 80 centímetros de alto por 30 de ancho recubierta de icopor y suficiente para que penetre una persona de estatura normal.

Después de trasponer la mencionada ventanilla se llega a dos habitaciones que servían como dormitorios para los centinelas. Están localizadas a los costados y al frente de un baño que cuenta con calentador de agua.

La celda para los cautivos está en la parte más profunda del túnel y cerrada por un enmallamiento de acero con varios candados. El cautivo se encuentra a la vista de quienes lo vigilan.





VIERNES 5 DE ENERO DE 1979

Continúa la cacería. Los organismos secretos encarrilan sus pesquisas tras los facultativos de medicina, sobre todo "si éstos son egresados de la Universidad Nacional", pues ya han obtenido información acerca de la asistencia médica con la que contaron quienes el fin de año trabajaron en la desocupación del galpón de las armas del Cantón Norte, por cuenta del M-19.

Así fue como el galeno Emiro Mora fue detenido el viernes 5 de enero y entre las atrocidades de que fue víctima, aparte de los golpes brutales en todo el cuerpo y en especial en los testículos, le fue introducido un palo de escoba por el recto hasta tal punto que un hijo, cuando pudo ir a visitarlo, apenas lo reconoció pasado un largo rato pues su apariencia era la de un idiotizado como por efecto de alguna droga. En una oportunidad lo mantuvieron varias horas en cuclillas y cuando intentó cambiar de posición se dio cuenta de que estaba rodeado de objetos punzantes; como todos los detenidos, ha permanecido vendado todo el tiempo.

Las irregularidades cometidas por los organismos secretos del Ejército no han respetado ni siquiera a la niñez: detuvieron a Edwin Medina Baracaldo, de 9 años, y a Carlos Fernando Medina, de 11 años; otro tanto ocurrió con la hija de la médica Olga López de Roldan, Olga Helena, niña de 5 años a quien, detenida junto con su madre, se le grababa para torturar psicológicamente a su progenitora.

EMA.- Me entero por la prensa de lo que está pasando. No vuelvo a recibir órdenes de mis superiores quienes el primero de enero desaparecen. Por teléfono recibo indicaciones según las cuales debo salir inmediatamente de la casa.

SÁBADO 6 DE ENERO DE 1979

El Tiempo- Ayer en un allanamiento unidades del Ejército encontraron granadas, gases lacrimógenos, uniformes militares, botas de campaña y propaganda perteneciente al M-19 ocultos en un socavón en la residencia ubicada en la calle 161A número 36-24. Fueron detenidas 4 personas. La miserable construcción donde se hizo el decomiso tiene la más candorosa apariencia. La puerta de entrada es un marco de madera cubierto por latas y a la izquierda está instalado un pequeño gallinero con menos de diez aves. Cuando El Tiempo llegó allí, en compañía de un alto oficial de la Brigada de Institutos Militares, fue recibido por una anciana, persona con apariencia benévola de tierna abuela y maneras inocentes. Cuando el oficial le preguntó por el túnel donde habían encontrado los pertrechos y los equipos, la señora respondió con una ingenuidad desconcertante: "¿Cuál túnel? ¿El del agua?".

Después de gritarle al oído varias veces la anciana -que debe tener al menos ochenta años- por fin entendió que se trataba del túnel clandestino y condujo hasta él a





los periodistas y a los militares. En el patio de la cásalo te, un niño de 5 años jugaba con un carrito desbaratado. El detalle que produjo sonrisas compasivas entre quienes visitaban la casa de los subversivos, fue la airada protesta de la anciana quien en forma enérgica reclamó al oficial por los daños que hizo la tropa en el techo de su pieza, donde en busca de más armamento fueron rotos varios listones de madera.

DOMINGO 7 DE ENERO DE 1979

El Espectador-Instructor del SENA, el autor del túnel.

Como Rafael Arteaga Giraldo, instructor del SENA, fue identificado el hombre que apareció en una de las fotografías distribuidas por el M-19.

LUNES 8 DE ENERO DE 1979

El Espectador-Setenta detenidos en torno al robo de las armas del Ejército.

En cumplimiento de las tensas y permanentes pesquisas, buscando las armas, han sido capturadas hasta el momento 135 personas de las cuales 65 fueron puestas en libertad. Setenta continúan a órdenes de los investigadores, según un comunicado oficial del Ejército.

El comunicado dice también que en los primeros nueve días del año se han practicado 94 allanamientos y se ha logrado recuperar parte de las armas. El comunicado niega versiones de prensa según las cuales fueron halladas evidencias de que existieran planes para secuestrar a los embajadores de Estados Unidos, Chile y Guatemala.

ISIDRO.- Corren los días y empiezan a caer presas personas del M-19, pero yo era de una ingenuidad completa sobre todo eso. En la prensa aparecieron los nombres de las personas detenidas, pero ni uno solo de esos nombres los conocía yo aun cuando ahí había personas que si yo hubiera sabido que habían caído me desaparezco inmediatamente. Entre ellas estaba Augusto Lara, pero yo no lo supe o no se publicó a tiempo. Nunca pensé que estuvieran tan cerca de mí porque eran nombres propios y por eso uno no los conoce nunca ya que todo funciona con seudónimos. Y hablaban de profesiones y tampoco, y sentía como que esas capturas no me tocaban y me sentía totalmente tranquilo.





MARTES 9 DE ENERO DE 1979

YAMEL RIAÑO.- A medida que pasaban los días las comunicaciones dentro de la Organización se iban complicando cada vez más; los automáticos no funcionaban y muchos compañeros habían salido de la ciudad. Yo tenía una ventaja: conocía bien a Bogotá y la conocía bajo la forma de la conspiración, pero la militancia no me conocía. Empiezo entonces a mover los "fierros" en una acción maratónica para salvarlos de la acción de las Fuerzas Armadas; más de dos veces fui por una "caleta" y el Ejército había llegado primero y se había llevado las armas o al contrario. No era fácil, pues no existía un solo carro de los nuestros en que pudiéramos confiar pues suponíamos que todos estaban "quemados".

Yo nunca supe dónde estaban las "caletas"; me veía con Luis Otero y Afranio Parra que eran las personas que me decían: "Listo. A las cinco de la tarde en tal dirección" y yo les contestaba: tengan el carro listo y nos vemos en dos horas y aunque discrepábamos porque ellos solicitaban que fueran por lo menos cinco horas, yo insistía en las dos horas porque llegaban los del Ejército y nos jodiamos. Entonces nos poníamos de acuerdo y a las dos horas devolvían el carro cargado, lo revisaba y arrancaba. Por esa razón nunca supe de ninguna caleta, simplemente entregaba un carro.

ENERO 10, 11, 12, 13, 14

Sigue la cacería. El M-19 hace sobre el carretón un balance de pérdidas y ganancias: la prensa informa que por lo menos 30 millones de pesos, representados en propiedades, deja abandonado el M-19 en su precipitada fuga; por lo menos 15 residencias, en distintos lugares de Bogotá ocupadas por el movimiento, quedan abandonadas; en algunas de ellas objetos personales, muebles y enseres son inventariados por los militares. No obstante, en muchos de los lugares allanados no se encuentra objeto alguno pues sus propietarios tuvieron tiempo suficiente para llevárselos consigo. Así mismo, se hicieron otras recuperaciones para los activos del Eme: de las inversiones de Produmédicos y capitales invertidos para el operativo del túnel se salvaron los doscientos mil pesos recuperados de la camioneta, el millón de la casa de Normandía, trescientos mil del Renault 12 y cien mil de una camioneta GMC.

El dueño de casa llegó a creer que la casa y la camioneta se perderían, pero la constancia para tratar de venderlos dio los frutos y entró este dinero que era tan necesario en esos momentos.

Los muebles y electrodomésticos que quedaron en la casa del túnel fueron adquiridos a crédito y en algunos casos no se pagó sino su cuota inicial. Éstos no se evacuaron, no por falta de medios, sino por considerar que podían ser encontrados a terceras personas y por este motivo fueran a caer presas.

Se sacaron los dineros en efectivo de las cajillas de seguridad, bancos y demás, para





ser entregados al Comandante General, con quien Arteaga se entrevistó para rendirle cuentas y entregarle los libros de contabilidad.

En términos de capturas, la prensa informa de 200 personas vinculadas al robo de las armas pero después se sabrá, por las denuncias e investigaciones de la prensa, la Iglesia, los sindicatos, organizaciones populares, que esas cifras no eran confiables sobre todo porque el Ejército utilizaba procedimientos secretos y desaparecía por varias semanas a los detenidos.

El Ejército descubre "cárceles del pueblo" en Bogotá, Cali y otras ciudades; da con algunas de las caletas y recupera las primeras armas sustraídas a la Ballena.

Familiares de las gentes implicadas comienzan a indagar por la suerte de sus parientes desaparecidos en todas las guarniciones del Ejército. Caso especial lo constituye la señora Aurora de Montañez, esposa del ingeniero civil Carlos Montañez Gutiérrez, original propietario de la casa madre del túnel a quien Rafael Arteaga se la compró. Doña Aurora, con varios miembros de su familia, se entrevistó con la prensa para manifestar su protesta por lo que ellos consideran como injusto e inmotivado cautiverio de su cónyuge y por la negativa de las autoridades militares a suministrarle dato alguno sobre su situación y el lugar donde se halla.

La inteligencia militar supuso, en un momento dado de sus múltiples hipótesis investigativas, que el ingeniero Montañez (por ser ingeniero) había construido el túnel antes de hacer la casa y había pavimentado la calzada de la calle de su residencia para darle consistencia al socavón.

Montañez se presentó voluntariamente en la Brigada de Institutos Militares tan pronto estalló el escándalo pero allí nadie dio noticia del paradero a los familiares del ingeniero desaparecido.

El Espectador, 13 de enero.-Ayer fue encontrada una nueva cárcel del pueblo bajo tierra en Cali.

Varios subterráneos fueron construidos por el M-19, uno en finca localizada en región rural, más concretamente en el sitio conocido como Villa Carmelo, y otro en el barrio Nuevo Tequendama, en zona urbana al sur de la ciudad, donde también fue descubierta una cárcel del pueblo que tenía tres celdas y que, según fuentes oficiales, sirvió de prisión. Se produjo la captura de 10 miembros del M-19.

El Tiempo- Como una verdadera obra de ingenio fue calificado el sitio donde el autodenominado M-19 tenía su cárcel del pueblo, construida con todos los implementos indispensables para mantener cautivas a dos personas por el tiempo que se quiera sin despertar sospechas.





Entre las personas capturadas figura una con amplios conocimientos de ingeniería que fue al parecer la encargada de la construcción.

El Espectador- Las patrullas del Ejército llegaron sigilosamente y se encontraron un túnel que los llevó hasta el subterráneo donde estaba el armamento que, de acuerdo con las descripciones y numeración, corresponde al robado en Bogotá: carabinas punto treinta, carabinas veintidós, revólveres de diferentes marcas y calibres y pistolas, para un total de 67. Granadas antitanque, granadas M26, granadas MK2, elementos explosivos, más de 20 mil tiros para todo tipo de armamentos, mechas para bombas molotov, televisor, dos equipos de radio, dos mimeógrafos con planchas listas para elaboración de panfletos.

ENERO 15 DE 1979

ISIDRO.-... el día anterior a la detención estuve en un paseo en La Calera con buenos amigos.

Al día siguiente fui a cumplir una cita con miembros de la Dirección Intermedia que yo tenía bajo mi responsabilidad: Clara, Juan... en la Avenida Primero de Mayo, abajo, cerca a la 68 y cuando llegué al sitio no encontré a nadie y dije: "Miércoles, aquí hay algo raro. Me equivoqué de lugar". Revisé los apuntes que tenía en una pequeña libreta y allí vi que el sitio estaba en el barrio Santa Isabel. No se hallaba muy lejos, ya eran como las nueve y cinco de la mañana, y dije: "Alcanzo a llegar". Salí para allá y llegué corriendo. Normalmente uno toma las medidas de precaución, busca algún buzón que debe haber cerca, chequea que estén las claves convenidas y luego se acerca despacio al lugar, siempre va con cinco o diez minutos de anterioridad y cae en el momento preciso.

Pero yo ese día no chequeé. Si lo hubiera hecho habría visto que no estaba completa la contraseña porque lo que yo sabía era que, en emergencias, la gente entrega la cita pero no lo entrega todo, lo cual le da a la persona que viene un relativo margen de seguridad. Clara, ese día, entregó sólo la hora, el sitio, pero no la contraseña.

Recuerdo que esa mañana llegué frente al Colsubsidio del barrio Santa Isabel; acababan de abrir, había una cola larga y me puse a mirar la cola desde la acera del frente y de pronto se me acercaron cuatro hombres, me rodearon, pidieron papeles y no se me hizo muy raro porque en ese momento había muchas batidas; les mostré los documentos falsos que cargaba encima. Era una cédula que me habían entregado los de seguridad, se las entregué y me preguntaron: "¿Usted qué está haciendo aquí?".





-No. Esperando para entrar a Colsubsidio.

-¿Usted no es Fulano de Tal? -Dijeron mi nombre y pensé: "Carajo, la cosa es aguantar la caña de mi tranquilidad". Vi que estaban dudando de que yo fuera o no el que buscaban y me dijeron: "Acompáñenos un momentico hasta allí". Me llevaron a la vuelta de la esquina, detrás de unos edificios, vi unos autos y entre uno de ellos la cara de Clara y sentí un comen tazo. Dije: "Miércoles. Esta fue. Hasta aquí llegué. No hay nada qué hacer". Inmediatamente vi que estaba totalmente rodeado de gente. Luego supe que en el operativo de mi captura participaron treinta personas: parejas de novios, tal vez algún vendedor ambulante, hombres con cuadernos de estudiante bajo el brazo, pero todos del Servicio de Inteligencia Militar.

Me pusieron contra la pared, me chequearon y me dijeron: "Usted es éste" y me metieron de una vez a una camioneta. Tan pronto caí dentro me cubrieron la cabeza con una cobija y me echaron al piso, boca abajo, en la parte de atrás. En ese momento dije: "Aquí me jodí, voy a tratar de mantener la caña". Obviamente, lo primero que hicieron fue agarrarme la libretica en la cual anotaba citas en forma cifrada, pero de todas maneras había un dato que decía "ley". Inmediatamente supusieron que se refería al Almacén Ley, dieron muchas vueltas y hacia las diez de la mañana se vararon y tuvieron que empujar el auto en que me llevaban y se pusieron a dar vueltas. Me llevaron a un apartamento que yo tenía en la Calle 44 con Carrera Dieciséis que ya había caído, no sé por qué razón. Allí habían encontrado sólo unos folletines, pero nada comprometedor.

Después arrancamos para un Almacén Ley del centro de la ciudad, pues ellos creyeron que la cita anotada en la libreta era allí. Y no era allí. Mientras tanto yo trataba de establecer en manos de quién estaba. En ese momento ellos no se habían puesto agresivos y traté de darme cuenta de que eran del Ejército por el tipo de preguntas y por las alusiones que hacían al Cantón y pensé: "Bueno, menos mal que estoy en manos del Ejército y no de la Policía". Qué tonto.

La cita era a las once de la mañana con Bateman y otros miembros de la Dirección Regional, como Luis Otero, y con el senador zipaquireño... para decidir una serie de cosas: el reparto de unas armas y el plan que se iba a seguir en los dos meses siguientes porque toda la gente iba a dispersarse. Cuando me llevaron al Almacén Ley del centro de la ciudad en cierta forma me tranquilicé porque la cita real era en el Ley del barrio Sears. Me tranquilicé, digo, porque pensé: "No va a ser tan grave la cosa, el asunto es dar tiempo para que la gente se prevenga".

Una de las consignas que le enseñan a uno es que cuando sea capturado, para evitar cualquier desaparición, grite el nombre y diga que está detenido y que les avisen a los familiares que lo detuvieron. Entonces yo dije, en lugar de gritar una cosa así al





aire, se lo digo a alguien. Y busqué entre la gente a quién decírselo. Porque a mí me colocaron frente al Ley y tendieron en torno a mí una cortina de seguridad. Discretos, formando parejas, pero eso estaba lleno de B2. Vi venir a un cura como de unos sesenta años y dije, éste es, y me le fui encima y le dije:

-Padre, yo soy Fulano de Tal, me acaban de detener, dígale a mi familia que estoy detenido por el Ejército, y me contestó:

-Que ¿qué? Que ¿qué?

-Que le diga a mi familia que yo soy Fulano de Tal, que estoy detenido por el Ejército, que averigüen dónde estoy.

-Que ¿qué? Que ¿qué?

¡Era sordo! Sordo. Después los jijuemadres en las torturas se morían de la risa porque parece que ellos lo abordaron en seguida y comprobaron eso: que era sordo como una tapia.

Lo cierto es que me clavaron dentro del auto y mientras me golpeaban, decían: "Imbécil, hablador...".

Luego empezó un nuevo recorrido, esta vez con la cabeza cubierta por una capucha, tirado en el piso del vehículo. Siguieron ganando tiempo y me llevaron a un sitio como una panadería que queda por la Séptima, y como hacia las cinco o seis de la tarde emprendieron ruta fuera de Bogotá: "Camine, vamos para el Salto de Tequendama", me decían. Comenzamos a viajar y entonces uno no pregunta para dónde va, ni pendejo que fuera: "Vamos para el Salto", repetían. Para mí fue terrible porque a un amigo lo llevaron a ese lugar, lo pararon al borde del abismo y amenazaron con lanzarlo al vacío. Y yo le tengo pánico a las alturas. Pánico total. La angustia mía era esperar el sonido del río y el olor de esas aguas contaminadas. Nunca los sentí porque al parecer me llevaron para Facatativá. Una vez allí me hicieron recorrer un trecho largo a pie, sentía como que jugaban fútbol y me decían: "Camine tranquilo", andaba lentamente pero no veía nada porque estaba cubierto por una capucha. Comenzaron a descender, me llevaban: "Aquí hay un paso difícil, adelante el pie, baje", decían. Era un caminito complicado o para despistar tal vez.

Iván Marino Ospina, segundo en la dirección del M-19, fue detenido ese mismo 15 de enero en su residencia de Cali de donde el comandante Bateman había salido unos minutos antes.

Para poner preso a Iván Marino los oficiantes de la captura no se detuvieron en pequeños o grandes detalles: llegaron a las horas de la madrugada, con sus botas destrozaron la puerta, con los golpes despertaron a los niños, a quienes obligaron a levantarse, en tanto encapuchaban a Fany su esposa. A Iván Marino le dieron patadas y culatazos, en calzoncillos lo tiraban por el suelo, todo en presencia de sus pequeños hijos de 12 y 13 años. Destruyeron todo lo que a su paso encontraron y se alzaron





con los objetos valiosos.

Pero los niños también fueron objeto de detención: estuvieron 25 días en el Batallón Pichincha de Cali donde los interrogaron sin obtener respuestas; esta situación le produjo amnesia a Mauricio, el menor.

Una toalla roja que era clave de peligro para los compañeros que venían a la casa, puesta por Fany en la ventana, evitó otras capturas que hubieran podido llevarse a cabo toda vez que el Ejército ocupó la residencia durante un mes.

En carta a la redacción de la revista *Alternativa*, y en su testimonio recogido por el Foro Nacional por los Derechos Humanos, Iván Marino Ospina hace dramáticas aseveraciones.

IVÁN MARINO OSPINA. -...En horas de la tarde (del día 15 de enero) fui conducido a las instalaciones del Batallón Pichincha, en donde empieza un verdadero calvario por espacio de cinco días. Allí hube de soportar plantones de 36 horas acompañados de golpes en el estómago, testículos y piernas, vendado y amarrado.

Sumergido en agua de cabeza durante muchas ocasiones sólo era retirado cuando perdía el conocimiento y empezaba a manar sangre por la nariz.

Estos señores interrogadores, como aprendices de SS hitleriana, lo hacen bien, y no dejan duda hacia dónde se dirigen nuestras FE AA.

Siempre se chocaron con mi formación política y moral revolucionaria, lo que me ha permitido soportar con decisión tales torturas. Trasladado a Bogotá por orden de la Brigada de Institutos Militares, por considerarme pieza valiosa según ellos, fui entregado a los señores del B2 comandados por el general Miguel Vega Uribe y el coronel San Miguel (alias Zorro Plateado).

Llevado de las instalaciones de la escuela de infantería, a las cuevas llamadas por nosotros de Sacromonte, permanecí con otros cuatro compañeros -Augusto Lara, Sergio Betarte, Julio César Pachón, Carlos Erazo- durante cuatro o cinco días. Allí los señores del B2 oficiales y suboficiales se deleitaron torturándonos de la siguiente forma: plantones de 12 horas, interrumpidos por colgadas de los brazos atados atrás, colgada con los brazos y una pierna atada atrás.

La mayoría perdíamos el conocimiento una y otra vez, nuevamente empezaban las torturas con duros golpes en los testículos los cuales se me inflamaron bastante.

Sus preguntas se referían a la localización de armas, la espada de Bolívar y los miembros de la Dirección Nacional del M-19.

No pudiendo quebrarme la moral y ante evidencias de que iba a ser ejecutado, como lo hicieron con el comandante José Manuel Martínez Quiroz, resolví cortarme las venas de ambos brazos y manos para librarme de las torturas. Trasladado a otro lugar en donde se encontraban 59 compañeros más, duré algunos días hasta que el señor general Vega Uribe y su acólito, el coronel San Miguel, ordenaron el traslado al





penal del Barne, de Tunja, en donde permanecemos 14 compañeros aislados de familia y abogados.

ENERO 17 DE 1979

YAMEL RIAÑO- Era como un 17 de enero. Teníamos una cita con Carlos Duplat en el Paran-pan-pan de los Héroes; fuimos a cumplirle con Jaime Bateman y Luis Otero; dijimos: "Veámonos con él a ver cómo van las cosas".

El día de la cita se conoció la noticia de que había caído la caleta principal y Carlos Duplat nunca llegó a la cita; entonces nos dimos a la tarea de asegurarnos de que Duplat sí estuviera preso y claro, a partir de ese instante ningún sitio fue seguro para nosotros. Bateman analizaba lo que nos estaba pasando en ese momento y decía tales cosas: "Cómo sabe a mierda el dulce amargo de la derrota" o, "sí, no podría ser tanta belleza junta, si nos hubiéramos caído con las armas estaríamos a pepa y cuadra de cosas grandes en este país..."

El palo no estaba para cucharas ni el momento para reflexiones de esta naturaleza. Había que tomar decisiones pues el balance en ese momento es aterrador: En Bogotá, de tres columnas comandadas por Duplat, Otero y Afranio Parra, sólo se salvó parte de estas dos últimas. Bateman, Otero y Riaño optan por una y la única determinación que podían tomar: "Salvar los restos del naufragio".

YAMEL RIAÑO- Empezamos a tener información de nuestro servicio de inteligencia acerca de la infiltración que tenía el Ejército en la columna de Lara y algún comportamiento de los presos durante las torturas, por lo que dedujimos que el Ejército había tomado una dirección correcta. En la guerra, el objetivo es ganar y los militares se pusieron las botas para ganarla sin importarle por encima de quién o de qué tenían que pasar y lo pasaron obteniendo delaciones hasta recuperar las armas en su inmensa mayoría.

Se convino en ganarle la carrera al Ejército en el asunto de las armas, es decir, nos preocupamos por llegar antes que ellos a las caletas y repartirlas por todo el país. Me tocaba cumplir comisiones a las carreras hasta el Caquetá, el Cauca, Santander, Zipaquirá, Risaralda, repartiendo armas a la "lata"; en esa maratón fue mi compañera María Eugenia Vázquez y en un carrito con caleta, de día y de noche antes de que llegara el Ejército. Por lo menos dejamos armas en sitios donde ya habíamos estado y el procedimiento fue en un jeep modelo 74 color habano, carro que se compró exprimiendo todas las tesorerías pues tanto Fayad como Bateman dijeron que era la





prioridad y así se reunieron trescientos mil pesos para la compra del carro y empezó la repartición de armas.

La idiosincrasia del policía y del soldado es ser picaresco con las mujeres y la "negra" andaba con shorts y escotes y las maletas con calzones encima y brasieres y a veces llevábamos como de contrabando cigarrillos y vino y se los regalábamos cuando nos paraban y entonces "pase, pase", decían los soldados. Y así pasamos retenes y retenes con las armas. Cabían 18 armas largas en la caleta del carro y bastantes armas cortas. Así llevábamos también la "mercancía" a Barbosa en Santander, a Puente Quetame, al Cauca y al Caquetá y a Otty le llevamos armas hasta Risaralda, en límites con el Chocó, yo creo que eso se hizo en menos de un mes.

En una de ésas fue cuando me llevé el peor susto y más próximo he visto la muerte; con la "negra" recogimos un carro en la 68 con Primera en Bogotá a las ocho de la noche y llegando a la esquina de la intersección de la Avenida Primero de Mayo con calle 68 había como 100 policías, cien cascos blancos, 50 carros estacionados y... la caleta de nuestro carro llena de armas y por entre los huecos de los costales asomándose las trompetillas de los fusiles. Ahí no había nada que hacer, estábamos caídos, ¡era una locura! Veníamos por el carril del centro (yo no creo en los milagros, pero existen); yo le dije a la "negra": "Tiro la granada y usted cubre con la pistola y nos vamos". Sabíamos que estábamos haciendo un acto heroico y acabo de decir eso cuando a mano derecha veo un callejón, una calle oscura y me subo por el sardinel, paso una calzada, me subo al otro sardinel y salgo a la calle mirando por el retrovisor y nadie nos seguía y veía a los policías y nada pasó. No lo podía creer.

ENERO 20 DE 1979

ISIDRO.- En la Escuela de Caballería dormí en el suelo de un calabozo. En esos días me mostraron a Iván Marino Ospina y logré informarle más o menos lo que yo sabía que sabían, utilizando un diálogo con mis interrogadores: las caletas que habían caído, algo del operativo, le reiteré que me preguntaban mucho sobre el frente campesino. Trataba de responderles a ellos pero para que Iván Marino oyera. Luego, los dos descubiertos, nos pusieron frente a frente y me preguntaron si yo conocía a algún oficial superior del M-19 (Iván lo era) y dije que no. Y creo que nunca lo supieron mientras él estuvo detenido allí. Tengo esa impresión... No sé cómo cayó. Después me llevaron a confrontarme con una hermana de Pizarro y a ella le conté que allí había visto a Iván Marino. Estaba en un embarazo bastante avanzado. Luego de la confrontación recuerdo que llovía intensamente y me dejaron toda la noche con las manos amarradas atrás y de pie, en medio del aguacero. Yo sentía el ruido de la Carrera Séptima... Era muy difícil respirar con la capucha empapada, como estaba. Llovía, llovía. Estuve allí toda la noche, en camisa, porque la chaqueta de cuero que me regaló





Arteaga desapareció el día que me capturaron.

Después, como a los doce días, me metieron en una reclusión como de suboficiales; ahí había también otra persona del M-19 detenida y en esa celda sí había un catrecito. Estuve varios días aún vendado y como a los últimos ocho días me la quitaron, ya me permitían caminar un poquito por un corredor y mi angustia era tratar de recuperar los movimientos de los brazos. No los pude usar bien sino como hasta mes y medio después a causa de las colgadas. Los tenía totalmente dormidos, pero dormidos, hasta el punto de que uno los chuzaba y no sentía absolutamente nada.

De la Escuela de Caballería me trasladaron a la Escuela de Artillería. Allí permanecí incomunicado en un calabozo. Recibía la comida de los soldados y hasta allí vino un médico a revisarme. Se paró, me tomó el ritmo cardíaco, el pulso y firmó un certificado en el que constaba que yo me hallaba en perfecto estado de salud. No me preguntó nada, no dijo ninguna palabra y se fue.

Finalmente llegué a la Cárcel de La Picota y me pareció que estaba entrando al Paraíso.

SOLDADO NIETO.*- Vimos en diferentes oportunidades que entraba gente encapuchada y amarrada o esposados; sabíamos que los llevaban a la última caballeriza de tres que había allí. Una noche, en medio de la lluvia, vi encadenados a unos árboles unos cuerpos desnudos, eran guerrilleros entre ellos; según el corrillo de soldados, se encontraba también encadenado el hombre de televisión Carlos Duplat Sanjuán.

Durante varios días fue corriente ese movimiento de detenidos en la escuela, la verdad es que a los soldados se les tenía prohibido preguntar, conocer o asomarse a esa caballeriza; todo el día entraba gente de civil y salían, algunos entraban y no los volvíamos a ver más, el coronel San Miguel, comandante de la escuela nos prohibió el tema. Pero siempre creímos que allá pasaban cosas...

GUSTAVO PETRO.- En Zipaquirá no se sintió la arremetida del Ejército y tampoco hubo operativos; allí la razón y la clave para que ocurriera de esta manera fue la compartimentación. Éver Bustamante era la única persona que conocía la estructura del Eme en Zipaquirá pero, ya finalizando la construcción del túnel, Ever acató la orden de la Dirección y salió del país. Así las cosas, no había ningún mecanismo para descubrir a los muchachos de Zipaquirá que, si bien se salvaron de la feroz arremetida del Ejército, perdieron en cambio todo contacto con la organización durante varios meses.

*Nieto es un trabajador que en ese tiempo, enero de 1979, prestaba su servicio militar obligatorio en el Batallón Guardia Presidencial pero que, curiosamente, junto con una compañía fueron asignados en comisión a la Escuela de Caballería de Usaquén, precisamente para los días de la represión.





La fluida información de los medios masivos de comunicación, que daban cuenta a diario de descubrimientos de caletas, arresto de dirigentes, delaciones entre miembros del M-19, creó en la escasa militancia zipaquireña la sensación de que el movimiento estaba desbaratado. Se necesitó que pasaran algunos meses para que funcionara un "automático" que permitió la relación con Evencio Ruiz y Yamel Riaño, a quienes les informaron que en Zipaquirá había unas armas de las del Cantón.

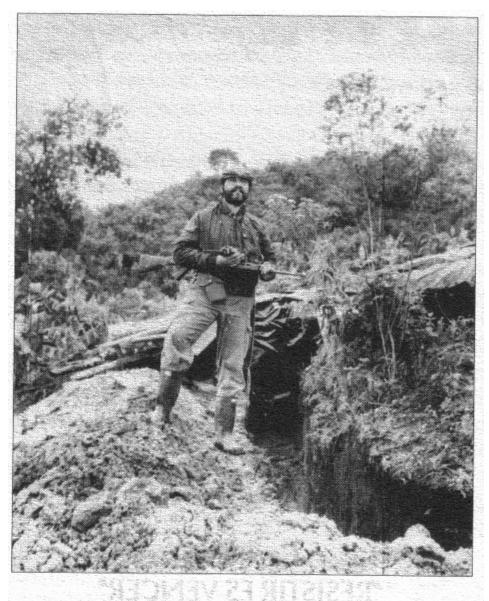
Durante esos meses los zipaquireños decidieron que era más seguro sacar las armas del casco urbano hacia el campo y entonces escogen una vereda de San Cayetano, pues allí existían simpatizantes coincidentes con el Eme: la familia Gómez entierra las armas y permanecen seguras.

ADÍELA OSORIO. -Me dieron la orden de ir a Bogotá para conseguir otras armas. Saqué una carga de armas destinadas al sur en un camión que no tenía caleta y tocó camuflarlas con un aserrín y un lote de plátanos. Las descargamos en Santa Helena, Caquetá, 20 minutos antes de llegar a Florencia, donde estaba la "columna móvil" que las recibió de noche en el camino. Los plátanos del camuflaje los vendí en Florencia, perdiéndoles plata, en tanto que las armas fueron guardadas en una caleta en la montaña, en una cueva forrada en donde teníamos hasta un mimeógrafo. Esas armas nunca cayeron...





Capítulo 5 "RESISTIR ES VENCER"



Rafael Arteaga en el campamento del M-19 en Los Robles





AMEL RIANO. -Las fuerzas de seguridad no pudieron A aislar de la opinión pública sus siniestras formas de investigación; empezó a filtrarse a la prensa el tratamiento y los sistemas de tortura a los presos del M-19 que ya se contaban por centenares; de esa manera se generó una especie de conciencia nacional y resistencia civil a esa conducta de las FE AA. Empezamos a ver con sorpresa y agrado que los pliegos de los sindicatos iniciaban sus peticiones con un primer punto pidiendo respeto a los Derechos Humanos. Este solo hecho nos deja decir que la "Operación Colombia" no fue en vano: la gente entendió que había unos hombres dispuestos a luchar por lo que consideraban justo, hayan estado equivocados o no.

De lo que se trataba en verdad era de una expresión armada contra un sistema de privilegios, en una lucha de varios lustros en la que la violencia había marcado desde la década de los cuarenta el carácter fundamental de la controversia. La represión, en todas sus formas se había habilitado como la expresión institucional más determinante y por ende más aceptada, para dominar y extinguir el proceso de reivindicaciones sociales, económicas, laborales, etcétera, de la población frente al sistema. Si bien no eran nuevos los recursos de la tortura para enfrentar al "enemigo" por parte del Estado, en ese momento de la "Operación Colombia" se tomaron evidentes y escandalosamente abiertas las técnicas de la tortura, investigaciones por fuera de procedimientos legales, alegándose la necesidad de una eficiencia suficiente para no poner en peligro a las instituciones y con ellas a la "democracia" del establecimiento.

La resonancia de la "Operación Colombia" (la Ballena Azul), a la que se refiere Yamel Riaño, hizo posible la múltiple presencia nacional a través de manifiestos, denuncias, pronunciamientos, foros que se publicitaron se llevaron a cabo en los más disímiles escenarios nacionales, aun en aquellos en los que el Gobierno ejercía estrictos controles o en otros, como el Congreso Nacional, donde las mayorías políticas servían de escudo al Gobierno y de silenciador útil sobre las denuncias nacionales e internacionales. De esta manera se llevó a cabo el primer gran Foro Nacional por los Derechos Humanos en Colombia, como resultado de un veloz proceso de participación regional donde se organizaron comités en los que sindicatos, gremios, clero, autoridades regionales, grupos profesionales, movimientos cívicos y políticos, familiares de presos y desaparecidos, documentaron a los delegados para la organización, y a quienes representarían las regionales en Bogotá, sobre las violaciones a los derechos humanos cumplidas por los aparatos armados del estado. El Foro Nacional, reunido en Bogotá, fue convocado por personalidades representativas de la cultura, la ciencia, el derecho, el arte, la academia, la política, de evidente reconocimiento nacional e internacional: Gabriel García Márquez, Luis Carlos Galán, J. Emilio Valderrama, Rodrigo





Lara Bonilla, monseñor Darío Castrillón; entre más de dos centenares de ellas, logra la presencia de 1.554 delegados, representantes de las organizaciones políticas, comités departamentales y municipales, de la dirigencia sindical y campesina, de periodistas, profesores, sacerdotes y estudiantes, personalidades democráticas, profesionales y artistas, todos los partidos políticos legales del país y observadores internacionales del Consejo Mundial de la Paz, de la Asociación Mundial de Juristas y de la UNESCO. Por los mismos días se organizó el Comité Nacional Pro Amnistía y la Democracia, cuyos integrantes eran voceros populares que impulsaron primero en el Congreso, Cámara de Representantes y luego en la sociedad misma, un plebiscito nacional que en menos de tres meses recogió el sentir de más de 370.000 colombianos representativos de las comunidades (alcaldes municipales, curas párrocos, concejales y diputados, directivos sindicales agrarios e indígenas, profesores y dignatarios universitarios, comunidades religiosas, organizaciones estudiantiles, gremios periodísticos, asociaciones de acción comunal barriales y veredales, asociaciones de padres de familia, de familiares de presos políticos, agrupaciones de artistas y escritores, de juristas y, por supuesto, del Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, recién formado por el Foro Nacional, encabezado por el demócrata conservador Alfredo Vásquez Carrizoza. Tan significativa empresa de sustento popular y nacional, propendía por una amnistía amplia, generosa y sin trampas para los presos políticos, entre los cuales hacían en ese momento mayoría en las cárceles, los torturados del M-19 por el robo de las armas y quienes desde la prisión convocaban el "Diálogo Nacional" propuesto por su comandante en la clandestinidad, Jaime Bateman Cayón.

Los abusos de la guerra en esos momentos que desbordaban cada vez más los principios formales de la democracia, inscritos en la Constitución política y en los códigos colombianos, condujeron a que por primera vez se hiciera conciencia de una real búsqueda y respeto de los Derechos Humanos, hasta entonces ignorados por todos y desde entonces sistemáticamente violados por todos, en especial por el Estado mismo. Esta paradoja, promovida por la suerte adversa del M-19 en su Operación Colombia, se complementaba con el inicio del diálogo como forma civilizada del manejo de los conflictos. Milagros de la "Ballena Azul".

Tan protuberante era la realidad que el Gobierno no podía tapar el sol con las manos ni el asombro nacional e internacional ocultarse con las arengas presidenciales. La violación de los derechos humanos en Colombia era una verdad que escandalizaba al mundo: todas las capas sociales, gentes del campo y la ciudad, profesionales o asalariados, amas de casa, niños o ancianos fueron, sin discriminación alguna, perseguidos. El asilo fue una de las herramientas que el temor de la gente la llevó a buscar; así se produce el del médico Gentil Villafañe, quien con ocho personas más viajó a Panamá, el del camarógrafo Carlos Sánchez Méndez, en la Embajada del





Ecuador, y el de Marco Antonio Velandia, en la Embajada de Francia. Incontables son los casos de exilio por la búsqueda de los autores del robo del Cantón; bástenos decir que Feliza Bursztyn, la reconocida escultora, fue a dar a París y en el exilio moriría y que Gabriel García Márquez se vio precisado a viajar intempestivamente cuando amigos le informaron que un operativo para allanarlo y detenerlo estaba en marcha por cuenta del general Miguel Vega Uribe, comandante de la Brigada de Institutos Militares.

La lista de detenidos es tan larga y variada como lo es el catálogo de los métodos de tortura. La reconocida pianista Teresita Gómez es detenida en Medellín y llevada a los calabozos del F-2 en esa ciudad; el poeta Luis Vidales, a sus 70 años, es allanado, vendado y transportado a las cinco de la mañana hasta los cuarteles de la BIM. Por este hecho los intelectuales del mundo, encabezados por Jean Paul Sartre, protestaron ante el presidente Turbay.

El informe de Amnistía Internacional sobre la situación de derechos humanos en Colombia durante 1979 es patético; registra la detención de más de cuarenta profesionales de la medicina, de los cuales por lo menos cinco fueron bárbaramente torturados como los casos de Olga Roldan y Emiro Mora. Las comunidades religiosas y los miembros de grupos cristianos no escapan a las garras de la represión y es así como los jesuitas Jorge Arango y Luis Alberto Restrepo, del Centro de Educación Popular, Cinep, fueron detenidos, y el instituto, allanado. Lo propio ocurrió con los sacerdotes Saturnino Sepúlveda y Jesús Antonio Munar. En cuanto a científicos y académicos de que trata el informe ya mencionado, da cuenta de veintidós científicos sociales víctimas de arresto arbitrario, torturas o abandono obligado del país; de igual manera, actuaron las fuerzas del Estado contra sindicalistas, periodistas, abogados, campesinos, indígenas, maestros, artistas y gente del común.

El informe definitivo de Amnistía Internacional es tajante en todas sus afirmaciones y riguroso en la presentación de sus conclusiones:

Amnistía Internacional.- (...) Amnistía Internacional venía considerando con profunda preocupación las denuncias de arrestos políticos masivos, torturas y juicios de personas civiles ante tribunales militares en Colombia, particularmente desde el paro cívico nacional del 14 de septiembre de 1977. Estas denuncias se multiplicaron durante 1979 a partir de la promulgación del Estatuto de Seguridad (Decreto 1.923 del 6 de septiembre de 1978), apoyado en el Estado de Sitio.

Durante una conferencia de prensa mantenida en Londres, en julio de 1979, el presidente Julio César Turbay Ayala invitó a observadores de Amnistía Internacional a Colombia. Dada su preocupación por las continuas denuncias que sugerían una





intensificación de las violaciones de los derechos humanos en Colombia, Amnistía Internacional aceptó la invitación.

Aún se recuerda el estupor que causó la frase del presidente Turbay ante los medios de comunicación en Londres, según la cual "El único torturado en Colombia es el Presidente de la República". Como se comprende, Turbay se vio presionado por la opinión pública internacional a cursar la invitación de la que habla el informe, pues Amnistía Internacional, por el rigor de sus investigaciones y la imparcialidad incontrovertible de sus actividades, era y sigue siendo uno de los más respetables instrumentos de defensa de los derechos humanos en el mundo.

Amnistía Internacional.- La vista de Amnistía Internacional tuvo lugar en medio de un debate político nacional centrado en el tema de los derechos humanos. En dicho debate el Gobierno y las autoridades civiles y militares negaban la existencia de presos políticos como también la existencia de violaciones de derechos humanos y atribuían las denuncias de torturas a un plan de presuntos agentes de la subversión para desacreditar al gobierno (...) El Gobierno concluía entonces que se justificaba reprimir toda forma de "subversión" en defensa de la seguridad nacional.

Los altos mandos militares se atrevieron a decir que la subversión, en el empeño de desacreditar al gobierno, "se auto-torturaban" y que tenían redes internacionales para sus fines perversos.

Más adelante el informe dice: "De la investigación adelantada por la misión se deduce claramente que el encarcelamiento político existe en Colombia, que ha desbordado los límites de la oposición violenta y que muchas personas han sido arrestadas por el ejercicio no-violento de sus derechos humanos. En muchos casos, tales arrestos han sido acompañados de tortura".

Amnistía Internacional.- A Amnistía Internacional le preocupa seriamente la prolongada posición del Estado de Sitio en Colombia, cuyas consecuencias han determinado la suspensión casi permanente de las garantías constitucionales fundamentales (...) Colombia a firmado y ratificado convenciones y pactos internacionales sobre derechos humanos, pero su prolongado estado de excepción hace inefectivas las garantías para la protección de normas reconocidas a nivel internacional y consagradas en la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas (...) Los juicios civiles por motivos políticos, realizados por tribunales militares desde los años sesenta, han socavado la independencia y jurisdicción de los tribunales civiles. (...) Durante la visita de Amnistía Internacional a Colombia se desarrollaba un juicio masivo, entonces en su etapa secreta, ante tribunales militares, para examinar los casos de 219 personas acusadas de rebelión y sedición.





Aquí el informe se refiere al célebre juicio de La Picota contra los miembros del M-19 reunidos en ese centro carcelario para responder fundamentalmente por el robo de las armas, la "Operación Ballena Azul".

Como quiera que sólo hasta esa fecha -1980- Amnistía Internacional se hizo presente en Colombia, su acuciosa actividad despertó la conciencia sobre el deterioro crónico de los derechos humanos en Colombia y que para la fecha se había generalizado en todas sus formas. De ahí que, como ya lo hemos dicho, el fracaso del M-19 en la toma de las armas y la ulterior represión que se ejerció, trajo consigo la paradoja de iniciar a nivel nacional e internacional la investigación del deplorable deterioro de los derechos humanos en Colombia.

Amnistía Internacional analiza y critica los juicios militares sobre cuyos procesos la misión pudo constatar que el derecho a un juicio justo e imparcial estaba de hecho amenazado en el caso de presos políticos civiles juzgados por los militares en Colombia. Investiga, constata y denuncia la práctica institucional de la tortura en Colombia como método de investigación. Investiga, documenta y denuncia "asesinatos, desaparecidos, encarcelamientos y agresiones especialmente en zonas campesinas militarizadas y resguardos indígenas". Determina que en Colombia hay presos de conciencia, que se vulneran los derechos de los trabajadores y se persigue a los sindicatos obreros con el pretexto de la subversión y bajo el amparo político del Estatuto de Seguridad y el Estado de Sitio.

Sin embargo, a pesar de la avalancha de hechos, de testimonios y denuncias, el presidente Julio César Turbay hablaría, en cuanto discurso público pronunciaba, del respeto de su gobiemo por una cultura de derechos humanos, lo que fue interpretado por la prensa y organismos internacionales como el más puro cinismo llevado a su máxima expresión y que a su vez no daba una luz de esperanza para enderezar el camino. Famoso fue su discurso en el foro organizado por el Comité Internacional de la Cruz Roja sobre Derecho Internacional Humanitario. Turbay dijo: "La tortura, considerada como una acción que produce padecimientos síquicos o físicos, no debe ni puede impunemente ejercitarse... (...) por las autoridades contra nadie".

Al doctor Turbay lo investigó la comisión de acusaciones de la Cámara de Representantes, compuesta por mayorías de su partido, sin encontrar culpa alguna en las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante su gobierno; años más tarde gozó plácidamente de los alamares diplomáticos ante su santidad el Papa.

ESTHER.- A mí nunca me dolió la caída de las armas. Lo que me dolió fue la cantidad de compañeros presos que estaban torturando y eso me parecía terrible;





pero más terrible era que le hicieran todo tipo de torturas a la gente que no tuvo nada que ver con el operativo. Fue el caso de varios de nuestros familiares. Un hermano mío fue torturado. Él no sabía nada, pero sí sabía dónde vivía Bateman. Cuando le conté al "Flaco" se puso pálido porque aún después de la caída de las armas, él y su esposa seguían viviendo en el barrio Pablo VI de Bogotá.

En ese momento no me dolían las armas, yo creo que nunca, no sé por qué... ¿Y saben una cosa?, nadie denunció al Estado por las torturas; los torturadores andan por la calle como si nada.

Hoy, 21 años después de la primera visita realizada por Amnistía Internacional a Colombia, los investigadores relatan en sus informes que la situación en materia de derechos humanos, en lugar de mejorar, empeora todos los días.

YAMEL RIAÑO.- Nos tocó hacer una reunión nacional y en ella un balance de lo que había. Eso fue el 19 de abril de 1979. Estuvieron Payad, Toledo, Bateman, Otero y la "Negra".

Se hizo en una casa, en las afueras de Bogotá, donde el cumpleaños del movimiento se celebró con manifestaciones en Telecom Bogotá, mientras en Cali se celebraba el cumpleaños con la toma del diario El *Caleño*, bajo la consigna de "Resistir es vencer" para demostrarle al país que el M-19 no estaba muerto sino que andaba de "parranda". Eso nos dio un nuevo aire y una fuerza impresionante.

La séptima conferencia, que se llevó a cabo en cercanías de Bogotá, nos permitió caer en la cuenta de que éramos una organización que algunas veces ganaba la guerra y otras la iba perdiendo. Supimos que ya había pasado el momento en que el M-19 era un grupo de muchachos "bacanes", que se las sabían todas y que hacían las cosas más espectaculares, que eran unos Robín Hood que la gente admiraba. Ahora ya estábamos probados en la guerra de verdad, verdad, y en la parte oscura de la guerra, en la represión, con todo lo que esto conlleva.

Las reflexiones que produjo la séptima conferencia del Eme dan pie para una nueva etapa del movimiento en particular y en general de la insurgencia colombiana. El comandante Bateman acepta y predica que lo recibido después del Cantón fue una lección: "Aprendimos -dice él- que al enemigo hay que valorarlo suficientemente porque a nosotros realmente se nos subieron los humos a la cabeza". En otras ocasiones, ya no en el terreno de la autocrítica, Bateman afirma la importancia de la "Operación Colombia", independientemente de sus resultados militares, pues abre un nuevo horizonte para el desarrollo político de los aparatos insurgentes, su unidad de acción y su relación con las masas. "Lo que nos importa hoy -dice- es el proyecto político que hay





de fondo y que para nosotros vale más que mil estructuras".

Sesenta días después del robo las Fuerzas Armadas han recuperado la casi totalidad de las armas sustraídas y acaso algunas otras de diversa procedencia.

Corre el mes de agosto e intempestivamente el Ejército Nacional da a conocer el balance de todo su accionar en ese año en relación con las armas del Cantón. Y no podía haber persona más indicada para hacerlo que el comandante de los organismos secretos y de inteligencia del Ejército, el general Miguel Vega Uribe:

El Siglo, agosto 19- Hemos realizado contra esa organización subversiva un total de 977 allanamientos, entre el 2 de enero y el 13 de agosto. Esta acción reportó un número de 646 detenidos: 497 hombres y 149 mujeres. Hay que decir que la Brigada captura para investigar y por este motivo soltó antes de los diez días fijados por el artículo 28 de la Constitución o, en ese plazo, a 416 personas. A pesar de que se dice que los jueces obedecen nuestras órdenes han dado la libertad a 125 personas y cobijado con un auto de detención a 96.

YAMEL RÍAÑO- Después de repartir las armas son meses duros porque en Bogotá queda columna y media y en Cali nos dan el golpe más contundente: cae Iván Marino y Nelly Vivas, mientras que Rosemberg Pabón está en Medellín. El trabajo se hace más intenso por esos meses, faltan cuadros militantes, ya que la mayoría está en las cárceles. La gente del Eme llega a prisión no tanto por la inteligencia del Ejército, sino por lo mucho de barbarie que fue el instrumento de la investigación. Los militares logran arrancar mucha información y generan, al interior de los presos, un sentimiento de desconfianza mutua por las delaciones arrancadas a punta de tortura. No sabíamos hasta dónde llegaba la infiltración del Ejército ni quienes estaban infiltrados o cuántos lo estaban y quiénes eran. Los sitios de reclusión reprodujeron esa situación de recelo y desconfianza. A "Isidro" (Carlos Duplat), lo señalaban sus compañeros como el gran delator quien, desacatando la orden de salir del país, propició el desastre. Lo querían "ajusticiar". La torta se volteó. Darío Ortiz Vidales, representante a la Cámara y ponente del proyecto de amnistía para los presos políticos en la comisión primera de esa corporación, relató lo siguiente:

DARÍO ORTIZ VIDALES.- Yo le dije al oído en una de las visitas como abogado a los presos de La Picota; "¿Es que acaso el Eme preparó a su gente para la tortura? ¿Cuántos de ustedes soportaron la tortura? ¿Cuántos de ustedes no 'cantaron'? Es más, ¿quién esperaba en este país que las investigaciones del Estado se hicieran bajo el rigor de la tortura?".





El sabio consejo del abogado amigo no pudo ser más oportuno pues las autoridades militares habían calculado ese tipo de reacciones.

DARÍO ORTIZ VIDALES.- En una ocasional visita al Ministerio de Justicia me enteré de que se estaba preparando una oscura maniobra. En efecto, el general Camacho Leyva, ministro de la Defensa, en el despacho del ministro Felio Andrade Manrique y donde también ocasionalmente estaban algunos miembros de la comisión redactora del Código Penal, el representante Mota y Jaime Bernal Cuéllar que recuerde, reveló en confidencia una estrategia: fomentar un juicio de responsabilidades a "Isidro" para inducir su eliminación por parte de sus compañeros y así desencadenar la autodestrucción del M-19 dentro de la cárcel. El movimiento no cayó en la trampa y de hecho nombró a "Isidro" como vocero oficial de los presos del M-19 ante las directivas de la penitenciaría.

Al patio número dos de la Penitenciaría de La Picota, la más importante del país, al sur de la ciudad capital, van a dar más de dos centenares de sindicados de haber participado en los sucesos del robo de las armas, pues allí mismo, en el sitio de reclusión, se ha convocado un consejo de guerra para su juzgamiento. La pretención reducidora del Ejército provocó la situación contraria, es decir, el agrupamiento de los insurgentes que rápidamente establecieron una especie de solidaridad de cuerpo y que se expresó como una asamblea permanente de cuadros del M-19, que de esa manera concentrados, convirtieron el patio del reclusorio en despacho público donde se ventilaba con inesperada repercusión nacional la problemática política del país que, a su turno, tanto como en el mundo, eran su audiencia diaria. La cárcel se convirtió en nuevo frente de lucha. La voz de los detenidos incidía en el Congreso Nacional y la prensa no podía evitar los informes sobre sus pronunciamientos y formulaciones. Era otra etapa de diálogo nacional que empezaba como primera consecuencia de la "Operación Ballena Azul".

GUSTAVO PETRO.- Las armas del Cantón que guardamos en Zipaquirá nunca retornaron al Ejército; es más, se fueron para Cuba ocho meses después. Yamel llega con la orden de Bateman de sacar esas armas porque hay un nuevo y gran operativo. A las 11 a.m. del día 27 de febrero de 1980, en la puerta de la sede diplomática de la República Dominicana, un comando de 16 querrilleros las desenfundan para tomarse la sede diplomática...

Y salen victoriosos meses después rumbo a Cuba con sus armas. Seguía desarrollándose el fruto de la "Operación Ballena Azul" Y es que Bateman lo había dicho: "La Embajada fue una consecuencia del Cantón". Buscaron con ello liberar a sus compañeros presos e iniciar el gran Diálogo Nacional.





De otro lado, las armas tomadas por el movimiento en el cantón militar fueron recuperadas casi en su totalidad; simultáneamente la mayoría de los participantes en la operación se encuentran presos y han ocurrido las más oprobiosas torturas a lo largo de todo el año. Rafael y Esther Morón, protagonistas silenciosos del éxito inicial de este episodio, nunca fueron capturados, como tampoco Ema, la humilde militante que sirvió de empleada doméstica en la casa del barrio Prado Pinzón, caleta del más grande arsenal capturado por los "compás" del Eme. Al poco tiempo, ella tuvo en sus manos toda la posibilidad de "castigar" con la venganza a sus opresores, los militares, y sus equipos de tortura, con lo cual hubiese puesto el punto final a la "Operación Ballena Azul".

EMA.- Hubo una cosa muy tremenda: no sé cómo volví a mi viejo trabajo en la casa de banquetes "Peter"; me dieron el empleo cuando estaba sola, sin nadie, pues hasta a mis padres dejé de verlos porque su casa siempre estaba vigilada. Les rogué mucho a los dueños de la casa de banquetes, hasta que me dijeron que sí y acepté, urgida por la necesidad, la mitad de la mensualidad por mi trabajo. La casa de banquetes contrataba con entidades públicas y con frecuencia atendía recepciones oficiales y... -las vueltas que da la vida- un buen día, cumpliendo con mi trabajo, estoy en las oficinas de la cárcel La Picota atendiendo un banquete para numerosos militares.

Seguramente estaban celebrando algo relacionado con el Consejo de Guerra en el que juzgaban a mis compañeros presos. Usted no se imagina lo que sentía: dolor, rabia, impotencia. Desde la ventana y algo lejos se alcanzaba a ver el mentado patio número dos, donde estaban ellos, hermanos, compañeros a quienes nunca pude visitar por la pérdida de mi cédula en las carreras del Prado Pinzón. Ellos nunca supieron que yo era empleada de la casa que atendía los actos sociales de los militares en La Picota. Qué pensarían... Dios mío. Acá desde la ventana por donde miraba hacia el patio de vez en cuando, aquí cerquita, casi de frente estaban los generales: Camacho Leyva, Vega Uribe, un coronel San Miguel, otro Pradilla y otro Martín Prieto que dirigía el Consejo y con cuyos nombres y actividades me familiaricé porque me tocó atenderlos en diferentes oportunidades y sitios de la ciudad. La casa de Banquetes en la que trabajaba -figúrese- tenía muchos contratos con los militares.

Ema se congestionaba al contarme estas cosas y se sorprendía tanto como yo por "las vueltas que da la vida", como ella decía. A veces sus palabras se atropellaban para no dejar nada por fuera del relato; en seguida como que intentaba no contarlo todo, en especial las ideas que recorrían su mente al recordarlo. Demudada, pálida, entró en una especie de trance que la llevó a un monólogo interior en voz alta, sin importarle mi





presencia, o sin tenerla en cuenta. Sin embargo decía: "Mire señor: cada servicio en esas comilonas me acrecentaba el rencor. Los miraba y no lo creía...", y volvía y empezaba.

EMA.-...Que Dios me perdone pero así era. Qué rabia la que me daba. Todavía la siento. La manera de reírse, la gula con que comían, la forma de beber... todo, todo lo odiaba, sus figuras, sus uniformes, todo. Pero es que también me daba una vergüenza horrible, me provocaba meterme bajo la tierra, salir a la ventana y gritar, llamar a mis compañeros, no sé (si ellos en ese momento me hubieran visto en eso), pensaba con vergüenza, sí, vergüenza y rencor. Recuerdo que eso era recién pasadas las sesiones del juicio. Casi siempre por las tardes llegaban todos. Como de afán. Victoriosos. Luego salían con los jueces y otros señores a los que tenía que servir siempre, fíjese usted, langostas, caviar, licor y ellos como celebrando la represión... Yo creía que sus carcajadas celebraban alguna tortura, pensaba que se reían hasta de mí. Cosas que uno piensa. Que también en ese momento me querían torturar, no sé. Me tocaba escuchar todo lo que decían de los presos. Recuerdo que uno de esos tipos -siempre se hacía en la mesa con el mayor y los generales, pero no recuerdo bien si era oficial o suboficial-, le dijo a uno de los generales que "le había metido una escoba a una mujer y la habían dañado, que paralítica o algo así, y que por eso lo iban a denunciar con los derechos humanos". El general le dijo que no, que no le pusiera cuidado, que eso no pasaba nada... Mire señor, eso da rabia. ¿No es cierto?

Ema se descompone aún más, se transfigura, tiembla y sus ojos apuntan a la nada. Se queda un rato en silencio, mira al suelo, vuelve a mirame, se le pierde la mirada de nuevo y piensa dos veces lo que va a decir.

EMA.- Pasaron por mi mente muchas cosas. Dios me perdone. Cosas horribles. Tan fácil que me quedaba envenenarles el banquete. Hubiera podido. Era fácil. Quise gritarles en la cara, escupirlos, abofetearlos, hacerles algo. Cualquiera lo piensa, ¿no es así? Si uno tuviera con qué...

Ema habla para sí misma. Yo no le importo. Ni siquiera me mira, tal vez no me vea...

EMA- Pensé conseguir una granada y "llevármelos", morir con ellos, no importaba. Luego volví a pensar en el veneno. Sí, el veneno. Era mucho más fácil envenenarles el banquete, el caviar, la langosta... pensé mil cosas. ¿Qué hacer, Dios mío? Era mi decisión. Mi decisión fue no volver nunca más a La Picota.

